

EL SISTEMA DEL MINIMAX

PHILIP K. DICK



LOTERIA SOLAR



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Philip K. Dick

LOTERÍA SOLAR

Título original: *Solar Lottery*
Philip K. Dick, 1955
Traducción: Manuel Figueroa & Marcelo Trombetta

UNO

Hubo presagios. A principios de mayo de 2203, las máquinas de noticias anunciaron que una bandada de cuervos blancos había sobrevolado territorio sueco. Una serie de incendios inexplicables destruyeron la mitad de la Colina de Oiseau-Lyre, eje industrial del sistema. Una lluvia de cantos redondos cayó sobre un campo de trabajo marciano. En Batavia, Directorio de la Federación de los Nueve Planetas, nació un becerro con dos cabezas: señal inequívoca de que estaba a punto de producirse un acontecimiento de suma importancia.

Las interpretaciones eran moneda corriente: especular sobre el carácter aleatorio de las fuerzas de la naturaleza se convirtió en un pasatiempo favorito. Todos conjeturaban, se consultaban y discutían sobre la botella, el instrumento socializado del azar. Los adivinos del Directorio eran constantemente solicitados.

Pero lo que para algunos es un presagio, es para otros una desgracia. La primera reacción de la Colina de Oiseau-Lyre ante esta catástrofe parcial, consistió en provocar la catástrofe total para el cincuenta por ciento de sus trabajadores clasificados. Se anularon los juramentos de fidelidad y un número importante de técnicos y expertos fueron despedidos. Abandonados a su suerte, se convirtieron en otro síntoma más de la crisis inminente que amenazaba al sistema. La mayoría del personal despedido se perdió para siempre entre las masas de inclasificados. Aunque no todos.

Ted Benteley descubrió el aviso de despido en el tablón de anuncios y lo arrancó de un tirón. Mientras se encaminaba a su oficina, rompió el aviso con calma y dejó caer los pedazos en una ranura de evacuación de desechos. Fue una reacción desmesurada e inmediata. Difería de la de sus colegas en un punto esencial: se sentía feliz. Durante trece años había recurrido en vano a todas las estratagemas legales para lograr desvincularse de Oiseau-Lyre.

De vuelta en la oficina, cerró la puerta, apagó la pantalla del ordenador interplanetario y se puso a pensar. Tardó sólo una hora en elaborar un plan de acción, un plan que era de una sencillez

refrescante.

A mediodía, el departamento de personal de Oiseau-Lyre le devolvió la tarjeta de poder, como sucedía cada vez que la jerarquía rompía un juramento. Le sorprendió volver a ver la tarjeta-p después de tantos años. La sujetó unos instantes entre los dedos antes de guardarla con cuidado en la cartera de mano. Esa tarjeta era su única oportunidad entre seis mil millones de participantes en la gran lotería, la remota posibilidad de acceder, mediante un salto inesperado de la botella, a la posición de clase número Uno. En términos políticos estaba aún en el pasado, treinta y tres años atrás; las tarjetas eran codificadas en el instante del nacimiento.

A las dos y media rompió sus últimos vínculos con Oiseau-Lyre; se trataba de vínculos menores, en los que él era el protector y algún otro el siervo. A las cuatro había vendido ya sus pertenencias —mediante un trámite de urgencia y un tanto por ciento de pérdida bastante elevado— y había comprado un billete de primera clase en un transporte público. Antes del anochecer abandonaba Europa rumbo a la capital del imperio de Indonesia.

En Batavia alquiló una habitación barata en una pensión y deshizo la maleta. El resto de sus posesiones seguía en Francia; si tenía suerte las recuperaría más tarde, y si no, no le importaría. Desde su habitación, curiosamente, se dominaba el edificio principal del Directorio. Un enjambre de hombres y mujeres entraban y salían en una corriente continua, como moscas tropicales, de los múltiples accesos. Todos los caminos y todas las rutas del espacio llevaban a Batavia.

Benteley no disponía de mucho dinero; sólo podría aguantar unos días, y después tendría que actuar. En la Biblioteca de Información Pública retiró un escáner básico y un montón de cintas. Pasó días enteros acumulando información sobre los diferentes aspectos de la bioquímica, materia con la que había obtenido su clasificación original. Estudiaba como un poseído, sin perder de vista una cuestión delicada que lo inquietaba: las solicitudes de posición y lealtad al Gran Presentador eran examinadas una sola vez; si fracasaba en ese primer intento, estaba perdido.

Pensaba jugárselo todo en ese único intento. Se había liberado del sistema de las Colinas y había decidido que no volvería atrás.

Durante los cinco días siguientes fumó un cigarrillo tras otro, dio vueltas alrededor de su habitación un número incalculable de veces, y terminó buscando en las páginas amarillas de la guía ípvic las agencias de chicas a domicilio. Su agencia preferida tenía una oficina

cerca; llamó y en menos de una hora todos sus problemas psicológicos habían desaparecido. Entre la rubia esbelta que la agencia había enviado y el bar de la esquina, pudo resistir veinticuatro horas más. Pero ya no le quedaba tiempo. Había llegado el momento de actuar; era ahora o nunca.

Cuando se levantó a la mañana siguiente tenía el cuerpo helado. El Gran Presentador Verrick acostumbraba a contratar según el principio básico del Minimax: aparentemente era el azar lo que decidía el reparto de los juramentos. En seis días Benteley no había conseguido detectar ningún sistema o factor —si los había— que pareciese determinante. Empapado en sudor, se duchó rápidamente, y después volvió a sudar. Se había esforzado, pero no había aprendido nada. Avanzaba a ciegas. Se afeitó, se vistió, pagó a Lori y la mandó de vuelta a la agencia.

La soledad y el miedo volvieron a golpearle. Abandonó la habitación, dejó la maleta en manos de un consignatario, y para mayor seguridad, compró otro amuleto. En un lavabo público lo guardó debajo de la camisa e introdujo una moneda en el dispensador de fenolbarbitúrico. El sedante lo tranquilizó un poco; al salir llamó a un taxi.

—Al Directorio —le indicó al taxista— y tómese su tiempo.

—Entendido, dama o caballero —respondió el robot MacMillan—. Lo que usted ordene. —Los robots MacMillan eran incapaces de hacer distinciones sutiles.

Mientras el taxi sobrevolaba los tejados, unas ráfagas de aire caliente y primaveral se colaban en la cabina. Benteley no parecía advertirlo; tenía la mirada clavada en el imponente conjunto de edificios que se alzaban delante. Había enviado los documentos la noche anterior. Había esperado el tiempo suficiente. Quizá en ese preciso instante se encontraban en el escritorio del primer inspector de la infinita cadena de funcionarios del Directorio.

—Hemos llegado, dama o caballero. —El taxi robot desaceleró y se detuvo; un momento después la puerta se abrió. Benteley pagó y bajó a la calle.

La gente corría alborotada de un lado a otro. El aire zumbaba con un murmullo de incesante agitación. La tensión de las últimas semanas se había vuelto febril. Los mercachifles vendían «métodos» baratos e infalibles para adivinar los saltos imprevisibles de la botella y vencer en el juego del Minimax. Pero la apresurada multitud no les prestaba atención: sabían que si alguien hubiese descubierto un sistema de predicción eficaz, estaría utilizándolo, no vendiéndolo.

En una de las arterias peatonales, Benteley se detuvo a encender un cigarrillo. No, las manos no le temblaban. Deslizó la cartera debajo del brazo, se metió las manos en los bolsillos y se encaminó lentamente hacia la sala de pruebas. Pasó debajo del pesado arco de control y entró en la sala. Quizá, dentro de un mes, a la misma hora, ya habría prestado juramento ante el Directorio… Contempló esperanzado el arco y acarició uno de los amuletos debajo de la camisa.

—Ted —dijo una voz fina y apremiante—. Espera.

Se detuvo. Lori, con los pechos danzando, se abrió camino entre la muchedumbre apretujada y llegó jadeando hasta él.

—Sabía que te encontraría aquí —le dijo—. Tengo algo para ti.

—¿Qué es? —preguntó Benteley, molesto.

Presentía que las Brigadas Telepáticas del Directorio patrullaban el lugar y no le hacía ninguna gracia que ochenta telépatas muertos de aburrimiento le sondearan sus pensamientos más íntimos.

—Es para ti.

Lori le colgó algo alrededor del cuello. Unos transeúntes sonrieron divertidos. Era otro amuleto.

Benteley lo examinó: parecía muy caro.

—¿Crees que me servirá de algo? —preguntó. No había planeado volver a ver a Lori.

—Eso espero —respondió ella rozándole el brazo—. Has estado muy amable. Me echaste antes de que pudiera agradecértelo —continuó en un tono quejumbroso—. ¿Piensas que tienes alguna posibilidad? Sería estupendo que te aceptasen, así quizá te quedarías en Batavia.

—Los telépatas están sondeándote en este momento. Verrick los tiene escondidos por todas partes —respondió Benteley, irritado.

—No me importa —dijo Lori—. Una chica de cama no tiene nada que ocultar.

Benteley no parecía divertido.

—Esto no me gusta. Nunca en mi vida he sido sondeado por telépatas. —Se encogió de hombros—. Aunque si me quedo, supongo que tendré que acostumbrarme.

Fue hacia la oficina central con los documentos y las tarjetas de poder en la mano. La cola avanzaba rápidamente. Poco después un funcionario MacMillan aceptó sus papeles, devoró el contenido y le dijo de mala gana:

—Muy bien, Ted Benteley. Puede pasar.

—Bueno —dijo Lori un poco triste—, supongo que volveremos a

vernos. Si te quedas aquí…

Benteley apagó el cigarrillo y se dirigió hacia la entrada de las oficinas interiores.

—Iré a verte —murmuró, apenas consciente de la presencia de la chica.

Apretando la cartera contra el cuerpo, se abrió camino entre la gente que hacía cola y cruzó la puerta. La puerta se cerró inmediatamente detrás de él.

Había conseguido entrar: era el comienzo de todo.

Un hombrecito de mediana edad, con gafas de acero y bigotes encerados, estaba junto a la puerta mirándolo fijamente.

—Usted es Benteley, ¿no?

—Así es —respondió Benteley—. Vengo a ver al Gran Presentador Verrick.

—¿Para qué?

—Soy aspirante a un puesto de clase 8-8.

Una chica entró bruscamente en la oficina. Sin advertir la presencia de Benteley, se puso a hablar:

—Bueno, se acabó —y se llevó una mano a la sien—. ¿Se da cuenta? ¿Está contento ahora?

—No puedo hacer nada —replicó el hombrecito—. Es la ley.

—¡La ley! —La chica se sentó sobre el escritorio y se echó hacia atrás el pelo escarlata. Sacó un cigarrillo y lo encendió con dedos temblorosos e inquietos—. Hay que largarse de aquí inmediatamente, Peter. Ya no hay nada que hacer.

—Sabe muy bien que me quedaré —le respondió el hombrecito.

—Está loco. —La chica se volvió al advertir la presencia de Benteley. Los ojos verdes parpadearon mirándolo con sorpresa y curiosidad—: ¿Y usted quién es?

—Quizá sea mejor que vuelva en otro momento —le dijo el hombrecito a Benteley—. Éste no es precisamente el…

—No he venido hasta aquí para regresar con las manos vacías —lo interrumpió Benteley—. ¿Dónde está Verrick?

La chica lo miró con asombro:

—¿Quiere ver a Reese? ¿Qué es lo que vende?

—Soy bioquímico —replicó Benteley enfurecido—. Busco un puesto de clase 8-8.

Los labios rojos de la chica esbozaron una sonrisa divertida.

—¿De veras? Interesante. —Encogió los hombros desnudos—.

Tómele juramento, Peter.

El hombrecito vaciló y le alargó una mano de mala gana:

—Soy Peter Wakeman. Ella es Eleanor Stevens, la secretaria privada de Verrick.

Todo aquello no era exactamente lo que Benteley había esperado. Hubo un silencio mientras los tres se miraban, estudiándose.

—El MacMillan lo ha dejado entrar —explicó Wakeman—. Hay una convocatoria abierta para los de clase 8-8. Pero creo que Verrick ya no necesita más bioquímicos.

—¿Y usted qué sabe? —preguntó Eleanor Stevens—. No es asunto que le incumba; no es el encargado del personal.

—Me guío por el sentido común —dijo Wakeman interponiéndose deliberadamente entre la chica y Benteley—. Lo siento —le dijo a Benteley—. Está perdiendo el tiempo aquí. Vaya a las oficinas de contratación de la Colina. Se pasan la vida vendiendo y comprando bioquímicos.

—Lo sé. He trabajado para las Colinas desde que tenía dieciséis años.

—¿Qué busca aquí entonces? —preguntó Eleanor.

—Me despidieron de Oiseau-Lyre.

—Vaya a ver a Soong.

—No —dijo Benteley levantando de repente la voz—. ¡No quiero oír hablar nunca más de las Colinas!

—¿Por qué? —preguntó Wakeman.

—Las Colinas son corruptas. El sistema se desmorona. Todo se vende al mejor postor.

—¡Bah! —exclamó Wakeman—. No sé por qué se preocupa. Tiene trabajo y eso es lo principal.

—Me pagan por mi tiempo, mi experiencia y mi lealtad —reconoció Benteley—. Tengo un laboratorio de lujo y unos equipos que cuestan más de lo que puedo ganar en toda mi vida. Mi posición está garantizada y, además, cuento con una total protección. Pero a veces me pregunto para qué sirve mi trabajo, qué hacen con él, a dónde va a parar.

—¿Adónde va a parar? —preguntó Eleanor.

—¡A ninguna parte! No sirve de nada, a nadie.

—¿Y a quién tendría que servirle?

Benteley trató de responder.

—No lo sé. A alguien, en algún sitio. ¿No le gustaría que el trabajo de usted tuviera alguna utilidad? He soportado el olor de Oiseau-Lyre todo lo que he podido. En teoría las Colinas son dos unidades

económicas separadas e independientes, pero la realidad es muy distinta: trafican con los gastos, el coste de los transportes, los impuestos y muchas otras cosas. Usted conoce el eslogan de las Colinas: EL SERVICIO ES BUENO, UN BUEN SERVICIO ES MEJOR. ¡Qué tontería! Ni siquiera piensan en el bien público; son unos parásitos.

—Nunca pensé que las Colinas fueran organizaciones filantrópicas —observó Wakeman.

Benteley se apartó nerviosamente; los otros dos lo observaban como si fuera un bufón. ¿Por qué se ensañaba tanto con las Colinas? Las Colinas pagaban bien a los siervos clasificados; nadie se había quejado nunca. *Sin embargo, él se estaba quejando.* El problema era quizá falta de realismo: una secuela anacrónica que la clínica de orientación infantil no había podido extirparle. De todos modos estaba harto.

—¿Cómo sabe que el Directorio es mejor? —preguntó Wakeman—. Me parece que se hace demasiadas ilusiones.

—Déjele jurar —dijo Eleanor con indiferencia—. Si eso es lo que quiere…

Wakeman meneó la cabeza.

—No le tomaré juramento.

—Entonces lo haré yo —replicó la chica.

—Con permiso —dijo Wakeman. Sacó una botella de whisky de un cajón y se sirvió un trago—. ¿Alguien desea acompañarme?

—No, gracias —dijo Eleanor.

Benteley dio media vuelta, fastidiado.

—¿Qué diablos significa todo esto? ¿Es así como trabajan en el Directorio?

Wakeman sonrió.

—¿Se da cuenta? Está empezando a decepcionarse. Quédese donde está, Benteley. Usted no sabe lo que le conviene.

Eleanor se bajó del escritorio y salió de la sala. Regresó al cabo de un momento con la habitual representación simbólica del Gran Presentador.

—Venga, Benteley. Aceptaré su juramento. —Puso un pequeño busto de plástico con la efigie de Reese Verrick en el centro del escritorio y se volvió hacia Benteley—. Vamos, adelante.

Benteley se acercó lentamente a la mesa y ella tocó la bolsita de tela que le colgaba del cuello, el amuleto que Lori le había regalado.

—¿Qué clase de amuleto es esto? —preguntó—. Cuénteme.

Benteley le mostró el fragmento de acero magnetizado y la pizca

de polvo blanco:

—Leche de virgen —dijo lacónicamente.

—¿Y no lleva nada más? —preguntó Eleanor, señalando el despliegue de amuletos que le colgaban entre los pechos desnudos. Los ojos verdes bailaron, mirando a un lado y a otro—. No entiendo cómo la gente se las arregla con un solo amuleto. Quizá por eso usted no tiene suerte.

—Mi graduación es altamente positiva —replicó Benteley—. Y tengo dos amuletos más. Éste me lo han regalado.

—¿Ah, sí? —La chica se acercó y lo examinó detenidamente—. Parece el tipo de amuleto que regalaría una mujer. Caro, aunque un poco demasiado chillón.

—¿Es verdad que Verrick no utiliza amuletos? —preguntó Benteley.

—Exacto —confirmó Wakeman—. No los necesita. Cuando la botella lo consagró número Uno ya era de clase 6-3. ¡Si eso no es tener suerte! Ha superado todos los obstáculos hasta la cima, exactamente como en las cintas de educación pedagógica. La suerte le sale por los poros.

—He visto a mucha gente tocarlo con la esperanza de recibir un poco de esa suerte —dijo Eleanor muy orgullosa—. No me parece mal. Yo misma lo he tocado en varias ocasiones.

—¿Y de qué le ha servido? —preguntó Wakeman, señalando las sienes descoloridas de la chica.

—Yo no nací el mismo día ni en el mismo lugar que Reese —respondió Eleanor con sequedad.

—Pues yo no creo en la astrocosmología —dijo Wakeman—. Creo que la suerte se gana o se pierde. Llega a rachas. —Y volviéndose a Benteley continuó—: Verrick puede tener suerte ahora, pero eso no significa que la haya tenido antes. A ellos… —apuntó con un vago ademán hacia el piso de arriba—, a ellos les interesa mantener una apariencia de equilibrio. —Y agregó—: No crea que soy cristiano o algo semejante. Sé muy bien que todo es producto del azar. —El aliento de Wakeman olía a una mezcla de menta y cebolla—. Pero todo el mundo tiene su oportunidad, algún día. Y los grandes y los poderosos siempre terminan cayendo.

Eleanor le echó una rápida mirada de advertencia:

—Tenga cuidado.

Sin apartar la vista de Benteley, Wakeman dijo lentamente:

—Recuerde lo que le estoy diciendo. No está obligado a ser fiel. Aprovéchelo. No jure para Verrick. Se convertirá en uno de sus siervos

permanentes. Quizá después lo lamentará.

Benteley estaba horrorizado.

—¿Significa que tendré que hacer un juramento personal ante Verrick? ¿No podría ser un voto de posición al Gran Presentador?

—Exacto —confirmó Eleanor.

—¿Por qué?

—Las cosas no están muy claras en este momento. No puedo darle más detalles. Más tarde será nombrado conforme a las exigencias de la categoría de usted, eso queda garantizado.

Benteley apretó la cartera contra el cuerpo y dio un paso atrás. Su estrategia y sus planes habían fracasado. Nada de lo ocurrido se parecía a sus expectativas.

—Entonces, ¿me contratarán? —preguntó a punto de estallar—. ¿Me aceptan?

—Desde luego —dijo Wakeman con indiferencia—. Verrick no dejará pasar ningún 8-8. No tiene usted por qué fracasar.

Benteley se apartó desanimado. Algo no encajaba.

—Espere —dijo, confuso e indeciso—. Tengo que pensármelo. Denme tiempo para decidir.

—Tómese el tiempo que quiera —dijo Eleanor sin hacerle mucho caso.

—Gracias.

Benteley se retiró a un rincón para volver a estudiar la situación.

Eleanor deambuló por el cuarto con las manos en los bolsillos.

—¿Hay más noticias de ese individuo? —le preguntó a Wakeman.

—Hasta ahora sólo la advertencia inicial del circuito cerrado —respondió Wakeman—. Sabemos que se llama Leon Cartwright. Es miembro de no sé qué culto, una organización sectaria de chiflados. Me gustaría verle la cara.

—A mí no. —Eleanor se detuvo junto a la ventana y se quedó contemplando malhumorada las calles y las rampas—. Dentro de poco estarán gritando. Ya no puede tardar. —Se palpó las sienes con un gesto brusco—. ¡Dios mío, quizá cometí un error! Pero ya está, ya no puedo cambiar nada.

—Fue un error —admitió Wakeman—. Dentro de unos años comprenderá la importancia de ese error.

Un destello de miedo brilló en los ojos de la chica:

—Nunca dejaré a Verrick. ¡Me quedaré con él!

—¿Por qué?

—Estaré a salvo. Él me protegerá.

—Las Brigadas la protegerán.

—No quiero tener nada que ver con las Brigadas. —Los labios rojos se entreabrieron, descubriendo unos dientes blancos y regulares—. Mi familia, mi entrañable tío Peter, todos están en venta, lo mismo que las Colinas. —Señaló a Benteley—. Y él cree que aquí todo es diferente.

—No es una cuestión de dinero —replicó Wakeman—, sino de principios. Las Brigadas están por encima de los hombres.

—Las Brigadas son parte del mobiliario, como este escritorio. —Eleanor pasó unas uñas afiladas por la superficie de la mesa—. Todo puede comprarse: los muebles, el escritorio, las lámparas, los ípvics, las Brigadas… —Los ojos le brillaban de indignación—. Es un prestonita, ¿no?

—Así es.

—No me sorprende que quiera verlo cuanto antes. Yo también siento una curiosidad morbosa. Como si fuera uno de esos extraños animales de las colonias planetarias.

Benteley despertó de sus pensamientos.

—Bueno —dijo—. Estoy preparado.

—Perfecto. —Eleanor se acomodó detrás del escritorio, levantó una mano y se puso la otra sobre el pecho—. ¿Conoce el juramento? ¿Necesita ayuda?

Benteley se sabía de memoria el juramento de fidelidad, pero una duda le roía las entrañas, casi paralizándolo. Wakeman se miraba las uñas con aire de desaprobación y aburrimiento: un pequeño campo de radiación negativa. Eleanor Stevens lo observaba con avidez; toda una serie de emociones intensas y cambiantes le pasaba por la cara. Cada vez más convencido de que algo estaba mal, Benteley empezó a pronunciar el juramento de fidelidad ante el pequeño busto de plástico.

A mitad del juramento, las puertas de la oficina se abrieron y un grupo de hombres entró ruidosamente. El más alto era un hombre corpulento, pesado y ancho de hombros, con la cara gris curtida y una cabellera espesa y enmarañada de color acero. Reese Verrick, rodeado por sus colaboradores de fidelidad personal, se detuvo al ver la ceremonia junto al escritorio.

Wakeman alzó los ojos y se encontró con la mirada de Verrick. Esbozó una sonrisa y no dijo nada, pero era suficiente. Eleanor Stevens se quedó rígida como una piedra. Con las mejillas enrojecidas y el cuerpo tenso por la emoción, esperó a que Benteley terminara. Después se apresuró a sacar el busto de plástico del despacho y volvió al cabo de un momento con la mano tendida.

—Necesito su tarjeta-p, señor Benteley. Tenemos que quedárnosla.

Benteley se la entregó en silencio y la vio desaparecer una vez más.

—¿Quién es este individuo? —preguntó Verrick señalando a Benteley.

—Acaba de prestar juramento ahora mismo. Es un 8-8. —Eleanor recogió las cosas del escritorio y los amuletos oscilaron excitados entre sus pechos—. Voy a buscar mi abrigo.

—¿Un 8-8? ¿Bioquímico? —Verrick miró a Benteley con interés—. ¿Sirve para algo?

—Es muy bueno —dijo Wakeman—. Por lo que he podido sondear parece excelente.

Eleanor cerró el guardarropa de un portazo, se echó el abrigo por encima de los hombros desnudos y se llenó los bolsillos.

—Acaba de llegar de Oiseau-Lyre. —Se unió al grupo que rodeaba a Verrick—. Todavía no sabe nada.

La cara pesada de Verrick estaba marcada por el cansancio y la preocupación, pero una chispa de ironía le brilló en los ojos profundos, enclavados en unas duras órbitas sobre unos pómulos abultados.

—Las últimas migajas, por ahora. El resto será para Cartwright, el prestonita. —Se volvió hacia Benteley—. ¿Cómo se llama usted?

Benteley murmuró su nombre y Verrick le dio un apretón que le hizo crujir los huesos. Benteley alcanzó a preguntar:

—¿Adónde vamos? Yo creía que…

—A la Colina Farben.

Verrick y su grupo se dirigieron hacia la rampa de salida; todos menos Wakeman, que se quedó a esperar al nuevo Gran Presentador. Verrick le explicó a Eleanor Stevens:

—Operaremos desde allí. Desde hace un año Farben está comprometida conmigo, personalmente. Aún puedo exigirles lealtad, a pesar de todo.

—¿A pesar de qué? —preguntó Benteley, súbitamente horrorizado.

Las puertas exteriores se abrieron dejando entrar la brillante luz del sol que se derramaba sobre ellos mezclada con los ruidos de la calle. Los gritos de las máquinas de noticias le estallaron por primera vez en los oídos. Mientras bajaban hacia la pista de los transportes intercontinentales, Benteley inquirió con voz ronca:

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

—Vamos, camine —gruñó Verrick—. Dentro de poco lo sabrá. No hay tiempo que perder, tenemos mucho trabajo por delante.

Benteley siguió lentamente a la comitiva; tenía en la boca el espeso

sabor metálico del horror. Ahora ya lo sabía. La respuesta estaba en los gritos histéricos de las máquinas informadoras.

—¡Verrick desplazado! —gritaban las máquinas en medio de la multitud—. ¡La botella consagra número Uno a un prestonita! ¡Un salto de la botella esta mañana a las nueve y media, hora de Ratavia! ¡Verrick fueeeeeeraaaaa!

El imprevisible cambio de poder se había producido, el evento que los presagios habían vaticinado. Verrick dejaba de ser el número Uno, ya no era el Gran Presentador. Ni siquiera pertenecía al Directorio.

Y Benteley le había jurado fidelidad.

Era demasiado tarde para volver atrás. Ahora iba hacia la Colina Farben, atrapado, como todos, en el torrente de acontecimientos que se abatían sobre el sistema de los Nueve Planetas como un despiadado temporal de invierno.

DOS

Al romper el alba, Leon Cartwright conducía cautelosamente el viejo Chevrolet 82 por las calles estrechas y zigzagueantes, sujetando el volante con manos firmes, los ojos clavados en las columnas de tránsito. Llevaba, como de costumbre, un traje cruzado pasado de moda, pero impecable, un sombrero arrugado calado en la cabeza, y un reloj en el bolsillo del chaleco. Todo en él transpiraba desuso y edad. Era un hombre de unos sesenta años, esbelto, robusto, alto y estirado, con ojos azules y muñecas manchadas por dolencias hepáticas, y brazos delgados pero fuertes y nudosos. El rostro afilado tenía una expresión tranquila, casi afable. Conducía como si no confiara plenamente ni en sí mismo ni en su viejo coche.

En el asiento trasero había montones de cintas de vídeo listas para ser enviadas. El piso del coche se hundía bajo el peso de las placas magnéticas que él tenía que imprimir y despachar. Un viejo impermeable estaba apelotonado en un rincón, junto a una vieja fiambrera y unas pantuflas olvidadas. Debajo del asiento había un revólver Hopper cargado, abandonado allí años atrás.

Los edificios que desfilaban a ambos lados de Cartwright eran viejos y decrépitos, construcciones endebles y desnudas, con ventanas polvorientas y tímidos carteles de neón —reliquias del siglo anterior, igual que él y el coche—. Hombres grises, con pantalones y chaquetas de trabajo desteñidas, las manos en los bolsillos, la mirada vacía y hostil, merodeaban frente a las puertas y los muros cubiertos de graffiti. Mujeres regordetas y embutidas en amorfos abrigos negros arrastraban los carritos por tiendas oscuras repletas de productos marchitos, comida rancia para las familias que aguardaban impacientes en el aire estancado y acre de unos estrechos apartamentos que olían a orina.

«La suerte de la humanidad —pensó Cartwright— no ha cambiado mucho últimamente». El sistema de Clasificación y los complicados juegos no habían beneficiado a la mayoría. Los inks, los inclasificados, seguían existiendo.

A principios del siglo veinte, el problema de la producción había

sido resuelto. Poco después apareció otra plaga: el problema del consumo. En 1950 y 1960, los bienes de consumo y los productos agrícolas comenzaron a acumularse en todo el mundo occidental. Se distribuyeron gratuitamente todos los excedentes, pero esto amenazaba con subvertir el libre mercado. En 1980 se pensó que la mejor solución era juntar todos los productos y quemarlos: cientos de miles de millones de dólares fueron destruidos semana tras semana.

Todos los sábados la gente de las ciudades se reunía en multitudes hurañas y resentidas para ver a las tropas que rociaban con gasolina los coches, las tostadoras, la ropa, las naranjas, el café y los cigarrillos que nadie adquiría y que ardían en una cegadora conflagración. En cada ciudad había una hoguera cercada, una especie de montaña de basura y cenizas donde unos preciados objetos eran destruidos sistemáticamente.

Los juegos habían mejorado un poco la situación. Si la gente no podía permitirse comprar los costosos artículos manufacturados, al menos conservaba la esperanza de ganarlos con un golpe de fortuna. Durante decenios la economía se había basado en complejos mecanismos dispensadores con los que se distribuían toneladas de mercancías sobrantes. Pero por cada hombre que ganaba un coche, una nevera o un televisor, había millones que no ganaban nada. En el decurso de los años, los premios de los juegos pasaron de ser artículos materiales a propuestas más atractivas: poder y prestigio. Y por encima de todo, estaba en juego la función más codiciada: la de Gran Presentador, el máximo dispensador de poder y, por tanto, el administrador de los Juegos.

La desintegración del sistema social y económico había sido lenta, gradual y profunda. Pero había calado tan hondo que los hombres dejaron de creer en las leyes de la Naturaleza. Nada parecía estable o fijo; el universo era un flujo incesante. Nadie sabía lo que iba a ocurrir. Nadie podía contar con nada. La predicción estadística se hizo popular…; el concepto mismo de causa y efecto desapareció. Los hombres ya no pensaron que podían controlar el entorno; todo lo que les quedaba era una secuencia de probabilidades en un universo regido por el azar.

La teoría Minimax —el juego M— era una forma de abdicación estoica, una no participación en la vana lucha de los hombres. El jugador del Minimax nunca se comprometía: no arriesgaba nada, no ganaba nada…, no se dejaba abrumar. Tenía un único objetivo: acumular oportunidades y durar más que los otros. El participante no podía hacer otra cosa que sentarse y esperar a que el juego terminara.

El Minimax, el método para sobrevivir en el gran juego de la vida, había sido inventado por Von Neumann y Morgenstern, dos matemáticos del siglo veinte; lo habían utilizado en la segunda guerra mundial, en la guerra de Corea y en la guerra última. Estrategas militares y luego financieros habían jugado con la teoría. A mediados de siglo, Von Neumann fue designado miembro de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos en reconocimiento de la importancia creciente de la teoría Minimax. Dos siglos y medio más tarde, Minimax era la base y justificación del gobierno.

Éstas eran las razones por las que Leon Cartwright, reparador electrónico y criatura humana, consciente, se había hecho prestonita.

Cartwright encendió las luces de atrás y detuvo el viejo coche junto a la acera. Delante, el edificio de los prestonitas irradiaba una suciedad blanca bajo el sol de mayo. La enclenque estructura de madera tenía tres plantas; un cartel tapaba una parte de la lavandería contigua: SOCIEDAD PRESTON. Oficina en los fondos del edificio.

Era la entrada posterior, la de la plataforma de carga. Cartwright abrió la puerta trasera del coche y depositó en la acera unas cajas repletas de folletos. La gente que pasaba no se fijaba en él. A unos pocos metros un hombre descargaba un camión de pescado. Al otro lado de la calle, un hotel imponente albergaba un grupo heterogéneo de tiendas parasitarias y establecimientos destartalados: casas de empeño, kioscos, burdeles y bares.

Sosteniendo una caja sobre las rodillas, Cartwright la llevó por la acera estrecha hasta el sombrío almacén del edificio iluminado por una sola lámpara. Por todos lados había enormes pilas de cajones y cajas atados con alambre. Encontró un espacio vacío, depositó en el suelo la pesada carga, cruzó el vestíbulo y entró en la oficina minúscula.

La oficina y la antesala parecían desiertas como de costumbre. La puerta de la calle estaba abierta. Cartwright recogió un montón de cartas, las desplegó sobre el escritorio y comenzó a abrirlas. No había nada importante: facturas de imprenta, de transporte y de alquiler, multas por retrasos en pagos de impuestos y recibos de agua y electricidad.

Abrió un sobre y encontró un billete de cinco dólares y una larga nota escrita por la mano temblorosa de una anciana. Había también otras contribuciones microscópicas. Lo sumó todo y descubrió que la Sociedad había ingresado cerca de treinta dólares.

—Se están poniendo impacientes —dijo Rita O'Neill, apareciendo de repente en el umbral, detrás de él—. Sería mejor que empezáramos.

Cartwright suspiró. Había llegado la hora. Se levantó con dificultad, vació un cenicero, enderezó una pila de maltrechos ejemplares del libro de Preston: *El Disco de Fuego*, y siguió de mala gana a la chica a lo largo del angosto vestíbulo. Debajo de un retrato de John Preston tiznado por las moscas, justo a la izquierda de una hilera de perchas, Cartwright dio un paso adelante y se coló por una falsa abertura en el sombrío pasaje interior que corría junto al pasillo principal.

La gente reunida en la habitación enmudeció súbitamente. Todas las miradas se volvieron hacia él; la habitación vibraba de miedo y ansiedad. Aliviados, unos pocos se acercaron a él; las conversaciones se reanudaron y se convirtieron en un confuso balbuceo. Todos intentaban llamar la atención de Cartwright. Avanzó hasta el centro de la sala, y un círculo de hombres y mujeres gesticulantes se agrupó alrededor.

—¡Por fin! —exclamó Bill Konklin, aliviado.

—Hemos esperado tanto que ya… no podíamos seguir esperando —chilló Mary Uzich.

Cartwright hurgó en sus bolsillos hasta encontrar la lista del personal. Luego se quedó mirando la desconcertante diversidad de hombres y mujeres ansiosos: obreros mexicanos, mudos y asustados, aferrados a sus trastos, una pareja de ciudadanos de expresión dura, un mecánico de motores de retropropulsión, unos artesanos de óptica japoneses, una chica de labios rojos, el dueño de una arruinada tienda de venta al por menor, un estudiante de agronomía, un farmacéutico, un cocinero, una enfermera y un carpintero.

Todos se peleaban por acercarse a él, transpiraban, lo escuchaban y observaban atentamente.

Era gente especializada en trabajos manuales, no mentales. Tenían una habilidad nacida de años de práctica y trabajo, del contacto directo con los objetos. Sabían cultivar plantas, poner cimientos, reparar cañerías, arreglar máquinas, tejer y cocinar. De acuerdo con el sistema de Clasificación, eran unos fracasados.

—Creo que estamos todos —dijo Jereti, nervioso.

Cartwright tomó aliento, murmuró una plegaria y alzó la voz para que todos lo oyeran:

—Quisiera decirles algo antes de que se marchen. La nave ya está lista, ha sido revisada por nuestros amigos del aeródromo.

—Exacto —corroboró el capitán Groves, un negro imponente, de mirada severa, y con chaqueta, guantes y botas de cuero.

Cartwright agitó un fajo de placas magnéticas.

—Bueno, eso es todo. Si alguien tiene dudas, es preferible que abandone ahora.

Hubo un momento de tensión, pero nadie dijo nada. Mary Uzich sonrió a Cartwright y luego al joven que tenía a su lado; Konklin le pasó el brazo por la cintura y la apretó con fuerza.

—Para esto hemos luchado —continuó Cartwright—. Para esto hemos empleado nuestro dinero y nuestro tiempo. Me gustaría que John Preston estuviese aquí. Se alegraría. Sabía que este momento iba a llegar. Sabía que una nave iría más allá de las colonias planetarias y de las regiones controladas por el Directorio. Estaba convencido de que los hombres buscarían nuevas fronteras… y libertad —Miró su reloj—. Adiós y buena suerte. Ya estamos en camino. No se separen de sus amuletos y dejen que Groves los guíe.

Uno a uno fueron recogiendo sus escasas pertenencias y salieron de la sala. Cartwright les estrechó la mano, prodigando palabras reconfortantes. Cuando el último hubo salido, se quedó en silencio en la sala desierta, absorto y pensativo.

—Cuánto me alegra que todo haya terminado —dijo Rita aliviada —. Temía que alguno abandonara.

—Lo desconocido es un lugar terrible, poblado de monstruos. En uno de sus libros Preston describe unas voces misteriosas. —Cartwright se sirvió una taza de café de la jarra de sílex—. Pero nosotros tenemos mucho que hacer aquí; me pregunto si no nos habrá tocado lo peor.

—La verdad es que no llego a creérmelo —dijo Rita alisándose el pelo negro con sus dedos delgados y hábiles—. Puedes cambiar el universo… No hay nada que no puedas hacer.

—Hay muchas cosas que no puedo hacer —objetó Cartwright con sequedad—. Encontraré algo que hacer en alguna parte, pero pronto me atraparán.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Rita horrorizada.

—Soy realista —replicó Cartwright con una voz dura, casi brutal —. Los asesinos han liquidado a todos los inks designados por la botella. ¿Cuánto piensas que tardarán en organizar la Convención del Desafío? Los mecanismos de compensación de este sistema trabajan contra nosotros. Parece que he violado las reglas del juego sólo por haber querido jugar. A partir de ahora, todo lo que me ocurra será por mi culpa.

—¿Saben algo de la nave?

—Lo dudo. Espero que no.

—Podrías al menos resistir hasta que la nave esté a salvo. No es

eso…

Rita dejó de hablar, asustada.

Un ruido de motores de reacción llegó del exterior. Con un rechinar de insecto metálico una nave se posó sobre el tejado. Hubo un estampido, se oyeron voces… La trampa del techo se abrió. Rita vio una expresión de pánico en la cara de su tío, la fugaz iluminación de alguien *que se da cuenta*. La afabilidad habitual, marcada por el cansancio, afloró de nuevo cuando él le sonrió.

—Ya están aquí —dijo ella entonces, con un hilo de voz casi inaudible.

Las pesadas botas militares desfilaron por el pasillo. Los guardias del Directorio, con uniformes verdes, se abrieron en abanico alrededor de la sala. Detrás de ellos apareció un funcionario del Directorio, impasible y con una cartera bajo el brazo.

—¿Es usted Leon Cartwright? —preguntó el funcionario. Hojeó un cuaderno de notas y dijo—: Documentación, por favor. ¿La lleva encima?

Cartwright sacó el tubo de plástico del bolsillo interior de su abrigo, lo abrió, y desplegó sobre la mesa, una tras otra, las finas placas magnéticas:

—Partida de nacimiento. Libretas escolares. Psicoanálisis. Certificados médicos. Antecedentes penales. Permiso estatutario. Historial de fidelidad. Declaración del último juramento, y todo el resto.

Acercó los papeles al oficial empujándolos por encima de la mesa, y luego se quitó el abrigo y se arremangó la camisa.

El oficial examinó rápidamente los documentos y comparó las tablas de identificación con las marcas tatuadas en la piel del antebrazo de Cartwright.

—Más tarde examinaremos las huellas digitales y las ondas del cerebro. En realidad es una formalidad; sé que usted es Leon Cartwright. —Empujó de vuelta los papeles—. Soy el comandante Shaeffer, de las Brigadas Telepáticas del Directorio. Hay más telépatas en la zona. Esta mañana, poco después de las nueve, ha habido un cambio de poder.

—Entiendo —dijo Cartwright bajándose las mangas y poniéndose de nuevo el abrigo.

El comandante Shaeffer tocó el borde liso del permiso estatutario.

—Usted no es un clasificado, ¿verdad?

—No.

—Supongo que ha devuelto la tarjeta-p a la Colina protectora. Es el sistema habitual, ¿no?

—Es el sistema habitual —respondió Cartwright—. Pero yo no estoy comprometido con ninguna Colina. Como podrá comprobar, me dieron de alta a principios de año.

Shaeffer se encogió de hombros, resignado.

—Supongo entonces que habrá vendido la tarjeta en el mercado negro. —Cerró el cuaderno con un chasquido—. Los saltos de la botella promocionan casi siempre a gente inclasificada, que es mucho más numerosa. Pero los clasificados siempre se las arreglan para quedarse con las tarjetas-p.

Cartwright depositó su tarjeta de poder sobre la mesa:

—Aquí está la mía.

—¡Increíble! —Shaeffer se quedó atónito. Rápidamente sondeó la mente de Cartwright con una expresión de asombro y desconfianza—. ¿Usted ya lo sabía? ¿Sabía lo que iba a ocurrir?

—Sí.

—Imposible. Acaba de ocurrir. Hemos llegado inmediatamente. Ni siquiera Verrick se ha enterado. Usted es el primero en saberlo fuera de las Brigadas. —Se acercó a Cartwright—. Hay algo raro aquí. ¿Cómo ha conseguido saberlo?

—El becerro de dos cabezas —respondió Cartwright vagamente.

El oficial telépata se quedó pensando, sin dejar de explorar la mente de Cartwright. De pronto exclamó:

—Está bien, no importa. Supongo que dispone de alguna fuente de información. Podría descubrirla si la tuviera escondida en el cerebro. —Alargó una mano—. Felicidades. Si está usted de acuerdo nos apostaremos en los alrededores del edificio. Verrick será informado en pocos minutos. Tenemos que estar preparados. —Puso la tarjeta en las manos de Cartwright—. Consérvela. Es la única prueba de su nuevo nombramiento.

—Supongo —dijo Cartwright tranquilizándose— que puedo contar con usted.

Deslizó la tarjeta dentro de un bolsillo.

—Creo que sí. —Shaeffer se pasó la lengua por los labios, pensativo—. Qué raro —dijo de pronto—. Ahora usted es nuestro superior y Verrick ya no es nada. Puede que necesitemos un poco de tiempo para adaptarnos a esta nueva realidad. Algunos de los miembros más jóvenes de las Brigadas no recuerdan a otro Gran Presentador. —Volvió a encogerse de hombros—. Le sugiero que

acepte nuestra protección. No podemos quedarnos aquí. En Batavia mucha gente ha jurado fidelidad personal a Verrick, no sólo a la figura del Gran Presentador. Tenemos que identificarlos a todos y eliminarlos sistemáticamente. Verrick los ha utilizado para controlar mejor las Colinas.

—No me sorprende.

—Verrick es muy astuto. —Shaeffer echó a Cartwright una mirada crítica—. Cuando era Gran Presentador fue desafiado en varias ocasiones. Siempre había algún infiltrado. Tuvimos mucho trabajo; pero supongo que estamos para eso.

—Me alegro de que haya decidido venir —admitió Cartwright—. Cuando oí los ruidos se me ocurrió que era Verrick.

—Habría sido posible, si se lo hubiéramos dicho. —Una sombra de diversión asomó a los ojos de Shaeffer—. Si no hubiese sido por los telépatas más antiguos quizá primero habríamos avisado a Verrick y no hubiéramos llegado aquí tan pronto. Pero Peter Wakeman nos recordó nuestros deberes y obligaciones.

Cartwright anotó el nombre mentalmente. Quizá algún día necesitase los servicios de Peter Wakeman.

—A medida que nos acercábamos —prosiguió Shaeffer—, nuestro primer grupo pudo captar los pensamientos de unas gentes que al parecer salían de aquí. Estaban pensando en el nombre de usted y en este lugar.

—¿Ah, sí? —dijo Cartwright, de pronto cauteloso.

—Se estaban alejando de nosotros, así que no pudimos captar mucho. Pensaban en una nave, en algo relacionado con un viaje muy largo.

—Habla usted como un adivino del Gobierno.

—Parecían todos envueltos en un halo de miedo y excitación.

—De eso no sé nada —insistió Cartwright—. No estoy al corriente. —Irónicamente añadió—: Algunos acreedores, quizá.

En el patio del edificio de la Sociedad, Rita O'Neil daba vueltas en pequeños círculos. Se sentía perdida. El gran momento había llegado y había pasado, y ahora ya era parte de la historia.

Junto al edificio de la Sociedad se alzaba la cripta diminuta y desnuda donde descansaban los restos de John Preston. Rita alcanzaba a vislumbrar el cuerpo oscuro y deforme suspendido dentro de un cubículo de plástico amarillo con manchas de moscas; las manos diminutas y deformadas por la artritis que reposaban sobre el pecho de pájaro, los ojos cerrados, las gafas eternamente superfluas. Una criatura encorvada y miope. La cripta estaba llena de polvo; había

restos de basura desparramada traída por el viento. Nadie la visitaba. Era un monumento solitario y olvidado que albergaba una forma lúgubre de arcilla, abandonada e inútil.

Pero a un kilómetro de distancia la caravana de vehículos de superficie descargaba a los pasajeros en la pista. El destartalado carguero GM aguardaba en la plataforma de lanzamiento; hombres y mujeres trepaban torpemente por la estrecha rampa metálica antes de acceder al insólito mundo de la nave.

Los fanáticos estaban en camino. Se lanzaban al espacio profundo en busca del mítico décimo planeta del sistema solar, el legendario Disco de Fuego, el fabuloso mundo de John Preston, más allá del universo conocido.

TRES

La noticia se difundió antes de que Cartwright llegara al Directorio en Batavia. Estaba sentado, con los ojos clavados en la pantalla del televisor, mientras la aeronave intercontinental de alta velocidad surcaba el cielo del Pacífico Sur. Abajo se desplegaban el océano azul y unos interminables puntos negros, conglomerados de casas flotantes de metal y plástico habitadas por familias asiáticas, frágiles plataformas dispersas desde Hawaii hasta Ceilán.

La pantalla deliraba de entusiasmo, las caras aparecían y desaparecían, y las escenas se transformaban con una rapidez asombrosa. Transmitían la crónica de los diez años de Verrick: las imágenes del rostro macizo de cejas pobladas del ex Gran Presentador alternaban con los hechos más sobresalientes de los últimos años. También se decía algo de Cartwright.

Cartwright no pudo reprimir una carcajada nerviosa que sobresaltó a los telépatas. Nada se sabía de él, salvo que tenía algún vínculo con la Sociedad Preston. Las máquinas de noticias estaban transmitiendo todo lo que se conocía de la Sociedad, que no era mucho. Se retransmitían también fragmentos de la vida de John Preston que mostraban a un hombrecito endeble pasando de las Bibliotecas de Información a los Observatorios, escribiendo libros, coleccionando una infinidad de hechos, discutiendo inútilmente con los santones, perdiendo una precaria clasificación y hundiéndose hasta morir en el olvido. Se erigió la modesta cripta. Se celebró el primer encuentro de la Sociedad. Y los libros de Preston, medio delirantes, medio proféticos, empezaron a aparecer…

Cartwright esperaba que no supieran nada más. Tocó madera mentalmente y no apartó la mirada de la pantalla.

Ahora era la máxima autoridad del sistema de los Nueve Planetas. Era el Gran Presentador, protegido por una Brigada Telepática, al frente de un vasto ejército, una flota de guerra y un cuerpo de policía. Era el administrador soberano de toda la estructura de la botella, el vasto aparato clasificatorio, los juegos, las loterías y los centros de instrucción.

Al otro lado se encontraban las cinco Colinas: el poder industrial que sostenía todo el sistema social y político.

—¿Hasta dónde pretendía llegar Verrick? —le preguntó al comandante Shaeffer.

Shaeffer le escrutó la mente antes de responder.

—Oh, bastante lejos. En agosto pensaba haber eliminado el mecanismo de la botella y toda la estructura del Minimax.

—¿Dónde está ahora?

—Ha abandonado Batavia y se dirige a la Colina Farben, donde tiene más influencia. Desde allí comandará las operaciones. No nos sorprenderá desprevenidos.

—Veo que las Brigadas me serán muy útiles.

—Hasta cierto punto. Nuestro trabajo consiste en protegerlo: no hacemos ninguna otra cosa. No somos ni espías ni agentes secretos. Simplemente velamos por la vida de usted.

—¿Qué dicen las estadísticas?

—Las Brigadas se constituyeron hace ciento sesenta años. Desde entonces hemos protegido a cincuenta y nueve Grandes Presentadores. Y hemos logrado salvar a once del Desafío.

—¿Cuánto duraron los anteriores?

—Algunos, unos pocos minutos; otros, muchos años. Verrick fue uno de los que más duró, aunque en el 78 fue elegido el viejo McRae, que gobernó durante trece años. En aquella época las Brigadas interceptaron a unos trescientos desafiantes; pero sin la ayuda de McRae no lo hubiésemos conseguido. Era un viejo zorro. A veces me pregunto si no era un telépata.

—Una Brigada de telépatas para protegerme —caviló Cartwright en voz baja—, y asesinos públicos para matarme.

—Sólo un asesino a la vez. Aunque, por supuesto, también podría asesinarlo algún aficionado no designado por la Convención. Algún rencoroso. Pero eso sería raro. Además, no conseguiría nada, quedaría políticamente neutralizado, perdería la tarjeta-p y también la posibilidad de llegar a ser Gran Presentador. La botella tendría que dar otro salto. No serviría de nada.

—¿Cuánto tiempo calcula que podré aguantar en el puesto?

—Unas dos semanas.

Dos semanas, y Verrick era imparable. Las Convenciones del Desafío no serían acontecimientos esporádicos provocados por individuos aislados y sedientos de poder. Verrick se encargaría de organizarlo todo. Un mecanismo implacable lanzaría un asesino tras otro hacia Batavia hasta alcanzar el objetivo final y eliminar a Leon

Cartwright.

—En la mente de usted —explicó Shaeffer— hay un curioso vórtice, una mezcla de miedo y de un síndrome muy extraño que no consigo analizar. Algo relacionado con una nave.

—¿Está usted autorizado a leer mis pensamientos siempre que lo desee?

—No puedo evitarlo. Si yo me pusiera a murmurar, usted no podría evitar oír lo que digo, ¿no? Cuando estoy con un grupo es más complicado; los pensamientos se vuelven borrosos, como en una reunión en la que todos hablan al mismo tiempo. Pero aquí estamos sólo usted y yo.

—La nave ya está en camino —dijo Cartwright.

—No conseguirá llegar muy lejos. En el primer planeta que intente abordar, Marte, Júpiter o Ganímedes…

—La nave no se detendrá. No es nuestra intención fundar otra colonia.

—Creo que confía demasiado en esa destartalada nave de carga.

—Todo lo que tenemos está a bordo.

—¿Y usted aguantará mucho tiempo?

—Eso espero.

—Yo también —dijo Shaeffer sin inmutarse—. A propósito… —señaló la isla radiante que asomaba arriba y abajo—. Un agente de Verrick estará esperándolo cuando aterricemos.

—¿Ya?

—No es un asesino. La Convención del Desafío no se ha reunido aún. Es un hombre de Verrick, un siervo personal llamado Herb Moore. No se le han detectado armas. Sólo desea hablar con usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Desde hace unos minutos estoy en contacto con el cuartel general de las Brigadas. Información procesada que pasa de un punto a otro. Somos realmente una cadena. No tiene por qué preocuparse: al menos dos de nosotros asistiremos a la entrevista.

—¿Y si no quiero hablar con él?

—Usted decide.

Cartwright apagó la televisión cuando la nave descendía y estaba a punto de posarse sobre los ganchos magnéticos.

—¿Qué me aconseja?

—Hable con él. Escuche lo que tiene que decirle. Se hará una idea de lo que le espera.

Herbert Moore era un hombre rubio y apuesto de unos treinta años. Cuando Cartwright, Shaeffer y otros dos miembros de las Brigadas entraron en el salón principal del Directorio, se levantó ágilmente.

—Felicidades —le dijo a Shaeffer con voz jovial.

Shaeffer abrió las puertas de las oficinas privadas y se apartó para cederle el paso a Cartwright. Era la primera vez que el nuevo Gran Presentador contemplaba el legado de la botella. Se detuvo en la entrada, con el abrigo en un brazo, fascinado.

—Esto no se puede comparar con las instalaciones de la Sociedad —dijo al fin. Se desplazó lentamente y acarició la caoba pulida del escritorio—. Es extraño… Me lo había figurado de un modo muy abstracto el poder de hacer esto, hacer aquello… Todo era muy simbólico, pero viendo estos tapices y este escritorio magnífico…

—Este no es su escritorio —le dijo el comandante Shaeffer—. Es el escritorio de su secretaria. Eleanor Stevens, una ex telépata.

—¡Ah! —dijo Cartwright enrojeciendo—. ¿Y dónde está ella?

—Se marchó con Verrick. Una situación curiosa. —Shaeffer dio un portazo dejando a Herb Moore en la antesala aterciopelada—. Una novicia de las Brigadas; vino aquí cuando Verrick ya era Gran Presentador. Tenía sólo diecisiete años. Verrick fue la única persona con la que trabajó alguna vez. Al cabo de unos años cambió su juramento pasando de lo que nosotros llamamos un juramento de posición a un juramento personal. Cuando Verrick se marchó, embaló sus cosas y se fue con él.

—Por lo tanto Verrick dispone de una telépata.

—De acuerdo con la ley, ella ha perdido su supralóbulo. Es curioso encontrar una fidelidad personal tan fuerte. Por lo que sé, no han mantenido relaciones sexuales. En realidad ella ha sido la amante de Moore, el joven que está esperando afuera.

Cartwright deambuló por la lujosa oficina, examinando los archivos, los imponentes ordenadores interplanetarios, las sillas, el escritorio, y los cuadros aleatorios y móviles en las paredes.

—¿Dónde está mi oficina?

Shaeffer abrió la puerta de una patada. Él y dos hombres de las Brigadas siguieron a Cartwright a través de una serie de puestos de control y de seguridad, y al fin entraron en una lúgubre sala de rexeroide macizo.

—Es grande, pero sin pretensiones —dijo Shaeffer—. Verrick era austero. Cuando asumió el poder esto era un burdel árabe: chicas por todos lados, divanes, licores, música y color. Verrick arrasó con todo,

mandó a las mujeres a un campo de trabajo en Marte, arrancó el decorado y construyó esto. —Shaeffer golpeó la pared y se oyó un ruido apagado—. Cinco metros de rexeroide. A prueba de bombas y radiaciones, impenetrable, un sistema autónomo de ventilación, control de temperatura y humedad, reserva alimenticia. —Abrió un armario—. Mire. —Era un verdadero arsenal.

»Verrick sabía manejar cualquier arma conocida. Una vez por semana íbamos a la selva a disparar contra todo lo que se nos cruzara por delante. Nadie puede entrar en esta habitación si no es por la puerta habitual. O también… —Pasó la mano por una de las paredes —. Verrick conocía todos los trucos. Él mismo proyectó y supervisó cada palmo de esta oficina. Al terminar las obras los obreros fueron enviados a los campos de trabajo, como hacían los faraones con los constructores de tumbas. Hasta las Brigadas fueron excluidas.

—¿Por qué?

—Verrick había instalado equipos, aunque no pensaba utilizarlos mientras fuera Gran Presentador. Pero los telépatas sentimos siempre curiosidad cuando alguien trata de excluirnos, de modo que sondeamos a algunos obreros antes de que partieran a Marte. —Shaeffer deslizó a un costado una parte de la pared—. Éste es el pasadizo privado de Verrick. En teoría conduce hacia fuera, pero en realidad conduce hacia dentro.

Cartwright procuró ignorar la transpiración helada que le brotaba de las manos y las axilas. Un pasadizo se abría detrás del imponente escritorio de acero; no era difícil imaginarse al asesino apareciendo por detrás del Gran Presentador.

—¿Qué me sugiere? ¿Debería clausurarlo?

—La estrategia que hemos elaborado no incluye este artilugio. Sembraremos cápsulas de gas en el suelo del pasillo y nos olvidaremos del asesino. Morirá antes de que llegue a la puerta interior. —Shaeffer se encogió de hombros—. Pero éstos son sólo detalles menores.

—De acuerdo —alcanzó a decir Cartwright—. ¿Hay algo más que debería saber?

—Escuche lo que Moore tiene que decirle. Es un bioquímico de primer orden; un genio, a su manera. Controla los laboratorios en Farben. Es la primera vez en muchos años que viene por aquí. Intentamos detectar lo que hace en Farben, pero, francamente, es demasiado técnico para nosotros.

Uno de los otros telépatas, un hombrecito atildado con bigotes, pelo liso y una copa en la mano, dijo entonces:

—Sería interesante saber hasta qué punto Moore no emplea a

propósito toda esa jerga técnica para despistarnos.

—Le presento a Peter Wakeman —dijo Shaeffer.

Cartwright y Wakeman se dieron la mano. Los dedos del telépata eran delgados y frágiles; dedos esquivos que no tenían el vigor que Cartwright estaba acostumbrado a encontrar en los inclasificados. Era difícil creer que este hombre dirigiera las Brigadas y que hubiese sido capaz de arrebatárselas a Verrick en el momento crítico.

—Gracias —dijo Cartwright.

—A sus órdenes. Pero no tiene nada que ver con usted. —El telépata parecía interesado en el hombre negro y alto—. ¿Cómo se llega a ser prestonita? No he leído ninguno de los libros; son tres, ¿no?

—Cuatro.

—Preston era aquel extraño astrónomo que consiguió que los Observatorios se interesaran por su planeta, ¿verdad? Pero no encontraron nada. Preston salió a buscarlo y murió en la nave. Sí, una vez hojeé *El Disco de Fuego*. El que me lo prestó era un verdadero psicópata. Quise sondearlo… pero no saqué nada claro, sólo un torrente de información caótica y delirante.

—Y en mí, ¿qué ve? —preguntó Cartwright.

Hubo un momento de silencio absoluto. Los tres telépatas estaban sondeándolo, todos a la vez. Clavó los ojos en el sofisticado televisor y procuró no tenerlos en cuenta.

—Más o menos lo mismo —dijo finalmente Wakeman—. Está usted curiosamente fuera de fase en relación con esta sociedad. El juego del Minimax otorga una importancia primordial al justo Medio Aristotélico. Pero usted no piensa en otra cosa que en la nave. Cobertizo o palacio, si la nave cae, usted caerá también.

—No caerá —replicó Cartwright.

Los tres telépatas parecían divertidos.

—En un universo regido por el azar, nadie puede prever nada —dijo Shaeffer secamente—. Lo más probable es que sea destruida, aunque también podría atravesar todas las barreras.

—Una vez que hable con Moore —observó Wakeman— será interesante ver si aún piensa lo mismo.

Herb Moore se incorporó de un salto cuando Cartwright y Wakeman entraron en la sala.

—Siéntese —dijo Cartwright—. Hablaremos aquí.

Moore siguió de pie, inquieto.

—No le robaré demasiado tiempo, señor Cartwright. Sé que tiene

mucho trabajo.

Wakeman gruñó con acritud.

—¿Qué quiere? —preguntó Cartwright.

—Vayamos al grano —dijo Moore—. Usted está dentro, Verrick está fuera. Usted es el jefe supremo del sistema, ¿no es cierto?

—La estrategia de Verrick —dijo Wakeman, pensativo— consiste en tratar de que usted se sienta un aficionado. Lo hemos sondeado. Quiere hacerle creer que usted es una especie de subalterno, ocupando el lugar del jefe mientras éste despacha un asunto de suma importancia.

Moore empezó a caminar de un lado a otro, rojo de excitación, gesticulando sin parar, animado por el torrente de palabras que le brotaban de la boca.

—Reese Verrick fue Gran Presentador durante diez años. Lo desafiaron todos los días, pero supo afrontar cada desafío. Verrick es esencialmente un líder experto. Llevó adelante este trabajo con más conocimientos y habilidad que todos los otros Grandes Presentadores juntos.

—Excepto McRae —señaló Shaeffer entrando en la sala—. No nos olvidemos del bueno de McRae.

Cartwright sintió un nudo en el estómago. Se dejó caer en uno de los mullidos sillones y se echó hacia atrás. El sillón se acomodó al peso y a la postura de Cartwright. La discusión prosiguió sin él; el frenético intercambio de palabras entre los dos telépatas y el locuaz enviado de Verrick le parecía tan remoto como un sueño. Intentó concentrarse en la conversación, aunque no hablaban de él.

En muchos sentidos Herb Moore tenía razón. Cartwright se había equivocado y se había metido en el lugar, los problemas y el cargo de algún otro. Se preguntó vagamente dónde podía estar la nave. Si todo iba bien, muy pronto alcanzaría la órbita de Marte y el cinturón de asteroides. ¿Habrían dejado atrás las aduanas? Miró su reloj. En ese preciso instante la nave estaría acelerando.

La voz aguda de Moore lo devolvió a la realidad.

—Como quieran —estaba diciendo—. El ípvic ha difundido la noticia. La Convención se celebrará en la Colina Westinghouse, donde abundan los hoteles.

—Claro —dijo Wakeman con sequedad—. Es el lugar de encuentro de los asesinos. Habitaciones baratas.

Wakeman y Moore discutían sobre la Convención del Desafío.

Cartwright se incorporó débilmente:

—Quiero hablar con Moore. Ustedes dos retírense.

Los telépatas, Shaeffer y Wakeman, deliberaron un momento en voz baja y fueron hacia la puerta.

—Tenga cuidado —le advirtió Wakeman—. Hoy ha tenido demasiadas emociones. El índice talámico de usted es muy elevado.

Cartwright cerró la puerta detrás de ellos y se volvió hacia Moore.

—Bien, arreglemos esto de una vez por todas.

Moore sonrió confiado.

—A sus órdenes, señor Cartwright. Usted es el jefe.

—No soy el jefe.

—Es cierto. Algunos de nosotros seguimos fieles a Verrick, no lo hemos abandonado.

—Parece que piensa muy bien de Verrick.

La expresión de Moore mostró que así era.

—Reese Verrick es un gran hombre, señor Cartwright. Ha hecho cosas muy importantes. Ha trabajado en una escala muy vasta. —La cara se le iluminó—. Es un hombre completamente racional.

—¿Y qué pretende usted? ¿Que le devuelva el cargo? —Cartwright oyó que la emoción le quebraba la voz—. No renunciaré. No me importa que parezca irracional. Estoy aquí y aquí me quedaré. ¡No conseguirá intimidarme! ¡No se reirá de mí!

La voz retumbó: estaba gritando. Trató de calmarse. Herb Moore seguía sonriendo, encerrado en su propia calma.

Es suficientemente joven como para ser mi hijo, pensó Cartwright. No parece tener más de treinta años, y yo tengo sesenta y tres. Es sólo un niño, un niño prodigio. Cartwright procuraba que no le temblaran las manos. Estaba angustiado y muy nervioso. Apenas podía hablar. Tenía miedo.

—No podrá afrontarlo —dijo Moore con calma—. No está preparado. ¿Quién es usted? He consultado los archivos. Nació el 5 de octubre de 2140, cerca de la Colina Imperial, donde ha pasado toda su vida. Es la primera vez que visita este hemisferio, nunca ha estado en ningún otro planeta. Ha cursado diez años de estudios nominales en el departamento de caridad de la Colina Imperial. Nunca se distinguió en nada. Después de los estudios secundarios abandonó los cursos de simbología y se dedicó a las materias prácticas y manuales como la reparación electrónica y la soldadura. Durante un tiempo se interesó también por la imprenta. Cuando dejó la escuela trabajó como mecánico en una fábrica de torretas giratorias. Proyectó algunas mejoras en los tableros de señalización, pero el Directorio las rechazó alegando que eran insignificantes.

—Esas mejoras —dijo Cartwright con dificultad— fueron

incorporadas en la botella un año después.

—Desde entonces fue un resentido. Trabajó para la botella en Ginebra y pudo ver la aplicación práctica de sus propios proyectos. Intentó varias veces obtener una clasificación, pero no tenía conocimientos teóricos. A los cuarenta y nueve años se dio por vencido. Al año siguiente se unió a esa pandilla de chiflados, la Sociedad Preston. Asistía a las reuniones desde hacía seis años.

»Por aquella época había pocos miembros, de modo que acabaron eligiéndolo presidente. Invirtió tiempo y dinero al servicio de aquella locura, que acabó convirtiéndose en una obsesión, en una manía. —Moore sonrió, feliz, como si estuviese a punto de descifrar una compleja ecuación—. Y ahora se ha convertido en el Gran Presentador, gobierna sobre toda una raza, miles de millones de personas e infinitas cantidades de material, en la que quizá sea la única civilización en el universo. ¡Y para usted es sólo una forma de favorecer a esa Sociedad!

Cartwright carraspeó, pero no dijo nada.

—¿Qué piensa hacer? —continuó Moore—. ¿Imprimir tres mil millones de ejemplares de folletos prestonitas? ¿Distribuir inmensos retratos tridimensionales de Preston por todo el sistema? ¿Erigirle estatuas, consagrarle vastos museos que exhiban su ropa, su dentadura postiza, sus zapatos, sus uñas y sus botones? Ya tiene un monumento, en las barriadas imperiales, esa construcción destartalada de madera donde los huesos del santo están expuestos para quien quiera verlos o tocarlos.

»¿Es eso lo que proyecta crear? —insistió Moore—. ¿Una nueva religión, un nuevo dios? ¿Piensa mandar una armada en busca del planeta místico? —Moore vio que Cartwright palidecía, pero continuó imperturbable—. ¿Vamos a perder el tiempo rastreando el espacio y buscando ese Disco de Fuego o como quiera que se llame? ¿Se acuerda de Robin Pitt, el trigésimo cuarto Gran Presentador? Tenía diecinueve años. Un homosexual, un psicótico. Se había pasado la vida bajo las faldas de la madre y una hermana. Leía libros viejos, pintaba, escribía monólogos interiores de tipo psiquiátrico.

—Poesía.

—Duró una semana, gracias a Dios. El Desafío lo eliminó. Deambulaba por la selva detrás de estos edificios recogiendo flores silvestres y escribiendo sonetos. Usted habrá leído sobre estas cosas; quizá las haya conocido: es bastante viejo.

—Tenía trece años cuando lo asesinaron.

—¿Recuerda los planes de Pitt para la humanidad? Piense un

momento. ¿Por qué nació el Desafío? El sistema de la botella nos protege a todos; nos promociona y nos destituye al azar, elige individuos a intervalos irregulares. Nadie puede acceder al poder y mantenerse en él; nadie sabe dónde estará dentro de un año o de una semana. Nadie puede conspirar y convertirse en un dictador: todo obedece a los movimientos imprevisibles de las partículas subatómicas. El Desafío nos protege también de los ineptos, los idiotas y los locos. Nuestra seguridad es total: ni déspotas ni chiflados.

—Yo no soy un chiflado —murmuró Cartwright roncamente, sorprendido. Había hablado con una voz débil y sin convicción. La sonrisa de Moore se hizo más amplia: él no tenía ninguna duda—. Tendré que adaptarme —concluyó Cartwright débilmente—. Necesito tiempo.

—¿Cree que lo logrará? —preguntó Moore.

—¡Sí! ¡Por supuesto!

—Yo no. Le quedan unas veinticuatro horas, el tiempo que se necesita para convocar una Convención del Desafío y escoger el primer candidato. Sospecho que habrá un montón de candidatos.

Cartwright se sobresaltó.

—¿Por qué?

—Verrick ha ofrecido un millón de dólares en oro a quien dé con usted. El plazo de la recompensa es ilimitado, hasta que usted esté muerto.

Cartwright oyó las palabras, pero no las registró. Observó confusamente que Wakeman había entrado en la sala y se acercaba a Moore. Los dos hombres se retiraron hablando en voz baja.

La frase «un millón de dólares en oro» se le infiltró en los recovecos del cerebro como una pesadilla helada. Habría muchos candidatos. Con esa suma un inclasificado podría comprar cualquier tipo de clasificación en el mercado negro. Las mentes más brillantes del sistema se jugarían la vida por algo así, en una sociedad que era un juego permanente, una inmensa lotería.

Wakeman se volvió hacia él meneando la cabeza.

—¡Qué mente más alterada! No llegamos a captar todas esas locuras. Algo acerca de cuerpos, bombas, asesinos y azares. Ya se ha ido. Le hemos pedido que se fuera.

—Lo que ha dicho es cierto —exclamó Cartwright jadeando—. Tiene razón. Este lugar no me corresponde. Éste no es mi sitio.

—La estrategia de Verrick consiste precisamente en que usted piense así.

—¡Pero es la verdad!

—Lo sé —asintió Wakeman con reticencia—. Por eso es una estrategia adecuada. Nosotros también tenemos una buena estrategia, me parece. Se lo diremos cuando llegue el momento. —De pronto agarró enérgicamente a Cartwright por el hombro—. Siéntese y no se preocupe. Voy a servirle un trago. Verrick dejó dos cajas de un whisky de muy buena calidad.

Cartwright meneó la cabeza en silencio.

—Haga lo que quiera.

Wakeman sacó un pañuelo y se secó la frente. Le temblaban las manos.

—Me serviré un trago, si no le importa. Después de haber sondeado ese torrente de energía patológica, puedo servirme un trago, me parece.

CUATRO

Apoyado contra la puerta de la cocina, Ted Benteley husmeaba el aroma de la comida caliente. La casa de los Davis era agradable y luminosa. Al Davis, descalzo, estaba cómodamente sentado frente al televisor de la sala, mirando con toda seriedad los anuncios. Laura, su mujer, morena y hermosa, estaba preparando la cena.

—Si esto es protina —dijo Benteley—, te felicito. Es la mejor adulteración que he olido nunca.

—En esta casa nunca comemos protina —respondió Laura vivamente—. La probamos el primer año de casados. No importa cómo la prepares, siempre se le nota el sabor. La comida natural es carísima, pero vale la pena. La protina es para los inks.

—Si no hubiese sido por la protina —dijo Al desde el salón—, en el siglo veinte los inks se habrían muerto de hambre. Estás mal informada, como siempre. ¿Me dejas explicarlo mejor?

—Te escuchamos —dijo Laura.

—La protina no es un alga natural. Es un transgénico nacido de los depósitos de cultivo de Medio Oriente. Poco a poco se ha ido extendiendo a otras variedades de agua dulce.

—Eso ya lo sabía. Cada vez que voy al baño por las mañanas me encuentro con esa porquería en el lavabo, en la bañera y hasta en el inodoro…

—También crece en los Grandes Lagos —apuntó Al.

—En todo caso, esta noche nada de protina —le dijo Laura a Ted —. Vamos a comer un auténtico rosbif, con patatas, guisantes y pan de verdad.

—Vosotros dos estáis viviendo mejor ahora que la última vez que nos vimos —dijo Benteley—. ¿Qué ha pasado?

Una compleja mirada atravesó la delicada cara de Laura.

—¿No te has enterado? Al se saltó una clase completa. Ha ganado en el juego del Gobierno. Estudiábamos juntos todas las noches cuando Al regresaba del trabajo.

—Nunca oí de nadie que ganara en los juegos. ¿Lo anunciaron en la tele?

—¡Desde luego! —Laura torció la boca en una mueca de disgusto —. El espantoso Sam Oster lo comentó durante todo el programa. Lo conoces, ¿no? Es ese demagogo que tiene tantos seguidores entre los inks.

—Confieso que no lo conozco —dijo Benteley.

En la pantalla, los fulgurantes anuncios publicitarios iban y venían como un fuego líquido. Aparecían, un instante, y desaparecían. La publicidad era la forma más elevada de arte, obra de los talentos más creativos y refinados. Combinaba color, equilibrio, ritmo y una inquieta vitalidad, y las vibraciones llegaban hasta el confortable salón de los Davis. De los altavoces que colgaban de las paredes brotaban azarosas combinaciones de sonidos.

—La Convención —dijo Davis mostrando la pantalla—. Están buscando candidatos y ofrecen un montón de dinero.

Un torbellino de luz espumosa y colores inundó la pantalla: el símbolo de la Convención del Desafío. La masa encrespada se fragmentó, se detuvo un momento, y enseguida volvió a ordenarse en nuevas combinaciones. Una serie de esferas particularmente frenéticas cruzaron la pantalla danzando, acompañadas por una música ensordecedora.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Benteley.

—Si quieres puedo sintonizar el canal uno y lo sabrás enseguida.

Laura entró a preparar la mesa con cubiertos de plata y platos de porcelana.

—¡No, por favor! El canal uno no. Todos los inks lo miran. Por eso pusieron este canal para nosotros y les dejaron el otro que es más literal.

—Te equivocas, cariño —le dijo Al seriamente—. El canal uno es el de las noticias y la información técnica. El dos es para el entretenimiento. Yo prefiero éste, sin embargo…

Sacudió una mano. El remolino de colores y sonidos desapareció de repente, reemplazado por el rostro sereno del periodista de Westinghouse.

—Es el mismo programa.

Laura preparó la mesa y regresó a la cocina. El salón era acogedor y cómodo. Debajo de la casa, al otro lado de una pared transparente, se extendía la ciudad de Berlín, apiñada alrededor del cono de la Colina Farben, que se recortaba oscuramente contra el cielo de la noche. Unos destellos de luz fría surcaban a veces la oscuridad: coches de superficie que danzaban como chispas amarillas en las heladas sombras nocturnas y desaparecían por el vasto cono como mariposas

nocturnas en la chimenea de una lámpara cósmica.

—¿Desde cuándo estás comprometido con Verrick? —le preguntó Benteley a Al Davis.

Al se apartó de la pantalla del televisor; ahora estaba mostrando los nuevos experimentos con los reactores C-plus.

—¿Cómo dices? Creo que tres o cuatro años.

—¿Estás satisfecho?

—Por supuesto, ¿por qué no? —Al señaló el agradable salón amueblado—. ¿Quién no lo estaría?

—No estoy hablando de eso. Yo tenía lo mismo en Oiseau-Lyre; la mayoría de los clasificados tienen estas comodidades. Me refiero a Verrick.

Al Davis parecía no entenderlo.

—¿Verrick? Nunca lo he visto. Ha estado siempre en Batavia, hasta hoy.

—¿Sabes que he jurado para él?

—Me lo comentaste esta tarde —Miró a Benteley con una sonrisa radiante, despreocupada—. Espero que vengas a vivir aquí.

—¿Por qué?

Davis se sorprendió.

—Pues… porque así nos veríamos más a menudo contigo y con Julie.

—Julie y yo estamos separados desde hace más de seis meses. Lo nuestro se acabó. Ahora ella está en Júpiter como funcionaria de un campo de trabajo.

—No lo sabía. Hace un par de años que no nos vemos. Casi me muero cuando vi tu cara en el ípvic.

—Vine con Verrick y la gente que trabaja para él. —La ironía endureció la voz de Benteley—. Cuando me despidieron de Oiseau-Lyre fui a Batavia. Quería dejar el sistema de las Colinas de una vez por todas. Fui directamente a ver a Verrick.

—Lo mejor que pudiste hacer.

—¡Verrick me engañó! Ya no pertenecía al Directorio. Yo conocía a alguien que estaba negociando con las Colinas, alguien de mucho dinero. Pero no quise participar, y ahora mira dónde estoy. —Benteley parecía más resentido que nunca—. Quería alejarme, y me he hundido en el barro, el último lugar de la Tierra donde querría estar.

La indignación alteró la expresión tolerante de Davis:

—Las mejores personas que conozco son siervos de Verrick. Y no les importa cómo ganan el dinero.

—¿Pretendes descalificar a Verrick porque ha triunfado? Ha hecho

que esta Colina *funcione*. No puedes culparlo si es mejor que los otros. Es cosa de la evolución y de la selección natural. Los que no pueden sobrevivir se quedan en el camino.

—Verrick eliminó nuestros laboratorios.

—¿*Nuestros* laboratorios? No olvides que ahora estás con Verrick. —Davis parecía furioso—. ¡Cuidado con lo que dices! Verrick es tu protector y tú estás aquí…

—Vamos, chicos, a comer —exclamó Laura; las proezas domésticas le habían encendido la cara—. La cena está servida. Al, lávate las manos y ponte los zapatos.

—Enseguida, cariño —dijo Davis obedientemente, incorporándose.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Benteley.

—Búscate una silla y siéntate. Tenemos verdadero café. Te gustaba con crema, ¿verdad? No lo recuerdo.

—Sí, gracias —dijo Benteley.

Acercó una silla y se sentó con aire taciturno.

—No estés tan triste —dijo Laura—. Mira lo que vas a comer. ¿Ya no vives con Julie? Apuesto a que almuerzas fuera de casa, en esos restaurantes donde sirven esa asquerosa protina.

Benteley jugueteaba con el cuchillo y el tenedor.

—Estáis muy bien aquí. La última vez que nos vimos vivíais en un dormitorio de la Colina. Pero en aquella época aún no estabais casados.

—¿Recuerdas cuando tú y yo vivíamos juntos? —preguntó Laura cortando los hilos del rosbif—. No duró más de un mes, me parece.

—Poco menos de un mes —precisó Benteley, recordando. El aroma de la comida, la sala reluciente y la hermosa mujer que tenía delante terminaron por tranquilizarlo—. Eso fue cuando estabas bajo juramento en Oiseau-Lyre, antes de que perdieras tu clasificación.

Al reapareció, se sentó, desplegó su servilleta y se frotó las manos, satisfecho.

—¡Qué bien huele! Empecemos, estoy muerto de hambre.

Durante la cena el televisor siguió murmurando y derramando su titilante luminosidad por todo el salón.

Benteley lo escuchaba a ratos, atento a medias a lo que Laura y Al estaban diciendo.

—… el Gran Presentador Cartwright ha anunciado la destitución de doscientos empleados del Directorio —dijo el hombre de las noticias—. La razón invocada es RDS.

—Riesgo de seguridad —murmuró Laura bebiendo a sorbos su café —. Siempre dicen lo mismo.

El locutor continuó:

—… os planes de la Convención se aceleran. Cientos de miles de candidaturas están inundando el Consejo Directivo, reunido en la Colina Westinghouse. Reese Verrick, el anterior Gran Presentador, ha aceptado supervisar los múltiples detalles técnicos de lo que se anuncia como el acontecimiento más emocionante y espectacular de la década…

—Está claro —dijo Al—. Verrick controla la Colina. Hará que marquen el paso.

—¿El viejo Waring sigue presidiendo el Consejo? —preguntó Laura —. Tiene cien años por lo menos.

—Aún sigue en la Junta. No dimitirá hasta que se muera. Es un viejo fósil. Tendría que dejar sitio a los más jóvenes.

—Pero nadie tiene su experiencia —dijo Laura—. Es una garantía moral. Recuerdo que cuando era niña habían echado al Gran Presentador de entonces, aquel chistoso tartamudo, y de pronto apareció ese joven tan apuesto, ese asesino tan moreno y que fue un fantástico Gran Presentador. Y el viejo juez Waring presidió la Convención como Jehová en los antiguos mitos cristianos.

—Tiene barba —dijo Benteley.

—Una larga barba blanca.

La imagen del locutor desapareció dando paso a un plano panorámico del inmenso auditorio donde se celebraría la Convención. Las sillas y la plataforma para el Consejo estaban ya instaladas. Los obreros iban y venían; ruidos de una furiosa actividad y gritos de mando retumbaban y resonaban en el auditorio.

—¿Te das cuenta? —dijo Laura—. Todo ese ajetreo mientras nosotros estamos sentados aquí, cenando tranquilamente.

—Parece tan lejano… —dijo Al con indiferencia.

—… la oferta de un millón de dólares en oro ha galvanizado la Convención. Las estadísticas pronostican un récord de candidaturas, que aún siguen llegando. Todos quieren probar suerte con la apuesta más osada del sistema, la que supone el mayor riesgo y el premio más alto. Esta noche, los ojos de seis mil millones de personas, en nueve planetas, apuntarán hacia la Colina Westinghouse. ¿Quién será el primer asesino? ¿Quién de todos esos magníficos candidatos, representantes de todas las clases y Colinas, intentará ganar ese millón de dólares en oro y el aplauso y la ovación de todo el sistema?

—¿Y tú? —preguntó Laura de pronto—. ¿Por qué no te presentas?

Estás libre en este momento.

—No es mi estilo —respondió Benteley.

Laura se echó a reír.

—¡Pues cambia de estilo! Al, ¿dónde has metido el video de los grandes asesinos del pasado? Cómo vivían y todo lo demás. Muéstraselo a Ted.

—Lo he visto —dijo Benteley con sequedad.

—Cuando eras pequeño, ¿acaso no soñabas con llegar a ser un asesino? —La nostalgia empañó los ojos marrones de Laura—. Recuerdo que detestaba ser niña porque nunca podría convertirme en un asesino. Compré montones de amuletos, pero no consiguieron cambiarme.

Al Davis apartó el plato vacío con un eructo de hombre satisfecho.

—¿Os molesta que me desabroche el cinturón?

—Claro que no —dijo Laura.

Al se desabrochó el cinturón.

—La comida estaba deliciosa, cariño. Me gustaría comer así todos los días.

—Casi siempre comemos así. —Laura terminó su café y se pasó la servilleta por los labios—. ¿Quieres más café, Ted?

—… los expertos estiman que el primer asesino tendrá un setenta por ciento de probabilidades. Si elimina al Gran Presentador Cartwright, ganará el millón de dólares ofrecido por Reese Verrick, el anterior Gran Presentador, destituido hace menos de veinticuatro horas por un salto fortuito de la botella. Si fallara, las apuestas serían de sesenta contra cuarenta por el segundo. Según estas previsiones, Cartwright controlará mejor el ejército y las Brigadas Telepáticas a partir del tercer día. Para el asesino la rapidez contará más que el estilo, sobre todo en la fase inicial. En la última vuelta la situación será tensa, puesto que…

—Ya hay un montón de apuestas privadas —dijo Laura reclinándose hacia atrás con un cigarrillo en la mano y sonriéndole a Benteley—. Estoy contenta de que hayas venido. ¿Piensas trasladar tus cosas a Farben? Podrías vivir aquí con nosotros un tiempo, hasta que encuentres un lugar decente.

—Los inks están ocupándolo todo —observó Al.

—Sí, están por todas partes —asintió Laura—. ¿Te acuerdas de aquella zona tan bonita de edificios verdes y rosados detrás de los laboratorios de síntesis? Pues ahora está llena de inks, toda estropeada y sucia y maloliente. Es una vergüenza. No entiendo por qué no los mandan a los campos de trabajo. Allí tendrían que estar y no aquí

paseándose como holgazanes.

—Tengo sueño —dijo Al bostezando. Sacó un dátil del cuenco—. Un dátil. ¿Qué diablos es un dátil?… Demasiado dulce. ¿De qué planeta viene? Parece una de esas frutas pulposas de Venus.

—Viene de Asia Menor —dijo Laura.

—¿De la Tierra? ¿Quién la mutó?

—Nadie. Es una fruta natural. De una palmera.

Al movió la cabeza maravillado:

—La infinita diversidad de la creación divina.

—¡Al! —exclamó Laura atónita—. ¡Si te oyeran en el trabajo!

—¿Y qué? —dijo Al desperezándose—. Me da igual.

—Podrían creer que eres cristiano.

Benteley se levantó lentamente.

—Laura, tengo que irme.

Al se incorporó y preguntó sorprendido:

—Pero, ¿por qué?

—Debo recoger mis cosas en Oiseau-Lyre.

Al le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Farben se encargará. Recuerda que ahora eres uno de los siervos de Verrick. Llama al servicio de transporte de la Colina. Es gratis.

—Prefiero hacerlo yo mismo —dijo Benteley.

—¿Por qué? —preguntó Laura con extrañeza.

—Se romperán menos cosas —respondió Benteley evasivo—. Alquilaré un taxi y lo haré aprovechando el fin de semana. No creo que me necesite antes del lunes.

—No sé… —dijo Al dubitativo—. Será mejor que traigas tus cosas enseguida. Cuando Verrick necesita a alguien con urgencia, hay que presentarse de inmediato…

—¡Al diablo con Verrick! —exclamó Benteley—. Me tomaré mi tiempo.

Se alejó de la mesa. Las caras incrédulas y estupefactas de sus amigos danzaban alrededor. Tenía el estómago lleno de comida caliente y bien preparada, pero la cabeza vacía y débil, como una corteza ácida que cubría… ¿qué? No podía saberlo.

—No debes hablar así —dijo Al.

—Digo lo que pienso.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Al—. Yo diría que te falta realismo.

—Quizá tengas razón. —Benteley recogió el abrigo—. Gracias por la cena, Laura. Ha sido estupenda.

—No pareces muy convencido.

—No lo estoy —respondió Benteley—. Tenéis un apartamento muy

bonito, con todas las comodidades. Espero que seáis muy felices. Y que sigáis disfrutando de tu comida, a pesar de lo que he dicho.

—Lo haremos —dijo Laura.

—… ya son más de diez mil, llegados de todos los rincones de la Tierra. El juez Waring ha anunciado que el primer asesino sería designado en la primera sesión…

—¡Esta misma noche! —exclamó Al con un silbido de admiración—. Verrick no pierde un minuto. Tienes que admitirlo, Ted; se está moviendo.

Benteley se inclinó y apagó el televisor. La rápida sucesión de imágenes y sonido desapareció bruscamente y Benteley se puso de pie.

—¿Os importa? —preguntó.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Laura—. El televisor se ha apagado.

—He sido yo. Estoy harto de ese maldito asunto. Estoy harto de la Convención y todo eso.

Hubo un silencio tenso y raro.

Al esbozó una sonrisita:

—¿Por qué no te tomas un trago antes de irte? Te tranquilizará.

—Estoy muy tranquilo —dijo Benteley.

Se detuvo frente a la pared transparente, de espaldas a Laura y Al, y contempló con aire sombrío el cielo de la noche y la interminable procesión de luces alrededor de la Colina Farben. Tenía en la mente un torbellino fantasmagórico de imágenes y formas. Podía apagar el televisor y volver opaca la pared, pero no podía detener aquella frenética corriente de pensamientos.

—Bueno —dijo Laura sin dirigirse a nadie en particular—. Entonces no veremos la Convención.

—Podrás ver el resumen en video el resto de tu vida —dijo alegremente Al.

—¡Pero me interesa verla ahora!

—Durará un buen rato —dijo Al tratando de arreglar las cosas—. Todavía están ensayando.

Laura refunfuñó y empujó la mesa rodante hacia la cocina. Se oyó un estruendo de platos.

—Está furiosa —observó Al.

—Es culpa mía —dijo Benteley sin convicción.

—Se le pasará. Ya sabes cómo es. Si quieres puedes contarme lo que te preocupa. Soy todo oídos.

¿Y qué le cuento ahora?, se preguntó Benteley resignado.

—Fui a Batavia esperando encontrar algo diferente —dijo—. No

esta lucha por el poder, donde todos se pisotean unos a otros para luego pasar por encima de los cadáveres. Y ahora estoy aquí, delante de este aparato que aúlla sin parar. —Señaló el televisor—. Esos anuncios me recuerdan a esos bicharracos viscosos y repelentes que viven en las cloacas.

Al Davis alzó solemnemente un dedo rechoncho.

—Reese Verrick volverá a ser Gran Presentador en menos de una semana. Tiene suficiente dinero para elegir al asesino. Le exigirá un juramento de fidelidad. Y cuando el asesino haya eliminado al tipo ese, a Cartwright, entonces el puesto vuelve a Verrick. Eres demasiado impaciente, eso es todo. Espera una semana y el mundo será como antes, o quizá mejor.

Laura reapareció en la puerta. Ya no parecía enojada, pero tenía en la cara una desagradable expresión de ansiedad.

—Al, por favor, ¿podemos poner de nuevo la Convención? He oído en la tele de los vecinos que están eligiendo al asesino ¡en este momento!

—Ya la enciendo yo —dijo Benteley cansado—. De todos modos, me voy.

Se inclinó y apretó el botón. El tubo se calentó rápidamente y mientras Benteley iba hacia la puerta, oyó detrás de él unos gritos frenéticos. El clamor metálico de miles de gargantas lo acompañó rodando hasta la oscuridad glacial de la noche.

—¡El asesino! —aullaba el televisor, mientras Benteley bajaba por el oscuro sendero, con las manos en los bolsillos—. Ahora mismo están extrayendo el nombre… Lo tendré para ustedes dentro de unos pocos segundos. —Los gritos de entusiasmo aumentaron en un orgiástico crescendo y por un momento cubrieron la voz del locutor—. ¡Pellig! —La voz subió filtrándose a través del tumulto—. ¡Por aclamación popular… y según los deseos de todo un planeta… el primer asesino es… Keith Pellig!

CINCO

La espiral de metal barnizado, fría y gris, se deslizó en silencio frente a Ted Benteley. Las compuertas se abrieron y una figura esbelta avanzó en la penumbra glacial de la noche.

—¿Quién es? —preguntó Benteley.

El viento golpeaba el follaje húmedo contra la casa de los Davis. El cielo parecía helado. A lo lejos se oía un murmullo de ecos, y las fábricas de la Colina Farben resonaban en la oscuridad.

—¿Dónde diablos se había metido? —dijo una ansiosa voz de contralto—. Verrick mandó que lo buscaran hace ya una hora.

—Estaba aquí —respondió Benteley.

De pronto Eleanor Stevens emergió de las sombras.

—Tenía que haberse mantenido en contacto después del aterrizaje. Verrick se ha puesto furioso. —La mujer miró nerviosamente alrededor—. ¿Dónde está Al Davis? ¿Dentro de la casa?

—Por supuesto —dijo Benteley irritándose—. ¿Qué significa este alboroto?

—Tranquilo. —La voz de Eleanor Stevens parecía tan lejana como las estrellas heladas que refulgían en el cielo—. Entre y traiga a Davis y a su mujer. Los esperaré en el coche.

Al Davis se quedó boquiabierto cuando Benteley abrió la puerta y entró en la cálida luz amarilla de la sala.

—Nos está buscando —le dijo Benteley—. A Laura también.

Laura estaba sentada en el borde de la cama quitándose las sandalias. Cuando Al entró en la alcoba, se alisó los pliegues del pantalón con un movimiento rápido, alrededor de los tobillos.

—Ven aquí, querida —dijo él.

Laura se sobresaltó:

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

Los tres salieron hacia la oscuridad glacial de la noche, con abrigos pesados y botas de trabajo. Eleanor puso en marcha el motor del vehículo, que ronroneó y se sacudió hacia delante.

—Subid —murmuró Al, ayudando a Laura a sentarse en la penumbra entintada—. ¿Y si encendiera una luz?

—No necesitan una luz para sentarse —respondió Eleanor.

Las compuertas se cerraron. El vehículo se deslizó por el camino y enseguida aceleró. Unas casas y árboles oscuros pasaron como relámpagos. De pronto se oyó un zumbido espeluznante y el vehículo se elevó sobre el pavimento. Durante un rato voló a ras de suelo, después se arqueó por encima de los cables de alta tensión y ganó altura sobrevolando una vasta extensión de calles y edificios, los núcleos parasitarios apiñados en torno a la Colina Farben.

—¿Adónde vamos? —preguntó Benteley. El coche se estremeció cuando los rayos magnéticos lo aferraron y lo hicieron descender hacia los edificios que parpadeaban abajo—. Tenemos derecho a saberlo.

—Vamos a una fiesta —dijo Eleanor con una sonrisa que apenas le movió los delgados labios carmesíes.

El coche entró en un habitáculo cóncavo y se inmovilizó delante de un disco magnético. Con un rápido movimiento, Eleanor apagó el contacto y abrió las compuertas.

—Bajen —dijo—. Hemos llegado.

Los pasos retumbaron en el pasillo desierto. Eleanor los conducía de una planta a otra. De vez en cuando se cruzaban con algunos guardias uniformados, de caras rechonchas, somnolientas e impasibles, que sujetaban flojamente unos rifles pesados.

Eleanor abrió una puerta hermética y les indicó que entrasen. Cruzaron la puerta, titubeando, envueltos en una ola de aire perfumado.

Reese Verrick estaba sentado de espaldas, moviendo con una rabia contenida algo que tenía entre las manos.

—¿Cómo diablos funciona esta porquería? —bramó. Se oyó un ruido seco de metal quebrado—. ¡Dios! Creo que lo he roto.

—Déjeme a mí —dijo Herb Moore, hundido en un sillón—. Qué manos tan torpes tiene.

—No hace falta que lo diga —masculló Verrick.

Dio media vuelta, inclinado hacia delante como un oso de cejas pobladas y prominentes con un aire de beligerancia y una mirada penetrante que intimidó a los tres recién llegados. Eleanor Stevens se quitó el abrigo y lo arrojó sobre el respaldo de un lujoso sofá.

—Ya están aquí —dijo hablándole a Verrick—. Estaban juntos, divirtiéndose.

Eleanor avanzó unos pasos y se detuvo frente a la chimenea para calentarse los pechos y los hombros desnudos. Al resplandor de las llamas la piel parecía más roja y brillante.

—Procure estar siempre localizable —dijo Verrick dirigiéndose a Benteley, sin ceremonias y mordiendo desdeñosamente las palabras—. Ya no tengo telépatas que me localicen a la gente y me cuesta encontrarlos. —Indicó con un pulgar a Eleanor—. Ella se ha quedado a mi lado, pero no tiene la habilidad de antes.

Eleanor sonrió fríamente sin decir nada.

Verrick se volvió y le gritó a Moore:

—¿Está arreglada esa porquería?

—Ya casi.

Verrick gruñó amargamente.

—Esto es una especie de celebración —le dijo a Benteley—, aunque no sé qué vamos a celebrar.

Moore, confiado y elocuente, se acercó a ellos sosteniendo en la mano el modelo en miniatura de un cohete interplanetario.

—Hay mucho que celebrar. Es la primera vez que un Gran Presentador elige al asesino. Pellig no ha sido designado por una pandilla de viejos seniles y reaccionarios; Verrick ya lo tenía todo planeado desde…

—Usted habla demasiado, Moore —lo interrumpió Verrick—. Tiene la palabra demasiado fácil y la mitad de lo que dice no significa nada.

Moore exclamó riendo:

—Eso es exactamente lo que descubrieron las Brigadas.

Benteley se alejó, incómodo. Verrick estaba un poco borracho; parecía un oso amenazador y peligroso que ha escapado de la jaula. Pero detrás de aquellos torpes movimientos se escondía una mente afilada, atenta a todo.

El techo de la sala era alto, cubierto con antiguos paneles de madera sacados sin duda de algún monasterio. Toda la estructura, de arcos y bóvedas, se parecía a la de una iglesia; los límites superiores se disolvían en una penumbra ambarina y las gruesas vigas estaban desgastadas y ennegrecidas por los innumerables fuegos que habían ardido en la chimenea de piedra. Todo era macizo y pesado. Los colores eran ricos y profundos, la ceniza en grano impregnaba las piedras, y los montantes eran gruesos como troncos. Benteley tocó un panel de color opaco. La madera estaba corroída, pero era extrañamente lisa, como si una capa de luz grisácea se hubiese posado sobre ella y la hubiese impregnado.

—Esta madera —dijo Verrick observando a Benteley— viene de un prostíbulo medieval.

Laura observaba las tapicerías pesadas como piedras que colgaban

sobre los cristales emplomados. En la repisa de la vasta chimenea había una colección de copas viejas y melladas. Benteley alzó una con sumo cuidado. Era pesada y abultada, y tenía unos bordes gruesos, y un diseño simple de líneas oblicuas, estilo sajón medieval.

—Dentro de unos minutos verán a Pellig —les dijo Verrick—. Eleanor y Moore ya lo conocen.

Moore se rió de nuevo, con un ladrido cortante agresivo, como un perro de dientes afilados.

—Sí, yo ya lo conozco.

—Es encantador —dijo Eleanor con una voz inexpresiva.

—Sí, Pellig ya está en marcha. Hablen con él, quédense con él —continuó Verrick—. Quiero que todos lo vean. Sólo pienso mandar a un asesino. —Sacudió una mano, impaciente—. ¿De qué serviría mandar a toda una patrulla?

Eleanor le clavó los ojos.

—Vamos —Verrick dio unos pasos hacia la doble puerta del fondo de la sala y la abrió de par en par, dejando al descubierto el torrente de luz y sonido de una animada concurrencia—. Entren —ordenó Verrick—. Voy a buscar a Pellig.

—¿Una copa, dama o caballero?

Eleanor Stevens se sirvió una copa de la bandeja que un inexpresivo robot MacMillan le puso delante.

—¿Y usted, Benteley? —Llamó de vuelta al robot y se sirvió otra copa—. Pruébelo, no es muy fuerte. Lo hacen con una especie de baya que crece en la ladera soleada de Calisto, en unas grietas enquistadas, una vez al año. Verrick instaló allí un campo de trabajo, para recolectar las bayas.

—Gracias. —Benteley se sirvió una copa.

—¡Anímese!

—¿Qué significa todo esto? —Benteley miró la caverna, atiborrada de gente que murmuraba y reía. Todos iban bien vestidos, con diferentes combinaciones de colores representando a todas las clases altas—. Me gustaría oír música y verlos bailar.

—Ya han cenado y bailado. Señor, ya son casi las dos de la madrugada. Hoy ha sido un día muy agitado. El salto de la botella, la Convención del Desafío, toda esa excitación. —Eleanor se apartó, mirando algo—. Ahí vienen.

Benteley se volvió junto con los demás. Hubo de pronto un silencio nervioso entre la gente más cercana. Todos miraron con inquietud y

avidez hacia Reese Verrick que se acercaba acompañado por otro hombre. Era una figura esbelta, enfundada en un sencillo traje gris verdoso, los brazos sueltos a los lados y una cara neutra e inexpresiva. Una onda de sonido se alzó girando detrás de él; se oyeron unas exclamaciones apagadas y un coro de admirado tributo.

—¡Es él! —susurró Eleanor con ojos relampagueantes y apretando los dientes. Aferró con fuerza el brazo de Benteley—. Es Pellig. Mírelo.

Pellig no dijo nada. Era un hombre de cabellos de color amarillo pajizo, húmedos y despeinados, y facciones desdibujadas, casi indescriptibles. Un personaje mudo y descolorido, casi eclipsado mientras el gigante lo empujaba entre las parejas que lo miraban con atención. Los dos se perdieron enseguida entre las mallas de terciopelo y las largas faldas. Y el zumbido de las animadas conversaciones se reanudó en torno a Benteley.

—Volverán más tarde —dijo Eleanor estremeciéndose—. Me pone la piel de gallina, ¿qué puedo hacer? —dijo sonriéndole a Benteley y todavía aferrada a su brazo—. ¿Qué le ha parecido?

—No me ha causado ninguna impresión.

En el grupo que rodeaba a Verrick, la voz entusiasmada de Moore se elevó sobre el ruido uniforme de la charla. Benteley, molesto, se alejó unos pasos.

—¿Adónde va? —preguntó Eleanor.

—A casa —dijo él involuntariamente.

—¿Y eso qué quiere decir? —sonrió ella con ironía—. Yo ya no puedo sondearlo. Tuve que renunciar a todo eso.

Eleanor se recogió el pelo rojo resplandeciente y le mostró los dos círculos muertos encima de las orejas: unas manchitas de plomo en la piel tersa y blanca.

—No puedo entenderlo —dijo Benteley—. Renunciar a ese don innato.

—Habla usted como Wakeman. Si hubiese seguido en las Brigadas, habría tenido que emplear mis facultades contra Reese. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Una tensa agonía asomó en los ojos de Eleanor—. ¿Sabe una cosa? Se acabó. Es como volverse ciego. Durante mucho rato grité y lloré. No podía aceptarlo. Me quedé destrozada.

—¿Y ahora cómo se siente?

—Sé que voy a superarlo. De todas maneras es irremediable. No hablemos más del tema… Termine el trago y relájese. —Brindó con él —. Se llama *Elixir de metano*. Creo que la atmósfera en Calisto es de metano.

—¿Ha estado alguna vez en las colonias planetarias? —preguntó

Benteley. Tomó unos sorbos del líquido ambarino; era muy fuerte—. ¿Ha visto algún campo de trabajo o las colonias arrasadas por las patrullas?

—No —respondió Eleanor—. Nunca he salido de la Tierra. Nací en San Francisco hace diecinueve años. Todos los telépatas venimos de allí, ¿recuerda? Durante la Guerra Final los grandes centros de investigación de Livermore fueron destruidos por un misil soviético. Los sobrevivientes resultaron gravemente irradiados. Somos todos descendientes de la misma familia, Earl y Verna Phillips. Todos los miembros de las Brigadas somos parientes. Me educaron para desarrollar esa facultad: ése ha sido mi destino.

Una música indefinida brotó de uno de los rincones de la sala; era un robot músico que creaba combinaciones fortuitas de sonidos, armonías cromáticas que iban y venían, demasiado sutiles a veces. Algunas parejas empezaron a bailar con indolencia. Un grupo de hombres discutía con voces altas y airadas. Benteley pudo oír algunas frases sueltas:

—Salido del laboratorio en junio, según parece.

—¿Usted le pondría guantes a un gato? Sería inhumano.

—¿Estrellarse contra algo a esa velocidad? Me conformo con un viejo y sencillo sub-C.

Cerca de la puerta doble unos pocos recogían sus abrigos y se iban, pálidos, la mirada ausente, las bocas flácidas de cansancio y aburrimiento.

—Siempre pasa lo mismo —dijo Eleanor—. Cuando las mujeres van a maquillarse, los hombres se ponen a discutir.

—¿Qué está haciendo Verrick?

—Escúchelo.

La voz cavernosa se alzaba por encima de las de todos los otros. Estaba ganando la discusión. Aquellos que estaban cerca de él, poco a poco fueron dejando de hablar y se acercaron a escucharlo. Algunos hombres de caras severas y tensas formaron un círculo alrededor de Verrick y Moore, cada vez más acalorados.

—Nuestros problemas nos los creamos nosotros mismos —observó Verrick—. No son más reales que los problemas de abastecimiento o exceso de mano de obra.

—¿Podría explicarlo? —preguntó Moore.

—Todo el sistema es artificial. El juego del Minimax fue inventado por dos matemáticos en los primeros años de la segunda guerra

mundial.

—Descubierto, querrá decir. Vieron que las situaciones sociales eran análogas a la estrategia de los juegos, como el póquer, por ejemplo. Un sistema válido para el juego del póquer tiene que serlo también para cualquier situación social, como el comercio o la guerra.

—¿Hay alguna diferencia entre un juego de azar y un juego de estrategia? —preguntó Laura Davis sentada junto a Al.

—Una diferencia abismal —respondió Moore irritado—. En un juego de azar nadie intenta conscientemente engañar al adversario; en el póquer, en cambio, cada jugador aplica deliberadamente la estrategia del bluff, pistas falsas, gestos y comentarios engañosos, para confundir a los adversarios sobre lo que está ocurriendo en el juego y lo que él intenta, haciéndolos actuar como idiotas.

—¿Cómo cuando alguien dice que tiene buenas cartas, cuando en realidad no las tiene?

Moore no prestó atención a Laura y se volvió hacia Verrick:

—¿Pretende negar que la sociedad funciona como un juego de estrategia? El Minimax ha sido una hipótesis brillante. Nos facilitó un método racional y científico para desmantelar cualquier estrategia y transformar el juego estratégico en un juego de azar en el que pueden aplicarse los métodos estadísticos de las ciencias exactas.

—De todos modos —mascculló Verrick—, esa maldita botella destituye a un hombre sin ninguna razón y consagra a un burro o un chiflado escogido al azar, sin tener en cuenta la capacidad o la posición del sujeto.

—Desde luego —exclamó Moore eufórico—. El Minimax es la base fundamental del sistema. La botella nos obliga a todos a jugar al Minimax o quedar marginados; estamos obligados a abandonar toda forma de superchería y a actuar de manera racional.

—No hay nada racional en los saltos fortuitos de la botella —respondió Verrick furioso—. ¿Cómo podría ser racional un mecanismo regido por el azar?

—El factor contingente es una de las funciones de un modelo totalmente racional. Nadie puede oponer una estrategia a los saltos fortuitos. Nos vemos obligados a adoptar un método contingente: el mejor análisis de las probabilidades estadísticas de ciertos acontecimientos, más la suposición pesimista de que cualquier plan puede ser descubierto con anticipación. Asumir de antemano que seremos descubiertos nos libera del peligro de ser descubiertos. Si actuamos al azar nuestro adversario no podrá descubrir nada sobre nosotros porque nosotros tampoco sabemos lo que vamos a hacer.

—De manera que somos una pandilla de idiotas supersticiosos —dijo Verrick—. Todos intentando descifrar señales y presagios, becerros con dos cabezas y bandadas de cuervos blancos. Dependemos del azar y no dominamos la situación porque no podemos hacer planes.

—¿Cómo podríamos hacer planes con telépatas alrededor? Los telépatas responden perfectamente a las previsiones pesimistas del Minimax: descubren todas nuestras estrategias desde el momento en que empezamos a jugar.

Verrick se señaló con el dedo el gran pecho de barril.

—Yo no llevo mariconadas colgadas del cuello. Ni pétalos de rosa ni bosta de vaca ni saliva de búho hervida. Juego con mi destreza, no con el azar. Y quizá tampoco siga una estrategia, en caso de que alguien quiera sondearme. Nunca confié en las abstracciones teóricas. Soy un empírico. Me acomodo a las situaciones. En eso consiste la destreza. Y yo la tengo.

—La destreza es una función del azar. Es la utilización intuitiva de lo mejor en una situación azarosa. Usted es tan condenadamente viejo que se habrá encontrado alguna vez en situaciones que le habrán permitido conocer de antemano, de manera pragmática…

—¿Y Pellig? Es una estrategia, ¿no?

—La estrategia implica engaño, y con Pellig no va a engañar a nadie.

—Es absurdo —gruñó Verrick—. Usted mismo se ha devanado los sesos para que las Brigadas no descubrieran lo de Pellig.

—La idea fue suya —replicó Moore furiosamente—. Le repito lo que le dije antes: deje que todos lo sepan porque no podrán hacer nada. Si fuera por mí, lo anunciaría mañana mismo en la tele.

—¡Maldito loco! —bramó Verrick—. ¡No dudo que lo haría!

—Pellig es invencible. —Moore estaba furioso: había sido humillado en público—. Hemos obtenido un compuesto que contiene la esencia del Minimax. Tomando la botella como punto de partida, he producido un…

—Cállese, Moore —dijo entre dientes Verrick dándole la espalda—. Habla demasiado. —Se alejó unos pasos; la gente se apresuró a apartarse—. Todo este asunto del azar tiene que ser eliminado. No podemos proyectar nada con esa espada de Damocles sobre nuestras cabezas.

—¡Para eso la tenemos! —gritó Moore.

—Entonces déjela caer. Líbrenos de ella.

—El Minimax no es algo que uno enciende y apaga. Es como la

gravedad, una ley, una ley pragmática.

Benteley se había acercado a escuchar.

—¿Usted cree en las leyes naturales? —preguntó—. ¿Un 8-8 como usted?

—¿Y éste de dónde sale? —gruñó Moore mirando airadamente a Benteley—. ¿Cómo se atreve a meterse en la conversación?

Verrick se estiró un poco más.

—Es Ted Benteley. Uno de clase 8-8 como usted. Acabamos de contratarlo.

Moore palideció:

—¡Un 8-8! ¡No necesitamos otro 8-8! —La cara le brilló con un feo resplandor amarillo—. ¿Benteley? Oiseau-Lyre lo despidió hace poco; es un desecho.

—Así es —dijo Benteley sin perder la calma—. Y he venido directamente aquí.

—¿Por qué?

—Me interesa lo que usted hace.

—¡Lo que yo hago no es asunto suyo!

—Ya basta —dijo Verrick con voz ronca—. Se calla o se va. De ahora en adelante Benteley trabajará con usted, le guste o no le guste.

—¡Nadie más que yo trabajará en este proyecto! —rugió Moore. Una mezcla de odio, de miedo y de celos profesionales le ardió en la cara—. Si no ha sido capaz de trabajar para una Colina de tercera como Oiseau-Lyre, no podrá…

—Ya veremos —dijo Benteley sin inmutarse—. Estoy impaciente por ver las anotaciones y los planes de usted. Será un placer examinar ese trabajo. Parece que es exactamente lo que busco.

—Voy a tomar una copa —farfulló Verrick—. Estoy demasiado ocupado y no puedo perder el tiempo en tonterías.

Moore lanzó a Benteley una última mirada de resentimiento y enseguida corrió detrás de Verrick. La gente se movió, murmuró fatigada, y se dispersó.

—Bueno, ahí va nuestro anfitrión —dijo Eleanor con una pizca de amargura en la voz— bonita fiesta, ¿no?

SEIS

A Benteley empezó a dolerle la cabeza. El bullicio continuo de voces se confundía con el brillo de los vestidos y el movimiento de los cuerpos. El suelo estaba plagado de colillas y basura; todo parecía fuera de lugar, como si la sala se inclinara lentamente hacia un lado. Las luces del techo cambiaban de forma y de intensidad a cada momento y le lastimaban los ojos. Un hombre que pasaba le dio un fuerte codazo en las costillas. Apoyada contra la pared, una joven con un cigarrillo colgado entre los labios se quitaba las sandalias y se masajeaba satisfecha los pies, de uñas rojas.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Eleanor.

—Quiero salir de aquí.

Eleanor lo condujo hábilmente por entre los móviles grupos de gente hacia una de las salidas.

—Todo esto parece algo insensato —dijo Benteley mientras caminaba y bebía al mismo tiempo—, pero, en realidad, tiene un objetivo muy preciso. Verrick es capaz…

Herb Moore les cerró el paso. Tenía la cara hinchada y de un malsano color rojo. Con él estaba el pálido y taciturno Keith Pellig.

—¡Ah! Aquí están —murmuró con una voz pegajosa, tambaleándose y derramando la mitad del vaso. Miró a Benteley a los ojos y le anunció roncamente—: Quería entrar en el juego, ¿eh? —Palmeó a Pellig en la espalda—. ¡He aquí el mayor acontecimiento de nuestra época, he aquí la personalidad más importante del momento! Mírelo bien, Benteley.

Pellig no dijo nada. Miraba impasible a Benteley y a Eleanor. Tenía un cuerpo delgado, relajado y flexible, y los ojos, el pelo, la piel y hasta las uñas parecían blanqueados y translúcidos. Una figura limpia y aséptica, incolora e insípida: un dígito vacío.

Benteley le alargó una mano.

—Encantado de conocerlo, Pellig.

Pellig alargó la suya. Una mano fría y húmeda, fofa y sin vida.

—¿Qué le parece? —preguntó Moore con agresividad—. ¿No es genial? ¿No es el mayor descubrimiento desde la invención de la

rueda?

—¿Dónde está Verrick? —dijo Eleanor—. Se supone que Pellig no debe separarse de él.

Moore enrojeció aún más.

—¡Es una broma! ¿Quién…?

—Creo que has bebido demasiado. —Eleanor miró a su alrededor —. ¡Maldito Reese! Estará discutiendo con alguien por ahí.

Benteley observaba a Pellig hipnotizado. Había algo repelente en él: una apariencia asexuada, amorfa, hermafrodita. Pellig no tenía siquiera una copa en la mano, no tenía nada.

—¿No bebe? —preguntó Benteley.

Pellig sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? Tómese un *Elixir de metano*.

Con un gesto brusco, Benteley se sirvió una copa de la bandeja de un robot MacMillan que pasaba por allí; tres copas cayeron y se hicieron trizas entre los pies deslizantes del robot, que inmediatamente se inmovilizó y acometió una compleja operación de barrido y limpieza.

—Sírvase. —Benteley le alcanzó una copa a Pellig—. Coma, beba y diviértase. Mañana morirá alguien, que seguramente no es usted.

—Ya basta —le susurró Eleanor al oído.

—Pellig —continuó Benteley—, ¿qué se siente siendo un asesino profesional? La verdad es que usted no parece un asesino. En realidad no parece nada. Definitivamente, no parece usted humano.

Los invitados que quedaban iban formando un círculo alrededor de ellos. Eleanor tiraba furiosamente de una manga de Benteley.

—¡Ted, por Dios! ¡Verrick está a punto de llegar!

—Suéltame. —Benteley se zafó—. Es *mi* manga. —Se la alisó con los dedos entumecidos—. Es prácticamente todo lo que me queda. Déjala.

Volvió a clavar los ojos en la cara neutra de Pellig. Le zumbaba la cabeza; le dolían la nariz y la garganta.

—Pellig, ¿qué impresión le causa matar a un hombre al que nunca ha visto, un hombre que nunca le ha hecho nada, un pobre inocente que se ha cruzado casualmente en el camino de los poderosos? Un obstáculo…

—¿Qué pretende insinuar? —interrumpió Moore con un murmullo amenazador y un aire de confundido resentimiento—. ¿Tiene usted algún problema con Pellig? —sonrió burlonamente—. Pellig, mi buen amigo.

Verrick apareció abriéndose paso entre la gente.

—Moore, lléveselo de aquí. Le había dicho que subiera a la primera planta —Bruscamente señaló las puertas dobles a los últimos invitados. —Se acabó la fiesta. Pueden irse. Nos pondremos en contacto cuando los necesite.

La gente empezó a separarse, yendo de mala gana hacia la salida. Los robots buscaron abrigos y bufandas. Algunos grupos rezagados aquí y allá charlaban y miraban con curiosidad a Verrick y Pellig.

—Subamos —dijo Verrick llevándose a Pellig del brazo—. ¡Dios mío! Se ha hecho tarde.

Empezó a subir la ancha escalinata, encorvado hacia delante y con la cabeza hirsuta mirando a un costado.

—Bueno, a pesar de todo, hoy hemos hecho un buen trabajo. Me voy a la cama.

Benteley se acercó por detrás y le dijo:

—¡Oiga, Verrick! Tengo una idea. ¿Por qué no mata a Cartwright usted mismo? Elimine al intermediario. Sería más científico.

Sin volverse ni disminuir el paso, Verrick soltó una carcajada inesperada.

—Mañana hablaremos. Ahora váyase a casa y acuéstese —dijo por encima del hombro.

—No —dijo Benteley tercamente—, no me iré a mi casa. He venido hasta aquí para conocer la estrategia de usted, y no me iré hasta que lo haya averiguado.

En el primer rellano Verrick se detuvo y se dio media vuelta. Tenía una mirada extraña en el rostro macizo, de facciones marcadas y duras.

—¿Cómo dice?

—Me ha oído perfectamente.

Benteley cerró los ojos y se balanceó con las piernas abiertas, como si la sala se moviera con él. Cuando volvió a mirar, Verrick ya no estaba y Eleanor Stevens le tiraba de un brazo, una y otra vez.

—¡Idiota! —chilló—. ¿Qué te pasa?

—Está loco —dijo Moore vacilante, empujando a Pellig hacia la escalera—. Eleanor, será mejor que te lo lleves o terminará mordiendo la alfombra.

Benteley estaba desconcertado. Abrió la boca atontado pero no emitió ningún sonido.

—Se ha ido —logró decir—. Todos se han ido. Verrick, Moore y ese adefesio de cera.

Eleanor lo llevó al cuarto de al lado y cerró la puerta tras ellos. El cuarto era exiguo; los bordes de las cosas se confundían en una

penumbra de niebla. Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y aspiró, furiosa, envuelta en humo.

—Benteley, eres un lunático.

—Estoy borracho. Es ese aguardiente de Calisto. ¿Es verdad que miles de esclavos sudan y mueren bajo una atmósfera de metano para que Verrick pueda disfrutar de este elixir?

—Siéntate. —Eleanor lo empujó sobre una silla y se puso a dar vueltas, sacudiéndose, tensa como una marioneta—. Todo se está desmoronando. Moore está tan orgulloso con su Pellig que no deja de mostrárselo a todo el mundo. Verrick no quiere aceptar la nueva situación: sigue pensando que cuenta con los telépatas. ¡Dios mío!

Se volvió con una expresión de amargura y se llevó las manos a la cara.

Benteley la miró sin comprender, hasta que ella se incorporó y se frotó débilmente los ojos hinchados.

—¿Puedo hacer algo? —le preguntó.

En la oscuridad, Eleanor encontró una jarra de agua fría y un cuenco de caramelos sobre una de las sillas. Vació el cuenco, lo llenó con el agua de la jarra, se lavó rápidamente la cara y las manos, tiró de la cortina bordada de la ventana y se secó.

—Vamos, Benteley —murmuró—. Salgamos de aquí.

Salió a ciegas del cuarto. Benteley consiguió levantarse y la siguió. La diminuta silueta de pechos desnudos se deslizaba como un fantasma entre las sombrías posesiones de Verrick: estatuas colosales, estanterías de cristal, escaleras con tapices oscuros, y en cada rincón, robots inmóviles y mudos que esperaban a que eventualmente alguien les diera una orden.

Llegaron a un piso desierto, envuelto en sombras y de una oscuridad polvorienta. Eleanor esperó a que él la alcanzara.

—Voy a acostarme —le dijo sin rodeos—. Puedes venir conmigo si quieres, o puedes irte a tu casa.

—Ya no tengo casa.

La siguió por un pasillo en el que se sucedían puertas entreabiertas. De vez en cuando brillaba alguna luz. Oyó voces. Creyó reconocer algunas. Voces de hombres mezcladas con murmullos somnolientos y entrecortados de mujeres. De pronto Eleanor desapareció. Estaba solo.

Anduvo a tientas entre sombras que se movían y formas evanescentes. Chocó violentamente contra algo y una cascada de objetos se hizo trizas alrededor. Atónito, quiso alejarse, pero se quedó allí como si no pudiera decidirse.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó una voz dura. Era Herb Moore, invisible, pero muy próximo. La cara emergió de la oscuridad, espectral, muda, suspendida en el aire. La voz creció y se acercó hasta que Benteley no vio más que la cara hinchada y roja—. ¡Fuera de aquí! Váyase con los otros marginados. ¡Clase 8-8! No me haga reír. ¿Quién le dijo…?

Benteley lo golpeó. La cara de Moore se desintegró, proyectando líquidos y fragmentos, completamente destruida. Algo lo envolvió levantándolo del suelo. Era una masa gelatinosa, movediza, que lo atrapaba y lo sofocaba. Intentó incorporarse tratando de aferrarse a algo sólido.

—¡Basta! —ordenó Eleanor—. ¡Vosotros dos! ¡Tranquilos! ¡Por el amor de Dios!

Benteley se detuvo. Moore jadeaba y se secaba la cara ensangrentada:

—Lo mataré, maldito bastardo… —bramaba gimiendo de rabia y dolor—. ¡Se arrepentirá de lo que ha hecho, Benteley!

Benteley se encontró sentado sobre un mueble bajo, quitándose los zapatos. El abrigo estaba delante de él, en el suelo. Un momento después también los zapatos estaban en el suelo, sobre una lujosa alfombra. No se oía ningún ruido; la habitación estaba fría y silenciosa. Una luz tenue titilaba en un rincón distante.

—Cierra la puerta —la voz de Eleanor le llegó desde cerca—. Creo que Moore ha perdido la cabeza o algo parecido; deambula por el pasillo como un poseso.

Benteley encontró la puerta y cerró el viejo pestillo manual. Eleanor estaba en el centro de la habitación, con una pierna levantada y el pie recogido, desatándose minuciosamente los cordones de las sandalias. Se descalzó y luego se desabrochó y se quitó los pantalones, mientras Benteley la observaba estupefacto y confundido. Los tobillos desnudos brillaron un momento bajo la luz. Pantorrillas pálidas y relucientes; la visión danzó frente a él hasta que no pudo aguantarlo y cerró con fuerza los ojos. Las piernas delgadas de huesos pequeños, delicadas y perfectamente lisas y suaves hasta las rodillas, el punto donde empezaba la ropa interior…

De pronto estaba echándose sobre ella y ella subía hacia él. Brazos húmedos, pechos temblorosos y pezones rojos y duros debajo de él. Ella jadeó y se estremeció, abrazándolo. El zumbido en la cabeza de Benteley creció hasta desbordarse; cerró los ojos y se abandonó plácidamente al torrente.

Despertó mucho más tarde. Hacía mucho frío. Nada se movía. No había ruidos ni señales de vida. Se levantó rígido, azorado, con la mente dividida en fragmentos. La luz gris del alba entraba por la ventana abierta y un viento frío y ominoso azotaba alrededor. Dio un paso atrás y se detuvo, reflexionando.

Había figuras humanas tendidas en el suelo, entre mantas y vestidos amontonados. Tropezó con unos miembros extendidos, brazos descubiertos, piernas lechosas que lo sobresaltaron y horrorizaron. Reconoció a Eleanor, apoyada contra una pared, un brazo extendido hacia delante, los dedos finos y crispados, respirando irregularmente con la boca entreabierta. Caminó un poco más y se detuvo paralizado.

Bajo la luz gris vio la cara de su viejo amigo Davis, apacible y contento en los brazos de su mujer, que dormía profundamente; olvidados de todo lo demás.

Había más gente aún: unos roncaban y otro se sacudía a punto de despertar. Alguien gemía y buscaba a tientas una manta. El pie de Benteley aplastó un vaso y dejó en el suelo un charco de líquido negro; Alcanzó a ver otra cara familiar. ¿Quién era? Un hombre de pelo negro, de facciones agradables…

¡Era su propia cara!

Tropezó contra una puerta y se encontró en la penumbra amarilla de un vestíbulo. Aterrado, huyó a ciegas. Los pies desnudos lo llevaron en silencio por vastas galerías, infinitas y desiertas, por ventanas de piedras grisáceas, por escaleras que parecían interminables. Dando tumbos dobló una esquina y se encontró atrapado en una alcoba; un espejo enorme se alzaba delante, cerrándole el camino.

Dentro del espejo había una forma que se movía lentamente. Parecía un insecto inanimado, un insecto suspendido en amarillentas profundidades acuáticas. Benteley lo contempló anonadado: el pelo de cera, la boca y los labios inmóviles, los ojos descoloridos. Los brazos colgaban inertes, como deshuesados. Una figura silenciosa e inmóvil, desarticulada y descolorida, que lo miraba parpadeando.

Benteley gritó y la imagen desapareció. Echó a correr por los extensos pasillos grises con pies que apenas tocaban la alfombra. Ya no sentía nada debajo de él. Corría elevándose, transportado por su propio terror. No era más que una figura aullante que volaba hacia la alta bóveda del techo.

Con los brazos desplegados, pasó velozmente a través de paredes y paneles, cruzando las habitaciones y los pasillos desiertos, ciego y horrorizado, revoloteando de un lado a otro, golpeando en vano las ventanas, deseando poder escapar.

Se estrelló violentamente contra una chimenea de ladrillos y se desplomó sobre una alfombra blanda, cubierta de polvo. Por un momento se quedó tendido en el suelo, desconcertado; al fin se levantó y corrió frenéticamente, con las manos en la cara, los ojos cerrados y la boca abierta.

Se oían ruidos delante de él. Un haz de luz amarilla se filtraba por una puerta entreabierta. En una habitación había un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa cubierta de cintas magnéticas y carpetas de informes. Una lámpara atrónica ardía en el centro —como un sol en miniatura, caliente e imperecedero—, hipnotizándolo. Entre tazas de café, los hombres murmuraban y examinaban minuciosamente las carpetas y las cintas. Uno de ellos era un hombre corpulento, de hombros caídos.

—¡Verrick! —gritó Benteley con una voz fina y débil que parecía el silbido de un insecto—. ¡Verrick! ¡Ayúdeme!

Reese Verrick le clavó una mirada severa.

—¿Qué quiere? Estoy muy ocupado. Tenemos que acabar con esto lo antes posible.

—¡Verrick! —Benteley volvió a gritar sintiendo en el cuerpo unas punzadas de terror y de pánico insensato—. ¿Quién soy yo?

—Usted es Keith Pellig —respondió Verrick molesto, secándose la frente con una garra enorme y apartando las cintas magnéticas—. Usted es el asesino elegido por la Convención. Tiene que estar preparado para entrar en acción en menos de dos horas. Tiene un trabajo que hacer.

SIETE

Eleanor Stevens apareció por entre las sombras grises del vestíbulo:

—No, Verrick, no es Keith Pellig. Pídale a Moore que baje y hágalo hablar. Ha querido vengarse de Benteley: tuvieron una pelea.

Los ojos de Verrick se abrieron, sorprendidos.

—¿Benteley? ¡Maldito Moore! Es un insensato. Terminará estropeándolo todo.

Benteley estaba empezando a recobrar la cordura.

—¿Se puede arreglar? —murmuró.

—Estaba totalmente inconsciente —dijo Eleanor con una voz fina y crispada. Se había puesto los pantalones, las sandalias y un abrigo sobre los hombros. Tenía la cara pálida y el pelo rojo enredado en mechones—. No puede hacerlo estando consciente. Traigan un médico del laboratorio para que le dé un calmante. Y no se aprovechen de la situación. No le digan nada hasta que se haya recuperado. No podría soportarlo, ¿entienden?

Moore apareció, consternado y asustado:

—No es nada. Me he pasado un poco con el arma, eso es todo —Tomó a Benteley del brazo—. Vengan, vamos a solucionarlo enseguida.

Benteley se soltó y miró la cara y las manos extrañas de Moore.

—Verrick —dijo con un hilo de voz—. Ayúdeme.

—Por supuesto —dijo Verrick bruscamente—. Todo saldrá bien. Aquí llega el médico.

Verrick y el médico lo atendieron. Moore temía estar cerca de Verrick y se apartó unos pasos. Eleanor se sentó en el escritorio y encendió un cigarrillo, mirando cómo el médico clavaba una aguja en el brazo de Benteley y apretaba la válvula. Benteley sintió que poco a poco se hundía en la oscuridad; oía la voz cada vez más lejana de Verrick.

—Tendría que haberlo matado o dejarlo tranquilo, pero esto no. ¿Cree que se lo perdonará?

Moore respondió algo, pero Benteley ya no lo oyó. La oscuridad era ahora completa, y él estaba dentro.

Mucho más tarde Eleanor estaba diciendo:

—Reese no entiende realmente qué cosa es Pellig. ¿Te has dado cuenta?

—No entiende ningún tipo de teoría —dijo Moore con sequedad y resentimiento.

—No lo necesita. No le serviría de nada. Puede contratar a centenares de jóvenes especialistas para que ellos lo entiendan.

—Como yo, ¿no?

—¿Por qué trabajas con Reese? No te gusta, no os lleváis bien.

—Verrick invierte dinero en mis investigaciones. Sin él, yo no podría hacer nada.

—Pero al final es él quien se beneficia.

—Eso no importa. Escucha: he estado examinando los trabajos de MacMillan sobre los robots. ¿Y cuál ha sido el resultado final? Toda esa chatarra estúpida: aspiradoras y cocinas presuntuosas, camareros bobos y mudos. MacMillan se equivocó. Aspiraba a algo grande, para que los inks pudieran dormir tranquilos, y no hubiera más criados ni peones. MacMillan simpatizaba con los inks. Probablemente compró su clasificación en el mercado negro.

Se oyó el ruido de algo que se movía, gente que se incorporaba y caminaba, el tintineo de unos vasos.

—Whisky con agua —dijo Eleanor.

Alguien se sentó y suspiró aliviado.

—Estoy cansado —dijo el hombre—. ¡Qué noche! Un día perdido. Hoy me acostaré temprano.

—Ha sido culpa tuya.

—Aguantará. Estará presente para ver al gran Pellig.

—No, no harás eso. No está en condiciones.

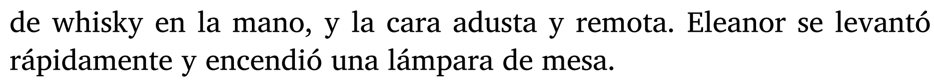
—Es mío, ¿no? —Moore parecía indignado.

—Pertenece a todo el mundo —afirmó Eleanor con una voz glacial —. Estás tan metido en ese ajedrez de palabras, que no adviertes el peligro que nos haces correr. Las posibilidades de resistencia de ese chiflado aumentan hora a hora. Si no te hubieras vuelto loco, poniendo todo al revés sólo para vengarte, quizá Cartwright ya estaría muerto.

Atardecía.

Benteley se movió. Logró sentarse, asombrado de sentirse tan bien y con la mente despejada.

La habitación estaba a oscuras; una sola luz resplandecía, un resplandor diminuto que identificó enseguida: el cigarrillo de Eleanor. Moore estaba sentado junto a ella; tenía las piernas cruzadas, un vaso


de whisky en la mano, y la cara adusta y remota. Eleanor se levantó rápidamente y encendió una lámpara de mesa.

—¿Ted?

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media. —Eleanor se acercó a la cama con las manos en los bolsillos—. ¿Cómo te sientes?

Benteley apoyó los pies en el suelo, débilmente sentado en el borde de la cama. Lo habían envuelto en una bata de noche; su ropa había desaparecido.

—Tengo hambre —murmuró. De pronto cerró los puños y se golpeó la cara.

—Eres tú —apuntó Eleanor.

Benteley se puso de pie, tambaleándose.

—Me siento feliz. ¿Ha ocurrido realmente?

—Así es. —Eleanor buscaba un cigarrillo—. Y volverá a ocurrir. Pero la próxima vez estarás preparado. Tú y otros veintitrés jóvenes brillantes.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Por qué?

—Quiero irme.

Moore se incorporó bruscamente.

—No puede irse. Hay que ser realistas: usted ha descubierto el significado de Pellig.

—Verrick no dejará que te vayas así.

—Aquí se están violando las reglas de la Convención del Desafío —Benteley encontró la ropa en un armario y la desplegó sobre la cama—. No pueden mandar más de un asesino a la vez. Y Pellig ha sido fabricado para que parezca uno solo, cuando en realidad…

—No vaya tan rápido —dijo Moore—. No lo ha entendido todo todavía.

Benteley se quitó la bata y la arrojó al suelo.

—Pellig es algo completamente sintético.

—Exactamente.

—Pellig es un caballo de Troya. Ustedes van a meterle en la cabeza una docena de mentes de primer orden y después lo enviarán a Batavia. Cuando Cartwright muera, quemarán la cosa Pellig y nadie se habrá enterado. Les pagarán a esas mentes por el trabajo que han hecho y las mandarán de vuelta a casa. Como a mí.

Moore parecía divertido.

—Ojalá pudiéramos. En realidad ya lo hemos intentado introduciendo tres personalidades en Pellig. El resultado ha sido

caótico. Cada uno iba por su propia cuenta.

—¿Tiene Pellig alguna personalidad? —le preguntó Benteley mientras se vestía—. ¿Qué pasa cuando todas las mentes están fuera?

—Cae en lo que llamamos un estado vegetativo. No muere, pero pasa a un nivel de existencia elemental, un estado crepuscular en el que las funciones vitales continúan trabajando.

—¿Quién lo impulsaba anoche?

—Un burócrata de mi laboratorio. Un tipo negativo, como habrá observado. Pellig es un excelente vehículo, con índices de distorsión o refracción muy bajos.

Benteley trató de no recordar mientras decía:

—Cuando yo estaba dentro, tuve la impresión de que Pellig estaba allí conmigo.

—Yo sentí lo mismo —acordó Eleanor—. La primera vez sentí como si tuviera una serpiente en los pantalones. Es una ilusión. ¿Cuándo lo notaste por primera vez?

—Mirándome al espejo.

—Nunca te mires al espejo. ¿Cómo crees que yo me sentía? Pero tú eres hombre. Para mí era muy difícil. Pienso que Moore no tendría que utilizar mujeres: hay demasiados riesgos de shock.

—¿Los utilizan sin avisarles?

—Tenemos un equipo muy bien entrenado —dijo Moore—. En los últimos meses hemos probado decenas de postulantes. La mayoría no resiste. Al cabo de unas horas caen en una extraña forma de claustrofobia. Quieren salir a toda costa, como si los envolviera una masa gelatinosa y helada, tal como dijo Eleanor.

Se encogió de hombros.

—Yo no siento eso: a mí me parece hermoso.

—¿Son muchos? —preguntó Benteley.

—Hemos reunido a unos veinte que aguantarán. Su amigo Davis es uno de ellos. Tiene la personalidad adecuada: apacible, tranquilo y dócil.

Benteley se enderezó, muy tieso.

—De modo que así ha obtenido una nueva clasificación, entrando en el juego.

—Todos los participantes escalan una clase. Comprada en el mercado negro, claro está. Usted también, según Verrick. No es tan peligroso como parece. Si algo no funciona, si empiezan a boicotear a Pellig, retiraremos al que esté dentro en ese momento.

—Ése es el método —murmuró Benteley entre dientes—. Consecutivo.

—Veamos si son capaces de probar una violación del Desafío —dijo Moore, animado—. Nuestro departamento legal ha examinado todas las circunstancias y efectos. No hay nada que puedan reprocharnos. La ley exige un asesino a la vez, elegido por una Convención pública. Pellig ha sido elegido por la Convención pública, y no habrá nadie más.

—No entiendo de qué sirve todo eso.

—Ya lo entenderás —dijo Eleanor—. Moore te lo explicará, es una larga historia.

—Después de comer algo —dijo Benteley.

Los tres caminaron lentamente hacia el comedor a lo largo del vestíbulo alfombrado. Benteley se quedó petrificado en el umbral. Pellig estaba plácidamente sentado a la mesa junto con Verrick, delante de unas costillas de cordero con puré de patatas, un vaso de agua en los labios flácidos y descoloridos.

—¿Qué pasa? —preguntó Eleanor.

—¿Quién está dentro?

Eleanor se encogió de hombros.

—Algún técnico del laboratorio. Siempre dejamos a alguien dentro. Eso nos permite conocerlo mejor y aumentar nuestras posibilidades.

Benteley se sentó en el extremo de la mesa, lejos de Pellig. Aquella palidez de cera lo molestaba: parecía la larva de un insecto que el sol aún no había curtido ni secado.

Entonces se acordó.

—Oigan —dijo—. Hay algo más.

Moore y Eleanor se miraron un momento.

—Tómeselo con calma, Benteley —dijo Moore.

—El vuelo. Me elevé. No sólo corría. Volaba. —Levantó la voz asustado—. Algo me ocurrió. Daba vueltas y vueltas, como un fantasma…, hasta tropezar con la chimenea.

Se tocó la frente: no había allí ningún bulto, ninguna cicatriz. Por supuesto que no: había estado en otro cuerpo.

—Explíqueme —dijo jadeando—. ¿Qué me pasó?

—Era algo relacionado con la falta de peso —dijo Moore—. El cuerpo de Pellig es más eficiente que un cuerpo humano normal.

La expresión de Benteley tuvo que haber sido de escepticismo, pues Eleanor dijo enseguida:

—Pellig tiene que haber tomado un cóctel de drogas antes de que tú entraras en su cuerpo. Estuvieron repartiéndolas fuera, en la calle;

he visto a algunas mujeres tomándolas.

La voz ronca de Verrick los interrumpió:

—Moore, usted que es especialista en abstracciones… —Le acercó por encima de la mesa un fajo de placas magnéticas—. He estado examinando nuestros informes confidenciales sobre ese chiflado de Cartwright. Nada importante, pero hay cosas que me preocupan.

—¿Cuáles? —preguntó Moore sentándose.

—En primer lugar, tiene una tarjeta-p, lo que es raro en un ink. Las posibilidades de tener una tarjeta de poder son tan escasas, tan microscópicas…

—Estadísticamente hablando, siempre hay una posibilidad.

Verrick refunfuñó con desdén:

—La botella es la mayor estafa que se haya concebido alguna vez. Todos tienen un billete en esa maldita lotería. ¿Para qué conservar una tarjeta que te da una posibilidad entre seis mil millones, una oportunidad que no llegará nunca? Los inks son suficientemente astutos como para revender sus tarjetas, si las Colinas no se las quitan. ¿Cuánto cuesta una tarjeta actualmente?

—Unos dos dólares. Antes eran más caras.

—De acuerdo. Pero Cartwright conserva la suya. Y eso no es todo —Una mirada astuta atravesó la cara maciza de Verrick—. Según mis informes, Cartwright ha comprado al menos media docena de tarjetas-p en el último mes. Y no ha vendido ninguna.

Moore se enderezó:

—¿De veras?

—A lo mejor —comentó Eleanor, pensativa— encontró finalmente un amuleto que funciona.

Verrick rugió como un buey en el matadero:

—¡Ya basta! ¡Otra vez esos malditos amuletos! —Golpeó con un dedo furioso los pechos desnudos de Eleanor—. ¿Qué es esto? ¿Una de esas bolsitas con ojos de batracio? Quítesela enseguida y tírela a la basura. Es una pérdida de tiempo.

Eleanor sonrió amablemente: todos estaban acostumbrados a las excentricidades de Verrick; no le gustaban los amuletos.

—¿Qué otra cosa? —preguntó Moore—. ¿Tiene más información?

—El día que saltó la botella había una reunión de la Sociedad Preston —Verrick apretó los puños—. Quizá Cartwright encontró lo que yo buscaba, lo que todos buscan: una manera de vencer a la botella, un plan secreto para adivinar cómo se moverá. Si hubiese sabido que Cartwright se pasó aquel día esperando una notificación…

—¿Qué hubiese hecho? —preguntó Eleanor.

Verrick no respondió. Una extraña mueca le atravesó el rostro, un movimiento de agonía que sorprendió a Benteley e hizo que los demás se quedaran quietos y en silencio. De pronto Verrick inclinó la cabeza hacia su plato de comida y los demás hicieron lo mismo.

Cuando acabaron de comer, Verrick apartó la taza de café y encendió un cigarrillo.

—Y ahora escúcheme —le dijo a Benteley—. Quería conocer nuestra estrategia, ¿no? Aquí la tiene: apenas un telépata entra en la mente de un asesino, ya no hay remedio. Las Brigadas ya no lo sueltan nunca, se lo pasan de uno a otro. Saben exactamente lo que hará en el momento en que lo piensa. No hay estrategia que funcione: lo sondean constantemente, hasta que se aburren y le destrozan las entrañas.

—Así fue cómo los telépatas nos obligaron a adoptar el Minimax —señaló Moore—. Los telépatas desmantelan cualquier estrategia: con ellos hay que actuar al azar. Uno no tiene que saber lo que hará después. Hay que cerrar los ojos y avanzar a ciegas. El problema consiste en saber cómo tener una estrategia indeterminada y al mismo tiempo avanzar decididamente hacia la meta.

—En el pasado —continuó Verrick— los asesinos buscaron la manera de tomar decisiones al azar. Los ayudaba el plimp, que en la práctica era una especie de costumbre criminal. Un tablero de bolsillo proponía numerosas combinaciones aleatorias que conducían a decisiones más complejas. El asesino tiraba los dados, leía el resultado y actuaba como ya se había preestablecido. Los telépatas no podían saber qué número iba a salir y el asesino tampoco.

»Pero eso no fue suficiente. El asesino jugaba al Minimax pero continuaba perdiendo. Perdía porque los telépatas también jugaban, y porque ellos eran ochenta y él uno. Estadísticamente no tenía posibilidades: lo conseguía sólo una vez entre una infinidad de intentos. Aunque a veces los asesinos acertaban. De Falla, por ejemplo, abría al azar *Decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon y tomaba sus decisiones basándose en una compleja interpretación del texto.

—La respuesta es Pellig, evidentemente —declaró Moore—. Tenemos veinticuatro mentes distintas. No habrá ningún contacto entre ellas. Todas estarán aquí en Farben, cada una en un cubículo, conectada a un mecanismo de ejecución. A intervalos irregulares activaremos una mente distinta, elegida al azar, y que cuenta con una estrategia completamente desarrollada. Pero nadie sabe qué mente actuará después, ni cuándo. Nadie sabrá qué estrategia ni qué plan de acción se pondrán en marcha. Los telépatas no sabrán lo que hará el

cuerpo de Pellig un minuto más tarde.

La superlógica implacable del técnico provocó en Benteley un escalofrío de admiración.

—No está mal —admitió.

—¿Se da cuenta? —dijo Moore orgulloso—. Pellig es la partícula aleatoria de Heisenberg. Los telépatas pueden determinar la trayectoria directa hacia Cartwright, pero no la velocidad. Nadie sabrá en qué punto de la trayectoria se encuentra Keith Pellig en un cierto momento.

OCHO

El apartamento de Eleanor Stevens era una serie de cuartos atractivos en el barrio de residencias clasificadas de la Colina Farben. Benteley le echó una mirada apreciativa mientras Eleanor cerraba la puerta y se movía por el cuarto encendiendo luces y enderezando cosas.

—Acabo de mudarme —explicó Eleanor—. Hay un gran desorden.

—¿Dónde está Moore?

—Supongo que en algún lugar del edificio.

—Creía que vivíais juntos.

—Ahora no.

Eleanor bajó la persiana translúcida en la pared ventana del apartamento. El cielo nocturno y la hueste de estrellas heladas, el resplandor y las formas brillantes de la Colina Farben palidecieron hasta desaparecer. Eleanor miró a Benteley de reojo y dijo:

—La verdad es que ahora no vivo con nadie.

—Perdóname —le dijo Benteley, torpemente—. No lo sabía.

Eleanor se encogió de hombros y le sonrió con ojos brillantes y labios rojos y trémulos.

—Qué triste, ¿no? Después de Moore, viví con otro investigador del laboratorio, un amigo suyo, y luego con un planificador. No olvides que yo fui telépata. A la mayoría de los hombres no les gusta vivir con una telépata, y yo nunca me llevé muy bien con la gente de las Brigadas.

—Bueno, ahora todo eso es agua pasada.

—Por supuesto. —Eleanor deambuló por la habitación con las manos en los bolsillos, de pronto pensativa y solemne—. Creo que he malgastado mi vida. La telepatía nunca me interesó, pero tuve que elegir: o el entrenamiento con las Brigadas o la operación que me cambiaría el cerebro. Además, no tenía una clasificación y la alternativa eran los campos de trabajo… ¿Sabes una cosa? Si Verrick me despide, se acabó. No puedo volver a las Brigadas y sería inútil que intentara ganar el Juego. —Miró a Benteley con aire de súplica—. ¿Te molesta que sea independiente?

—De ningún modo.

—Me siento tan rara siendo libre… —murmuró—. Estoy totalmente sola sin ataduras. Es muy difícil para mí, Ted. Me vi obligada a seguir a Verrick: es el único hombre con quien me siento segura. Pero me separó de mi familia. —Se volvió hacia Benteley y le echó una mirada patética—. Odio estar sola; me da miedo.

—No les tengas miedo. Escúpeles en la cara.

—Yo no podría. —Se estremeció—. ¿Cómo puedes vivir así? Hay que depender de alguien, alguien fuerte, que te proteja. Vivimos en un mundo grande, helado y hostil. ¿Sabes lo que te puede ocurrir si te abandonas y caes?

—Lo sé —asintió Benteley—. Hay millones de deportados.

—Quizá tendría que haberme quedado con las Brigadas. Pero las odio. Entrometerse, escuchar, leer siempre lo que les está pasando a los demás. Dejas de vivir, o no vives como un individuo independiente. Te conviertes en una especie de organismo colectivo. No puedes amar, no puedes odiar. Todo se limita a tu trabajo, que, además, ni siquiera es tuyo. Tienes que compartirlo con ochenta personas más, gente como Wakeman.

—Quieres estar sola pero tienes miedo —le dijo Benteley.

—¡Quiero ser yo! Pero sin estar sola. Odio despertarme por la mañana y no encontrar a nadie a mi lado. Odio volver a un apartamento vacío. Cenar sola, cocinar y tener el lugar arreglado para mí sola. Encender la luz de noche, cerrar las persianas. Mirar la tele. Quedarme sentada sin hacer nada. Pensar.

—Eres joven. Te acostumbrarás.

—No me acostumbraré. —Le brillaron los ojos—. Cierto que a otros les fue peor. —Se recogió la cabellera flameante; los ojos se le nublaron, verdes, hermosos y astutos—. He vivido con muchos hombres desde los dieciséis años. No recuerdo cuántos; me los encontré como te he encontrado a ti, en el trabajo o en fiestas, a veces a través de amigos. Vivimos juntos un tiempo y luego nos peleamos. Siempre pasa algo, nada perdura. —El terror la estremeció otra vez, violento y abrumador—. ¡Todos se marchan! Se quedan un tiempo y después se van. Me abandonan. O me echan…

—Suele ocurrir —dijo Benteley, que escuchaba a medias, metido en sus propios pensamientos.

—Un día encontraré al hombre de mi vida —dijo Eleanor con fervor—. ¿No es cierto? Tengo sólo diecinueve años. ¿No lo he hecho todo bien para mi edad? Y Verrick me protege: siempre puedo contar con él.

Benteley se volvió bruscamente:

—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos?

—Bueno, ¿te gustaría? —dijo Eleanor enrojeciendo.

Benteley no respondió.

—¿Qué pasa? —preguntó ella impaciente, con una expresión de dolor en los ojos.

—No tiene nada que ver contigo —Benteley se acercó a la pared transparente y levantó la persiana—. La Colina es hermosa de noche. Viéndola desde aquí, no consigues imaginar cómo es en realidad.

—¡Qué importa la Colina! —Eleanor puso de vuelta la niebla gris —. Si no soy yo, entonces es Verrick. Sí, es Reese Verrick. ¡Dios mío! Estabas tan ansioso aquel día que llegaste a la oficina con tu cartera bajo el brazo como un cinturón de castidad… —Eleanor sonrió—. Estabas tan entusiasmado… Como un cristiano al que se le abren por fin las puertas del paraíso. Habías esperado tanto… Tenías tantas expectativas… Me pareciste terriblemente atractivo; esperaba volver a verte.

—Quería salir del sistema de las Colinas y encontrar algo mejor. Entrar en el Directorio.

—¡El Directorio! —Eleanor se echó a reír—. ¿Qué es eso? ¡Una abstracción! ¿Sabes quiénes componen el Directorio? —Respiró entrecortadamente, con los ojos muy abiertos—. Es gente real; no son sólo instituciones y oficinas. ¿Cómo puedes ser leal a… una cosa? Los viejos mueren, llegan los jóvenes y las caras cambian. Pero tu lealtad es siempre la misma. ¿Lealtad hacia quién, hacia qué? ¡Es una superstición! Eres leal a una palabra, a un nombre, no a una entidad viviente de carne y hueso.

—No, no es sólo una cuestión de instituciones y oficinas —dijo Benteley—. Representan algo.

—¿Qué?

—Algo que está por encima de todos nosotros, que es más grande que un individuo o que un grupo de individuos. Aunque, en cierta medida, es todos los hombres.

—No es nadie. Un amigo es una persona, no una clase o un grupo de trabajo, ¿verdad? No tienes amigos de clase 4-7, ¿no es cierto? Y cuando te acuestas con una mujer, es una mujer particular, ¿verdad? Todo lo demás ha desaparecido… Nociones vagas, fugaces, un humo grisáceo e inaccesible. Lo único que queda es la gente; tu familia, tus amigos, tu amante, tu protector. Puedes tocarlos, estar cerca de ellos…, respirar la vida que es algo caliente y sólido. El sudor, la piel, el pelo, la saliva, la respiración, los cuerpos. El gusto, el tacto, el

olfato, los colores. ¡Algo que puedas aferrar con las manos! ¿Qué hay más allá de la gente? ¿En quién confiar aparte de tu protector?

—Depende de ti mismo.

—¡Reese me protege! Es grande y fuerte.

—Es como un padre para ti —dijo Benteley—. Y los padres no me gustan.

—Eres un… psicótico. Algo pasa contigo.

—Lo sé —dijo Benteley—. Estoy enfermo. Y cuanto más veo, más enfermo me pongo. Estoy tan enfermo que a veces pienso que son todos los demás los que están enfermos y que yo soy el único sano. Y eso no está bien, ¿no?

—No —murmuró Eleanor.

—Me gustaría destruir todo esto de un solo golpe. Pero no hace falta: se cae por sí solo. Todo es hueco, vacío, metálico. Los juegos, las loterías: juguetes tentadores para niños. Sólo el juramento hace que todo siga en pie. Posiciones en venta, cinismo, lujo y pobreza, indiferencia…, los chillidos de la televisión que lo tapan todo. Un hombre sale a asesinar a otro y todos miran y aplauden. ¿En qué creemos? ¿Qué tenemos? Criminales geniales trabajando para criminales poderosos. Y juramos fidelidad a bustos de plástico.

—El busto es un símbolo. Y no está en venta. Es algo que no puedes comprar ni vender —los ojos verdes brillantes de Eleanor flamearon triunfantes—. Ted, sabes que es nuestro bien más preciado. Lealtad entre nosotros, entre el protector y su siervo, entre el hombre y su amante.

—Quizá —dijo Benteley despacio— tendríamos que ser leales a un ideal.

—¿Qué ideal?

La mente de Benteley se negó a responder. Se le habían bloqueado las ruedas, palancas y engranajes. Unos pensamientos extraños e incomprensibles estaban asomándole en el cerebro. ¿De dónde procedía ese torrente? No lo sabía.

—Es todo lo que nos queda —dijo finalmente—. Nuestros juramentos y nuestra lealtad son los cimientos sin los cuales el edificio se viene abajo. Pero ¿vale la pena este edificio? No, no vale nada. Ahora mismo se está desmoronando.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Eleanor.

—¿Moore es leal a Verrick?

—No, por eso lo he dejado. ¡Él y todas esas teorías! Sólo a eso es leal, a eso y a Herb Moore. —Los amuletos de la buena suerte bailaban con furia—. Me repugna.

—Verrick tampoco es leal —dijo Benteley con cautela, tratando de medir la reacción de Eleanor, atónita y pálida—. No es Moore, no lo culpes. Sólo intenta obtener algo, como todos, como Reese Verrick. Cualquiera de ellos rompería su juramento con tal de sacar una parte más grande en el botín, de tener más influencia. Es la gran carrera hasta la cima. Todos se pelean por llegar allí y nada podrá detenerlos. Ya verás qué poco cuenta la lealtad cuando todas las cartas estén sobre la mesa.

—¡Verrick nunca rompería un juramento! ¡Nunca abandonaría a sus protegidos!

—Ya lo ha hecho. Ha violado un código moral permitiendo que yo jure. Tú también estabas, y lo sabías. Yo presté juramento de buena fe.

—¡Oh, Dios! —exclamó Eleanor, fatigada—. Nunca se lo perdonarás, ¿verdad? Estás molesto porque piensas que se burlaron de ti.

—Es más grave que eso; no te engañes. Toda esta miserable estructura empieza a mostrar su verdadera cara. Algún día te darás cuenta. Yo ya la he visto y estoy preparado. ¿Qué más puedes esperar de una sociedad de juegos, concursos y asesinatos?

—Verrick no tiene la culpa. La Convención fue ideada hace muchos años, cuando todo el sistema de la botella, todo el Minimax, se puso en marcha.

—Verrick ni siquiera respeta las reglas del Minimax. Intenta desbaratarlas con esta estrategia de Pellig.

—¿Crees que funcionará?

—Es probable.

—¿De qué te quejas entonces? ¿No es eso lo que cuenta? —Eleanor le aferró un brazo—. Vamos, olvídalo. Te preocupas demasiado. Moore habla demasiado y tú te preocupas demasiado. Disfruta, mañana es el gran día.

Preparó unas bebidas, le trajo una a Benteley, y se sentó junto a él en el sofá. La cabellera carmesí brillaba y resplandecía en la penumbra del apartamento. Había recogido las piernas debajo de ella. Aún tenía sobre las orejas aquellas manchas grises, aunque ahora parecían más pálidas. Apoyada contra Benteley, sujetando la copa con unos dedos de puntas rojas, cerró los ojos y preguntó a media voz:

—Confiésalo, ¿estás con nosotros?

Benteley no respondió enseguida.

—Sí —dijo al cabo de un momento.

Eleanor suspiró.

—Gracias a Dios. Estoy tan contenta…

Benteley se inclinó hacia delante y puso su vaso sobre la mesita baja.

—No puedo eludirlo; juré lealtad a Verrick. No tengo otra opción, a menos que rompa mi juramento y huya.

—No serías el primero.

—Nunca he roto un juramento. Estaba harto de Oiseau-Lyre desde hacía muchos años, pero nunca quise irme. Hubiese podido hacerlo, con el riesgo de que me capturaran y me mataran. Acepto la ley que concede a un protector derecho de vida y muerte sobre un siervo que ha escapado. Aunque me parece que ni un siervo ni un protector tienen derecho a romper un juramento.

—Hace un rato dijiste que el sistema se desmoronaba.

—Se desmorona, pero yo no pienso ayudar.

Eleanor dejó el vaso y deslizó unos brazos suaves y desnudos alrededor del cuello de Benteley.

—¿Cómo ha sido tu vida? ¿Has estado con muchas mujeres?

—Pocas.

—¿Cómo eran?

Benteley se encogió de hombros.

—De distintos tipos.

—¿Eran simpáticas?

—Creo que sí.

—¿Quién fue la última?

Benteley reflexionó:

—Hace unos pocos meses. Una chica de clase 7-9 llamada Julie.

Eleanor le clavó los ojos verdes.

—Dime cómo era.

—Pequeña, bonita.

—¿Se parecía a mí?

—Tu pelo me gusta más. —Tocó la cabellera de Eleanor, roja y reluciente—. Tienes un pelo muy hermoso, y los ojos también. —La apretó contra él y la tuvo así un largo rato—. Eres hermosa.

Ella cerró una mano sobre los amuletos que le colgaban entre los senos:

—Todo está saliendo muy bien. Tengo buena suerte, muy buena suerte.

Se estiró para besarlo en la boca; su cara estremecida vibró un momento junto a la de Benteley.

—Será fantástico cuando estemos aquí trabajando todos juntos —dijo al fin dejándose caer en el sofá con un suspiro.

Benteley no dijo nada.

Al cabo de un momento Eleanor se apartó y encendió un cigarrillo. Volvió a sentarse mirándolo seriamente, con los brazos cruzados, el mentón levantado y los ojos grandes y solemnes.

—Llegarás lejos, Ted. Verrick te aprecia mucho. Yo tenía tanto miedo anoche cuando hiciste eso, cuando decías aquellas cosas… Pero a él le hizo gracia. Te respeta y piensa que hay algo en ti. Y tiene razón. Hay algo raro y fuerte dentro de ti. —Y añadió patéticamente —: Cuánto daría por poder sondearte, pero ya no puedo hacerlo; eso se acabó.

—Me pregunto si Verrick entiende realmente cómo te has sacrificado.

—Verrick tiene cosas más importantes en que pensar. Mañana regresaremos; todo será como antes, como tú querías que fuera. ¿No es maravilloso?

—Sí, por supuesto.

Eleanor dejó el cigarrillo y se inclinó para besarlo.

—¿De veras que estarás con nosotros? ¿Nos ayudarás a activar a Pellig?

Benteley asintió débilmente:

—Sí.

—Todo será perfecto entonces. —Lo miró fijamente, con ojos verdes brillantes y ávidos. Benteley sintió el aliento de ella en la cara, rápido y jadeante, levemente perfumado—. ¿Te gustan estos cuartos? ¿Te parecen grandes? ¿Tienes que traer muchas cosas?

—No muchas —dijo Benteley, sintiendo un peso que parecía colgar sobre él, un lánguido sopor—. Está muy bien.

Eleanor se apartó con un suspiro de alivio y vació la copa de un trago. Apagó la luz y regresó, reclinándose satisfecha contra él. La única luz ahora era la brasa del cigarrillo en el cenicero de cobre. El pelo y los labios le brillaban con el color de un fuego llameante. Los pezones parecían oscuramente encendidos en el crepúsculo. Al cabo de un rato, Benteley se volvió hacia ella, atraído por aquella serena luminosidad.

Permanecieron acostados sobre la ropa arrugada, satisfechos y lánguidos, con cuerpos que rezumaban calor y humedad. Eleanor alargó un brazo para fumar lo que quedaba del cigarrillo. Se lo llevó a los labios y exhaló el extraño y dulce perfume del deseo sexual satisfecho sobre la cara, los ojos, la nariz y la boca de Benteley.

—Ted —murmuró—. ¿Te ha gustado? —Se incorporó a medias, una ondulación de músculos y carne—. Sé que soy un poco… pequeña.

—Estás muy bien —dijo él vagamente.

—¿No hay nadie que recuerdes con la que habría sido mejor? —No hubo respuesta, y ella continuó—: Quiero decir: tal vez no lo hago tan bien, ¿no?

—No. Eres magnífica. —La voz de Benteley parecía hueca, apagada. Estaba acostado junto a ella, inerte y sin vida—. Todo está bien.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No pasa nada —dijo Benteley. Se levantó y se alejó lentamente —. Estoy un poco cansado, nada más. Ahora será mejor que me marche —concluyó secamente—. Como has dicho, mañana será un gran día.

NUEVE

Leon Cartwright estaba desayunando con Rita O'Neill y Peter Wakeman cuando el operador ípvic le informó de que habían captado una señal de la nave, una transmisión en circuito cerrado.

—Lo siento —dijo el capitán Groves, cuando se vieron cara a cara a una distancia de miles de millones de kilómetros—. Veo que ahí es de mañana. Todavía tiene puesta la vieja bata azul.

Cartwright tenía el rostro pálido y demacrado. Y la imagen era mala: la enorme distancia la deformaba y oscurecía.

—¿Dónde se encuentra exactamente? —preguntó con voz lenta y vacilante.

—A cuarenta unidades astronómicas —respondió Groves. El aspecto de Cartwright lo había impresionado, pero quizá era consecuencia de las distorsiones de la señal—. Dentro de poco nos adentraremos en el espacio ignoto. He cambiado ya las cartas de navegación oficiales por las referencias de Preston.

La nave se encontraba probablemente a mitad de camino. El Disco de Fuego —suponiendo que existiera— tenía una órbita cuyo radio vector era dos veces mayor que el de Plutón. La órbita del noveno planeta era el límite del universo explorado; más allá se extendía una inmensidad casi desconocida, de la que se sabía poco y se conjeturaba mucho. En breve, la nave pasaría entre las últimas boyas de señalización dejando atrás el universo familiar y finito.

—Hay miembros del grupo que quieren volver —dijo Groves—. Saben que estamos a punto de abandonar el universo explorado. Es la última oportunidad que tienen para saltar fuera de la nave; si no lo hacen ahora tendrán que seguir hasta el fin.

—¿Cuántos saltarían, si pudieran?

—Al menos diez.

—¿Puede seguir adelante sin ellos?

—Nos quedarían más provisiones. Konklin y Mary se quedan, el viejo carpintero Jereti también, los ópticos japoneses y el mecánico de motores de retropropulsión… Creo que lo conseguiremos.

—Déjelos saltar entonces, si no ponen en peligro la expedición.

—Antes, cuando hablamos —dijo Groves—, no tuve ocasión de felicitarlo.

La imagen deformada mostró a Cartwright incorporándose con indolencia:

—¿Felicitarme? Muy bien, gracias.

—Quisiera poder darle la mano, Leon. —Groves alargó una enorme mano negra en la pantalla del ípvic, Cartwright hizo lo mismo; parecía como si los dedos de las dos se tocaran—. Supongo que ustedes, los terráqueos, ya se habrán acostumbrado a la idea.

En la mejilla de Cartwright un músculo se retorció en un breve espasmo.

—Confieso que me cuesta creerlo. Es como una pesadilla de la que no puedo despertar.

—¿Una pesadilla? ¿Se refiere al asesino?

—Exactamente. —Cartwright torció la boca—. Dicen que ya está en camino. Estoy aquí sentado esperando a que aparezca.

Al terminar la transmisión, Groves llamó a Konklin y Mary a la cabina de control y les informó en un tono que parecía de indiferencia:

—Cartwright está de acuerdo en dejarlos saltar. Ya no son asunto nuestro. Lo anunciaré durante la cena —Les indicó un cuadrante que se había encendido—: ¿Ven esa aguja oxidada que empieza a moverse? Es la primera vez que el indicador se activa desde que construyeron la nave.

—Para mí no significa nada —dijo Konklin.

—Ese parpadeo irregular es una señal automática. Si la pasara a audio quizá la reconocieran. Nos indica que vamos a cruzar los límites del espacio explorado. Ninguna nave se ha aventurado más allá de este límite, excepto algunas expediciones científicas que llevaban a cabo pruebas abstractas.

—Cuando ocupemos el Disco —replicó Mary con los ojos muy abiertos—, habrá que eliminar ese jalón.

—No olvidemos que la expedición del 89 no encontró nada —señaló Konklin—. Y tenían toda la información que Preston dejó.

—Quizá Preston haya visto una enorme serpiente cósmica —sugirió Mary medio en broma, medio en serio—. Tal vez nos devorará, como en un cuento.

Groves la miró fríamente:

—Yo me encargaré de la navegación. Ustedes dos vayan a

supervisar la carga de la nave salvavidas, para los que van a saltar. Ustedes duermen en la bodega, ¿no es cierto?

—Sí, con todos los demás.

—Cuando la nave salvavidas se haya ido, habrá espacio de sobra; podrán elegir. La nave se vaciará casi del todo, me temo —concluyó Groves con amargura.

La bodega había servido de enfermería. Konklin y Mary habían barrido y cepillado todas las superficies. Mary había lavado las paredes y el techo y había limpiado a fondo las rejillas de ventilación.

—En realidad, no hay tantas rejillas metálicas como parece —le dijo a Konklin con optimismo, mientras vaciaba los escombros en el triturador de basura.

—Esto era el cuarto de los tripulantes.

—Si conseguimos aterrizar sin problemas podríamos instalarnos aquí; es mucho mejor que mi casa en la Tierra —Mary se desató las sandalias y se tumbó lánguidamente en el estrecho catre de hierro—. ¿Tienes un cigarrillo? Los míos se me han acabado.

Konklin le alcanzó su paquete de mala gana.

—Cuidado, es el último.

Mary encendió un cigarrillo, se reclinó en el catre, apoyó de nuevo la cabeza y cerró los ojos.

—Este sitio es tranquilo. No hay gente en los pasillos gritando.

—Demasiado tranquilo. Sólo pienso en lo que está ahí, fuera de la nave. Esa tierra de nadie que separa los sistemas. ¡Dios mío! Todo ese frío alrededor. El frío, el silencio, la muerte… o peor aún.

—No pienses esas cosas. Tenemos que mantenernos ocupados.

—Al fin y al cabo, no somos tan fanáticos como se dice. Parecía una buena idea: un décimo planeta para posibles emigrantes. Pero ahora que ya estamos en camino…

—¿Estás enfadado? —preguntó Mary, inquieta.

—Estoy furioso con todos: la mitad del grupo ha decidido abandonar. Estoy furioso porque Groves está encerrado en la cabina de control intentando encontrar una ruta basándose en las elucubraciones místicas de un desequilibrado y no en datos científicos concretos. Estoy furioso porque esta nave es una vieja cafetera a punto de estallar. Y porque hemos superado el último jalón y sólo los chiflados y los visionarios pueden llegar tan lejos.

—Y nosotros, ¿a qué categoría pertenecemos? —preguntó Mary con un hilo de voz.

—Lo sabremos muy pronto.

Mary le tomó tímidamente la mano.

—Aunque no consigamos llegar, esto será realmente estupendo.

—¿Esto? ¿Una celda pequeña? ¿Una celda monástica?

—Me parece que sí. —Ella lo miró seriamente—. Es lo que yo quería: había soñado esto antes. Cuando deambulaba de un lugar a otro, de una persona a otra. No quería ser una chica de cama…, pero no sabía realmente qué estaba buscando. Ahora creo que lo he encontrado. Quizá no debería decírtelo: te pondrías furioso otra vez. Tengo un amuleto para atraerte. Janet Sibley me ayudó a prepararlo; es una experta. Deseaba que me quisieras mucho.

Konklin sonrió y se inclinó para besarla.

De pronto, en silencio, Mary desapareció. Una cortina de llamas blancas y deslumbrantes rodeó a Konklin; no había más que ese fuego glacial que lo envolvía todo, un universo incandescente que devoraba todas las formas y los seres, y que no dejaba nada detrás excepto esa gran llamarada.

Konklin retrocedió, tropezó y se hundió en el turbulento océano de luz. Lloró, gimió e imploró. En vano trató de escapar, de encontrar algo a que aferrarse, a que sujetarse. Pero no había otra cosa que esa infinita extensión de deslumbrante fosforescencia.

Y fue entonces cuando la voz irrumpió.

Brotó de las profundidades de su propio cuerpo y subió a la superficie como un vasto torrente. La fuerza de la erupción lo aturdió. Se desplomó otra vez, balbuceó y se acurrucó como un feto, aterrado y desamparado, convertido en un protoplasma inerte. La voz retumbaba dentro de él y alrededor era un mundo de fuego y sonido que lo consumió por completo. De él quedó una ruina quemada, un despojo arrugado y chamuscado, expulsado por el infierno desencadenado de la energía vital.

—*Nave terrestre* —decía la voz—. *¿Adónde vais? ¿Qué hacéis aquí?*

El sonido penetró en Konklin como un taladro, mientras yacía en el turbulento océano de luz espumosa. La voz iba y venía, como las llamas, una vibrante masa de energía en bruto que lo azotaba incesantemente, por dentro y por fuera.

—*Habéis dejado atrás vuestro sistema.* —La voz resonó en el cerebro aplastado de Konklin—. *Estáis fuera. ¿Lo entendéis? Éste es el espacio intermedio, el vacío entre vuestro sistema y el mío. ¿Para qué habéis venido tan lejos? ¿Qué estáis buscando?*

En la cabina de control, Groves luchaba desesperado contra la corriente furiosa que le invadía el cuerpo y la mente. Tropezó y se

desplomó sobre el tablero de navegación. Las cartas y los instrumentos cayeron y bailaron alrededor, en una parábola de chispas de fuego. La voz continuaba, despiadada, arrogante, altanera.

—*¡Frágiles terrícolas, que os habéis aventurado hasta aquí, regresad a vuestro sistema! Regresad a vuestro pequeño universo ordenado, a vuestra estricta civilización. ¡Apartaos de las regiones desconocidas, apartaos de las tinieblas y de los monstruos!*

Groves alcanzó la esclusa, tambaleándose. Trepó débilmente hasta que consiguió llegar al pasillo. La voz resonó de nuevo con una energía inaudita que lo proyectó contra el casco maltrecho de la nave.

—*Presumo que buscáis el décimo planeta de vuestro sistema, el legendario Disco de Fuego. ¿Para qué lo buscáis? ¿Qué pretendéis?*

Groves chilló aterrorizado. Ahora entendía: eran *Las Voces* que Preston había profetizado en el libro. Sintió de pronto una esperanza desesperada. *Las Voces que conducían*… Abrió la boca para decir algo, pero el estruendo retumbó otra vez, interrumpiéndolo.

—*El Disco de Fuego es nuestro mundo. Lo hemos transportado a través del espacio hasta este sistema. Aquí lo hemos puesto en marcha, en una órbita eterna alrededor de vuestro sol. No tenéis ningún derecho sobre él. ¿Qué os proponéis? Quisiéramos saberlo*.

Durante un instante vertiginoso y fugaz, Groves proyectó mentalmente una respuesta, pensando en todas las esperanzas, los planes, las necesidades y los anhelos insaciables de la raza humana…

—*Quizá* —respondió la voz— *tendremos en cuenta y analizaremos vuestros pensamientos verbalizados… y vuestros impulsos submarginales. Tenemos que ser prudentes. Si quisiéramos, podríamos incinerar vuestra nave…* —Tras una pausa, la voz continuó, pensativa—: *Aunque todavía no, por ahora no. Nos tomaremos nuestro tiempo.*

Groves encontró la cabina de transmisión ípvic. Se abalanzó sobre el transmisor: una forma vaga que danzaba en los bordes del fuego blanco. Pulsó el botón de encendido: los circuitos cerrados se activaron automáticamente.

—Cartwright —dijo jadeando.

La señal transmisora, captada primero por Plutón, y luego por Urano y los otros planetas, llegó finalmente al repetidor del Directorio en Batavia.

—*El Disco de Fuego ha sido transportado a vuestro sistema por una razón* —prosiguió la gran voz. Hizo una pausa como si consultara con unos compañeros invisibles—. *El contacto entre nuestras dos razas podría llevarnos a un nivel más elevado de integración cultural* —continuó —. *Pero debemos…*

Groves se inclinó sobre el transmisor. La imagen era demasiado remota. Se había quemado los ojos y no alcanzaba a verla. Anhelaba fervorosamente que la señal llegara a Cartwright, que viera lo que él veía, oyera la voz imponente y comprendiera las palabras atroces y a la vez esperanzadoras.

—*Queremos observaros* —continuó la voz—. *No tomamos decisiones precipitadas. Cuando vuestra nave se acerque al Disco de Fuego, entonces decidiremos. Decidiremos si la destruimos o si os conducimos a la seguridad del Disco de Fuego, al cumplimiento feliz de vuestra expedición.*

Reese Verrick accedió a la llamada de urgencia del técnico ípvic.

—Escuche —le dijo a Herb Moore—. Han interceptado la nave de Cartwright. Una señal ha llegado a Batavia. Parece un asunto importante.

Sentados delante del videotransmisor que los técnicos habían instalado en Farben, Verrick y Moore observaban atónitos la escena. Un diminuto Groves, envuelto en un océano de llamas lancinantes, era azotado como un insecto indefenso. Desde el altavoz de encima de la pantalla y distorsionada por millones de kilómetros de distancia, la voz imponente tronaba:

—*… os advertimos. Si no dejáis que guiemos amistosamente vuestra nave, si tratáis de navegar por vuestra cuenta, entonces no garantizamos…*

—¿Qué es eso? —carraspeó Verrick, pálido y estupefacto—. ¿Un montaje? ¿Saben que los estamos espiando? —Se estremeció: ¿O es realmente…?

—Cállese —dijo Moore con voz ronca, mirando alrededor—. ¿Lo han grabado todo?

Verrick asintió, con la mandíbula caída.

—Señor, ¿en qué lío nos hemos metido? Hay leyendas y rumores de seres fabulosos que viven allí… Nunca hubiese imaginado que fuera cierto.

Moore examinó las grabaciones y luego preguntó bruscamente:

—¿Piensa que se trata de una aparición sobrenatural?

—No, de otra civilización —Verrick temblaba, asombrado y asustado—. Es increíble. Hemos entrado en contacto con otra raza.

—Increíble, usted lo ha dicho —dijo Moore cortante. Apenas terminó la transmisión y la pantalla calló ennegreciéndose, juntó las grabaciones y fue a toda prisa a la Biblioteca de Información Pública. En menos de una hora el análisis fue expedido de vuelta desde el Centro de Investigación de Ginebra. Moore recuperó el informe y se lo

llevó a Verrick.

—Aquí tiene, mire —arrojó el informe sobre el escritorio de Verrick—. Se están burlando de alguien, pero no sé muy bien de quién.

Verrick lo miró perplejo:

—¿Qué es esto? ¿Qué dicen? Esa voz…

—Es la voz de John Preston —sentenció Moore con una expresión extraña—. En una ocasión Preston grabó algunos párrafos de esa obra que él escribió, *El Unicornio*. La Biblioteca conserva esas grabaciones junto con algunas imágenes de vídeo y la comparación no deja lugar a dudas.

Verrick se quedó con la boca abierta.

—No entiendo, explíquese.

—John Preston está allí. Ha estado esperando la llegada de la nave y ahora ha entrado en contacto con ellos. Los guiará hasta el Disco.

—¡Pero Preston murió hace ciento cincuenta años!

Moore soltó una carcajada nerviosa:

—No se deje engañar. Ordene abrir inmediatamente esa cripta y se dará cuenta. *John Preston sigue vivo.*

DIEZ

El robot MacMillan se movía lánguidamente por el pasillo recogiendo los billetes. El casco plateado de la esbelta aeronave intercontinental reverberaba bajo el sol de verano. Abajo se extendía la inmensidad azulada del océano Pacífico, una superficie infinita de luz y color.

—Es realmente hermoso —dijo el joven de pelo pajizo a la joven sentada junto a él—. Me refiero al océano. El modo en que se confunde con el cielo. La Tierra es el planeta más hermoso del sistema.

La joven se quitó sus telegafas y la luz natural la encandiló. Como saliendo de un sueño, miró por la ventana:

—Sí, es hermoso —admitió con timidez.

Era muy joven, de no más de dieciocho años. Tenía los pechos pequeños y erguidos; la cabellera ondulada y corta era como un halo de color anaranjado —la última moda— alrededor del cuello delgado y las delicadas facciones. Enrojeció y rápidamente volvió a ponerse las telegafas.

A su lado, el joven inofensivo de ojos claros sacó un paquete de cigarrillos, tomó uno, y luego le ofreció el paquete envuelto en un estuche de oro.

—Gracias —dijo ella nerviosamente. Sujetó un cigarrillo con sus dedos de uñas carmesíes—. Gracias —repitió, cuando el joven le alcanzó un encendedor de oro.

—¿Adónde va? —preguntó él.

—A Pekín. Trabajo para la Colina Soong. Bueno, en realidad he recibido una carta convocándome a una entrevista —Hurgó en su bolso diminuto—. Me parece que la tengo por aquí en alguna parte. Quizá pueda echarle un vistazo y decirme de qué se trata. No entiendo nada de esa jerga legal —y enseguida agregó—: Claro que, en Batavia, Walter podrá…

—¿Es usted una clasificada?

La chica enrojeció aún más.

—Sí, clase 11-76. Sé que no es una posición muy elevada, pero no

me va mal. —Se sacudió las cenizas esparcidas sobre el chal de seda bordado y el seno derecho—. Obtuve mi clasificación el mes pasado. —Vaciló un momento y luego preguntó—: ¿Y usted? Sé que algunas personas son muy susceptibles, sobre todo las que no tienen…

El joven se señaló la manga:

—Clase 56-3.

—Parece usted tan… cínico.

El joven esbozó una sonrisa neutra.

—Quizá lo soy —Miró amablemente a la chica—. ¿Usted cómo se llama?

—Margaret Lloyd —respondió ella bajando los ojos con timidez.

—Soy Keith Pellig —dijo él con una voz aún más fina y seca que antes.

La chica reflexionó un momento.

—¿Keith Pellig? —La frente lisa se le arrugó de un modo poco natural—. Creo haber oído ese nombre, ¿es posible?

—Es posible —dijo el joven con una pizca de ironía—. Pero no tiene importancia. No se preocupe.

—Me molesta no recordar las cosas —Ahora que sabía el nombre del joven podía hablar abiertamente—. Nunca habría obtenido mi clasificación, pero vivo con alguien muy importante. Está esperándome en Batavia. —En la cara inocente había una mezcla de orgullo y modestia—. Walter me arregló las cosas. Sin él nunca lo hubiera conseguido.

—Me parece muy bien —dijo Keith Pellig.

El robot MacMillan se detuvo ante ellos y extendió una garra metálica. Margaret Lloyd le entregó rápidamente su billete y Pellig hizo lo mismo.

—Hola, hermano —le dijo Pellig crípticamente mientras el robot le marcaba el billete.

Cuando el robot MacMillan se fue, Mary Lloyd dijo:

—Y usted, ¿adónde va?

—A Batavia.

—¿Negocios?

—En cierto modo —respondió Pellig con una sonrisa inexpresiva —. Quizá después de pasar allí una temporada empezaré a considerarlo un viaje de placer. Mi humor cambia.

—Habla usted de una manera tan extraña… —dijo la chica, desconcertada, pensando que los hombres mayores que ella eran realmente complicados.

—Soy un hombre extraño. A veces apenas me doy cuenta de lo que

haré o diré un minuto después. A veces me veo como un desconocido: lo que hago me sorprende y no consigo entender por qué lo hago. —Pellig apagó el cigarrillo y encendió otro; la sonrisa irónica se le había trocado en una expresión sombría y turbada. Estuvo callado un rato y al fin borbotó unas palabras, dolorosamente—: Qué maravillosa es la vida, si uno no se debilita.

—¿Y eso qué significa? No lo había oído antes.

—Es una frase sacada de un viejo manuscrito —Pellig escudriñó por encima de ella la ancha ventana y el océano debajo—. Pronto llegaremos. Suba conmigo al bar, la invito a tomar una copa.

Margaret Lloyd temblaba de miedo y excitación.

—¿Cree usted que eso sería correcto? —Se sentía terriblemente halagada—. Quiero decir que, como estoy viviendo con Walter y…

—No se preocupe —dijo Pellig mientras se levantaba e iba morosamente hacia la puerta con las manos hundidas en los bolsillos —. Es más, la invitaré a dos copas. Suponiendo que yo todavía sepa quién es usted cuando estemos arriba.

Peter Wakeman se tomó de un trago el jugo de tomate, tuvo un escalofrío, y le pasó el informe a Cartwright por encima de la mesa del desayuno.

—Es realmente Preston. No se trata de un ser sobrenatural de otro sistema.

Los dedos toscos de Cartwright jugueteaban involuntariamente con una taza de café.

—No puedo creerlo.

Rita O'Neill le tocó el brazo.

—Es tal como lo explicó en el libro. Quería quedarse allí para guiarnos. Las Voces.

Wakeman parecía preocupado.

—Hay algo más que me intriga. Pocos minutos antes de nuestra llamada a la Biblioteca de Información, habían recibido otra llamada solicitando el mismo informe.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Cartwright con un sobresalto.

—No lo sé. Cuentan que recibieron unas cintas de audio y video que en principio eran idénticas a las nuestras. Pero ignoran de dónde venían.

—¿Eso es todo lo que puede decirnos? —preguntó Rita O'Neill, inquieta.

—Antes que nada, creo que saben perfectamente quién les ha

pedido el informe. Pero no quieren decirlo. He pensado en mandar algunos telépatas para que sondeen a los oficiales que recibieron las cintas.

Cartwright hizo un gesto de impaciencia:

—Olvídelo. Tenemos cosas más importantes en qué pensar. ¿Hay noticias de Pellig?

Wakeman parecía sorprendido.

—Se supone que ha abandonado la Colina Farben.

Cartwright torció la cara.

—¿No han podido entrar en contacto?

Rita puso una mano sobre la de Cartwright.

—Lo harán cuando entre en la zona protegida. Aún está fuera.

—¡Por el amor de Dios! ¿No pueden salir a buscarlo? ¿Van a quedarse aquí sentados esperando a que llegue? —Cartwright meneó la cabeza—. Lo siento, Wakeman. Ya sé que hemos hablado de esto miles de veces.

Wakeman estaba molesto, pero no tanto por él como por Leon Cartwright. En los últimos días, desde que era Gran Presentador, había habido en él un cambio corrosivo. Estaba allí sentado, jugueteando nerviosamente con la taza de café, un hombre encorvado, envejecido y muy asustado. La fatiga le había oscurecido y arrugado la cara; el miedo le ensombrecía los ojos azules. Una y otra vez parecía como si fuera a decir algo, pero terminaba siempre cayendo en una nube de silencio.

—Cartwright —dijo Wakeman suavemente—. No tiene usted buena cara.

Cartwright le echó una mirada de furia.

—Un hombre está a punto de llegar para matarme, en público, a plena luz del día, y con el beneplácito del sistema. El mundo entero tiene los ojos pegados al televisor, esperando el resultado, alentando al asesino, aplaudiéndolo. El campeón de este… deporte nacional. ¿Cómo diablos quiere que me sienta?

—No es más que un hombre —dijo Wakeman con calma—. No tiene más poder que usted. En cambio, usted cuenta con la protección de las Brigadas y con todos los recursos del Directorio.

—Pero después de él vendrá otro, y otro, y miles más. Una corriente interminable.

—Todos los Presentadores han tenido un problema parecido —dijo Wakeman alzando una ceja—. Pensé que sólo le interesaba seguir con vida hasta que la nave estuviera a salvo.

El rostro gris y exhausto de Cartwright era una respuesta

suficiente.

—Quiero seguir vivo. ¿Le parece mal? —Cartwright se levantó, intentando que no le temblaran las manos—. Pero tiene usted razón —Esbozó una sonrisa tímida, como disculpándose—. Intente ponerse en mi lugar. Usted se ha ocupado de esos asesinos toda su vida. Para mí es algo nuevo: hasta hoy yo era una entidad trivial, anónima, un completo desconocido. Ahora estoy encadenado aquí bajo un reflector de diez mil millones de vatios… Soy el blanco perfecto… —Levantó la voz—. ¡Y quieren matarme! ¡Santo cielo! ¿Qué es esa estrategia de ustedes? ¿Qué piensan hacer?

Está aterrado, da lástima, pensó Wakeman. La nave le importa un comino. Sin embargo, vino hasta aquí para eso.

A la mente de Wakeman llegaron los pensamientos de Shaeffer desde una oficina en otro bloque del Directorio. Shaeffer era el nexo entre Wakeman y las Brigadas.

—Es el momento de llevarlo. Aunque no creo que Pellig esté muy cerca. Pero teniendo en cuenta el apoyo de Verrick es posible un amplio margen de error.

—Exactamente —pensó Wakeman de vuelta—. En otras circunstancias Cartwright hubiese perdido la razón al enterarse de que Preston estaba vivo, pero ahora apenas le ha hecho caso. Y quizá piensa que la nave ha llegado a destino.

—¿Y usted supone que hay un Disco de Fuego?

—Claro que sí. Pero eso no nos interesa. —Secamente, Wakeman pensó—: Y, según parece, a Cartwright tampoco le interesa demasiado. Ha conseguido convertirse en el Gran Presentador con el único propósito de que la nave llegue al Disco de Fuego. Pero ahora que se enfrenta a la situación, lo ve todo como una trampa mortal.

Wakeman se volvió hacia Cartwright y le habló en voz alta.

—Bueno, Leon… Prepárese: vamos a sacarlo de aquí. Tenemos tiempo de sobra. Aún no hay informes sobre Pellig.

Cartwright parpadeó y lo miró con desconfianza.

—¿Adónde? Pensaba que la cámara protectora de Verrick resolvía…

—Verrick supone que se esconderá allí: será el primer lugar donde irán a buscarlo. Vamos a sacarlo de la Tierra. Las Brigadas han preparado un retiro en la Luna. Está registrado como un balneario convencional para tratamientos psicopáticos. Pero, en realidad, es algo mucho más complejo que las instalaciones de Verrick aquí en Batavia. Cuando las Brigadas se encarguen de Pellig, usted estará a 385.000 kilómetros.

Cartwright no supo qué decir y miró a Rita O'Neill.

—¿Qué hago? ¿Voy?

—Aquí, en Batavia —dijo Wakeman—, aterrizan cien naves cada hora. Miles de personas se desplazan entre las islas; estamos en el lugar más poblado del universo. ¡El centro funcional del sistema de los Nueve Planetas! Pero en la Luna un ser humano no puede pasar inadvertido. Nuestro balneario está alejado de los demás; hemos comprado un terreno en una zona poco apreciada. Alrededor de usted habrá miles de kilómetros de espacio yermo y sin aire. Si Pellig consigue seguirle la pista hasta la Luna y llega andando con esa voluminosa escafandra Farley, un contador Geiger, un radar cónico, una carabina y un casco, pienso que lo descubriremos.

Wakeman pretendía hacerse el gracioso, pero a Cartwright no le hizo ninguna gracia.

—Dicho en otras palabras, aquí no saben cómo protegerme.

—En la Luna estará mejor —Wakeman suspiró—. Se está bien allí. Lo hemos arreglado todo de una manera muy agradable. Podrá nadar, jugar a lo que quiera, tomar baños de sol, descansar e incluso dormir. Podríamos ponerlo en animación suspendida hasta que las cosas se calmen.

—Podría no despertarme nunca —replicó Cartwright.

Era como hablarle a un niño. Aterrado e indefenso, el anciano ya no razonaba. Había caído en una regresión talámica, arcaica e infantil. Wakeman deseaba de todo corazón que fuera bastante tarde como para tomar una copa. Se levantó y miró su reloj. Trató de hablar en un tono paciente pero firme.

—La señorita O'Neill lo acompañará. Yo también iré. Podrá regresar a la Tierra cuando se le ocurra. Pero le sugiero que vea primero nuestras instalaciones antes de tomar una decisión.

Cartwright vacilaba, torturado por la duda:

—¿Está seguro de que Verrick no sabe nada?

—Mejor dígale que estamos seguros —Los pensamientos de Shaeffer volvieron a entrar en Wakeman—. Necesita seguridades; no vale la pena atormentarlo con estadísticas en un momento así.

—Estamos muy seguros —dijo Wakeman en voz alta, mintiendo descaradamente.

Respondió en silencio a Shaeffer:

—Espero que no nos equivoquemos. Verrick probablemente está enterado. Pero no importa; si todo sale bien, Pellig no saldrá nunca de Batavia.

—¿Y si lo consigue? —rebotó tercamente el pensamiento de

Shaeffer.

—Es imposible. Estamos aquí para impedírselo. No quiero preocuparme, pero preferiría que las Colinas de Verrick no fueran dueñas de los terrenos alrededor del balneario.

El decorado del bar de la aeronave era de un cromado brillante y ostentoso. Keith Pellig esperó a que Margaret Lloyd se sentara torpemente en una de las mullidas sillas tapizadas, delante de una mesa de plástico sin patas sobre la que cruzó las manos nerviosas; luego Pellig se sentó enfrente.

—¿Qué pasa? —preguntó Margaret—. ¿Ocurre algo?

—No. —Malhumorado, Pellig examinaba el menú—. ¿Qué quiere tomar? Decida pronto, casi hemos llegado.

La señorita Lloyd enmudeció y se le enrojecieron las mejillas. El hombre parecía cada vez más lúgubre y sombrío. De pronto Margaret tuvo que reprimir el impulso de levantarse y correr escaleras abajo. Era un tipo desagradable e insolente… Pero pensando que era ella quien se había equivocado, dejó de sentirse ofendida y de pronto tuvo miedo.

—¿A qué Colina pertenece? —preguntó con timidez.

No hubo respuesta.

El robot MacMillan se acercó en silencio.

—¿Desea algo, dama o caballero?

Dentro del cuerpo de Pellig, Ted Benteley tenía unos pensamientos tumultuosos. Pidió un bourbon con agua para él y un Tom Collins para Margaret Lloyd. Apenas miró los dos vasos que el robot deslizó ante ellos; pagó automáticamente y empezó a beber.

La señorita Lloyd balbuceaba unas pueriles tonterías. Le brillaban los ojos y los dientes, y su cabellera naranja resplandecía como la llama de una vela. Pero al hombre sentado frente a ella no le interesaban estos encantos. Benteley dejó que los dedos de Pellig posaran de nuevo sobre la mesa el bourbon y el agua. Jugueteó con el vaso, pensativo.

En aquel preciso instante, el mecanismo cambió de circuito. En silencio, instantáneamente, se encontró de regreso en los laboratorios Farben.

El shock fue terrible. Cerró los ojos y quedó colgado del anillo de metal que le ceñía el cuerpo, una combinación de soporte y dispositivo de dirección. Frente a él, en la pantalla ípvic, se proyectaba la escena que acababa de dejar. El cuerpo emitía un haz de

microondas que se reflejaban alrededor y eran captadas por los canales de control ípvic y retransmitidas como imágenes a los laboratorios de la Colina Farben. Una Margaret Lloyd en miniatura estaba sentada frente a un diminuto Keith Pellig, en un salón microscópico. El sistema de audio reproducía la vocecita imperceptible de la señorita Lloyd.

—¿Quién está dentro? —preguntó Benteley con la voz quebrada.

Herb Moore lo empujó hacia atrás cuando vio que intentaba salir del anillo protector:

—¡No se mueva! A menos que quiera que la mente se le parta en dos, y que una mitad se quede allí y la otra aquí.

—Acabo de salir. Pasará un rato hasta que me toque de nuevo.

—No es así, podría ser el próximo. Quédese ahí sentado. Espere a que le desactiven el sistema central y lo saquen del circuito.

Un botón rojo, el tercero desde arriba y cuarto a la izquierda, se encendió de repente. En la pantalla el nuevo operador ya estaba trabajando; no había pasado ni un segundo. Benteley notó que en el momento del shock había derramado el vaso de bourbon.

La señorita Lloyd calló un momento.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó al fin al cuerpo de Pellig—. Parece un poco pálido.

—Estoy perfectamente —murmuró el cuerpo de Pellig.

—Qué bien lo hace —le dijo Moore a Benteley—. Es ese amigo de usted, Al Davis.

Benteley memorizó la posición del botón rojo.

—¿Cuál es el botón de usted?

Moore pasó por alto la pregunta.

—El contacto enciende el indicador una fracción de segundo antes de que la traslación sea efectiva. Si mantiene los ojos abiertos, sabrá cuándo le toca, de lo contrario corre el riesgo de encontrarse debajo de una palmera frente a una banda de telépatas armados hasta los dientes.

—O quizá muerto —dijo Benteley—. En este juego de las sillas, ¿quién será el que se quede de pie?

—El cuerpo no será destruido. Llegará hasta Cartwright y lo matará.

—En ese laboratorio de usted ya están construyendo un segundo androide —objetó Benteley—. Cuando Pellig sea destruido, este otro estará listo para ser elegido por la Convención.

—Suponiendo que algo salga mal, el operador será eyectado de regreso antes que el cuerpo muera. Las posibilidades de que esté en el

cuerpo en ese preciso instante son de una sobre veinticuatro. Hay, además, un cuarenta por ciento de posibilidades de que el cuerpo sea destruido.

—¿Y usted será parte del equipo?

—Igual que usted.

Moore se volvió inquieto hacia la salida del cubículo, y Benteley le preguntó:

—¿Qué ocurre con mi cuerpo cuando estoy dentro de Pellig?

—La traslación activa todas estas máquinas. —Moore señaló los equipos de la sala de metal—. Todo esto mantiene el cuerpo funcionando: aire, presión sanguínea, ritmo cardíaco, eliminación de restos, agua, alimentación…, todo.

La puerta se cerró. Benteley se quedó solo en el cubículo atiborrado de máquinas.

En la pantalla, Al Davis le ofrecía otra copa a Margaret Lloyd. No tenían mucho que decirse: el sistema de audio transmitía un murmullo confuso de voces y un tintineo de vasos. Benteley escudriñó el paisaje a través de la ventanilla de la aeronave y se le encogió el corazón. La aeronave se acercaba al tentacular imperio de Indonesia, el conglomerado más densamente poblado en el sistema de los Nueve Planetas.

No era difícil imaginar a los telépatas descifrando los mecanismos de la red interceptora. Una visión del primer contacto: un telépata que deambulaba por la zona de aterrizaje, o que golpeaba una máquina de escribir como un funcionario menor en la oficina de los billetes. Una mujer telépata confundida entre el montón de chicas de cama que aguardaba la llegada de las aeronaves. O incluso un niño telépata, que era llevado a rastras por los padres. O un viejo terrible, veterano de alguna guerra, agazapado en las sombras, con una manta sobre las rodillas.

Podía ser cualquiera, en cualquier lugar. Podía ser un pintalabios, un pastel, un espejo de bolsillo, un periódico, una moneda, un pañuelo… La variedad de las armas modernas de alta calidad era infinita.

En la pantalla, los pasajeros, nerviosos, comenzaban a levantarse de sus asientos y se preparaban para el aterrizaje. Hubo un momento de tensión antes de que la aeronave se posara en la pista, seguido por un suspiro de alivio cuando se apagaron los reactores y se abrieron las esclusas de aterrizaje.

Keith Pellig se levantó con torpeza, gesticulando vagamente hacia Margaret Lloyd. Ambos se confundieron con la gente que descendía

por las rampas. Davis estaba haciéndolo bien: Pellig tropezó una vez, pero eso fue todo. Benteley miró nerviosamente los edificios geométricos de Batavia. La pista de aterrizaje se comunicaba directamente con los jardines del Directorio; una flecha de color indicaba la posición de Pellig; pero nada indicaba la posición de los telépatas. No fue difícil para Benteley calcular el momento del primer contacto entre Pellig el androide y la red de telépatas: era cuestión de minutos.

Wakeman dio la orden de sacar el cohete C-plus del garaje subterráneo. Se sirvió un whisky, se lo tomó de un trago, y se comunicó con Shaeffer:

—Dentro de media hora Batavia se convertirá en un *cul-de-sac* para Pellig. Un anzuelo, pero sin carnada.

La respuesta de Shaeffer llegó de prisa:

—Acabamos de recibir un informe. Pellig ha embarcado en una intercon en vuelo directo de Bremen a Java.

—¿Se conoce el nombre de la astronave?

—No, compró un billete abierto. Pero suponemos que ya está en camino.

Wakeman corrió escaleras arriba hacia las habitaciones de Cartwright, que preparaba sus maletas de mala gana, ayudado por dos robots MacMillan y Rita O'Neill. Rita estaba pálida y tensa, aunque serena. Examinaba unas cintas con la ayuda de un escáner de alta velocidad, apartando las más importantes.

Wakeman le sonrió al verla tan esbelta, ágil y eficaz, con un amuleto de pata de gato oscilando entre los pechos mientras trabajaba.

—Consérvelo —le dijo señalando la pata de gato.

Rita alzó los ojos.

—¿Hay alguna novedad?

—Pellig aparecerá en cualquier momento. Hay un tráfico incesante de aeronaves; tenemos a alguien controlando las llegadas. Nuestra nave casi está lista. ¿Quiere que lo ayude con las maletas?

Cartwright se reanimó.

—Mire, yo no quisiera que me atraparan en el espacio. Yo… no… no quiero.

A Wakeman lo asombraron estas palabras y los pensamientos que se escondían detrás. Un pavor desnudo, insondable y primario se había apoderado de la mente del viejo.

—No nos atraparán en el espacio —dijo Wakeman rápidamente; no había tiempo para fruslerías—. La nave es el prototipo experimental C-plus. Llegaremos a destino en un instante. Nada puede detener a una C-plus una vez que ha despegado.

Los labios grises de Cartwright se torcieron en una mueca.

—¿Piensa que es una buena idea dividir a las Brigadas? Ha dicho que algunos se quedarán aquí y otros vendrán con nosotros. Sé muy bien que no podrá interceptarlos desde semejante distancia. ¿No sería…?

—¡Santo cielo! —exclamó Rita enfadada—. Deja de comportarte de esta manera. No es tu estilo.

Cartwright gruñó entre dientes y se puso a toquetear una pila de camisas.

—Haré lo que usted diga, Wakeman. Confío plenamente en usted.

Siguió preparando con torpeza una maleta, pero en su mente devorada por el terror, las fibras de un miedo atávico y vehemente se multiplicaban y crecían. Tenía ganas de correr y encerrarse en el hermético refugio que Verrick había construido. Ese pánico primitivo, ese deseo frenético de regresar al vientre materno, estremeció a Wakeman, que se volvió hacia Rita O'Neill.

Pero un nuevo shock acechaba. Una fina columna de odio glacial emanó de la mente de Rita y lo alcanzó directamente. De inmediato se puso a analizarla, asombrado por esa emoción repentina: nunca antes la había detectado.

Rita advirtió la expresión de Wakeman y pensó en otra cosa. Había adivinado enseguida que Wakeman estaba sondeándola; ahora pensaba en lo que estaba oyendo a través de los auriculares.

Se los pasó a Wakeman, que oyó confundido una furiosa mezcla de voces, discursos, conferencias, fragmentos de libros escritos por Preston, discusiones, comentarios…

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasa?

Rita no dijo nada, pero se mordió los labios hasta que se le pusieron blancos. De pronto dio media vuelta y salió de la habitación.

—Yo puedo decírselo —dijo Cartwright cerrando una maleta abultada—. Ella lo culpa a usted por todo esto.

—¿Por qué?

Cartwright sujetó las dos maletas viejas y gastadas y fue lentamente hacia la puerta.

—Rita es sobrina mía, ¿sabe? Siempre me ha visto actuar con autoridad, dando órdenes, haciendo planes. Y ahora estoy metido en algo que no entiendo. —La voz se le apagó en un murmullo

entrecortado—. Situaciones que no puedo dominar. Tengo que dejarlo todo en manos de usted. —Se hizo a un lado para que Wakeman abriera la puerta—. Supongo que he cambiado mucho desde que estoy aquí y ella cree que usted es el responsable.

—Oh —exclamó Wakeman.

Caminó detrás de Cartwright sabiendo dos cosas: que no entendía a la gente tan bien como había pensado hasta entonces, y que Cartwright había decidido actuar según las indicaciones de las Brigadas.

La nave C-plus estaba ya lista en la plataforma de emergencia, en el centro del edificio principal. Apenas Cartwright, su sobrina y la gente de las Brigadas estuvieron dentro de la nave, las compuertas se deslizaron juntándose, encerrando a todos herméticamente. El techo del edificio se abrió, dejando entrar el sol resplandeciente del mediodía.

—Es una nave pequeña —observó Cartwright. Estaba pálido y le temblaban las manos cuando se abrochó el cinturón de seguridad—. Diseño interesante.

Wakeman abrochó rápidamente el cinturón de Rita y después hizo lo mismo con el suyo. Rita no le dijo nada; el muro de hostilidad parecía haberse derrumbado en parte.

—Es posible que durante el vuelo perdamos el conocimiento. La nave es completamente automática.

Wakeman se acomodó en el asiento y envió mentalmente una señal al complejo y sensible mecanismo debajo de ellos. Los repetidores respondieron, la maquinaria se puso en marcha, y los poderosos reactores rugieron y chillaron.

Como la nave respondía a lo que él pensaba, Wakeman la imaginó como una vasta extensión de sí mismo, en superficies y dispositivos de acero y plástico. Se dejó llevar, y se abandonó a las vibraciones leves y regulares del mecanismo de retropropulsión, que estaba calentándose. Era una máquina hermosa: el primer modelo de fábrica.

—Usted sabe lo que siento —dijo bruscamente Rita O'Neill, rompiendo aquel momentáneo embeleso—. Ha estado sondeándome.

—Sé lo que sentía, pero me parece que ahora ha cambiado.

—Quizá no, no lo sé. Es irracional echarle la culpa a usted. Sé que hace lo que puede.

—Se me ocurre —dijo Wakeman— que he hecho lo correcto, y que no perderé la cabeza. —Hizo una pausa—. La nave está a punto de despegar.

Cartwright asintió:

—Estoy preparado.

—¿Alguna señal? —pensó Wakeman para Shaeffer.

—Una nueva aeronave de línea está acercándose. Dentro de poco entrará en una zona donde podremos sondearla.

Pellig llegaría a Batavia: eso era indiscutible. Y también que iría inmediatamente tras las huellas de Cartwright. La cuestión era detectar y dar muerte a Pellig. Aunque si escapaba de la red de telépatas, quizá consiguiera localizar el balneario lunar. Y si lo localizaba…

—No hay ninguna protección en la Luna —pensó Wakeman para Shaeffer—; llevándolo allí renunciamos a cualquier defensa efectiva.

—Correcto —asintió Shaeffer—; pero creo que atraparemos a Pellig aquí, en Batavia. Una vez que entremos en contacto, todo resuelto.

Wakeman se decidió:

—Muy bien. Corramos el riesgo; las probabilidades son bastante favorables.

Envió la señal y la nave se preparó para despegar. Unos soportes automáticos apuntaron la proa hacia el destino previsto: un ojo pálido y muerto, apenas visible en el cielo del mediodía. Wakeman cerró los ojos y se acomodó en el asiento.

La nave se movió. Primero se oyó el rugido de las turbinas; poco después el formidable estallido de energía del cohete C-plus.

Por un momento la nave brilló al sol y se mantuvo suspendida sobre los edificios del Directorio; luego el C-plus se activó y en un instante el aparato se desprendió de la superficie a una velocidad cegadora que hundió a sus ocupantes en tinieblas de inconsciencia.

Desde la oscuridad que envolvía lentamente a Peter Wakeman, alcanzó a sentir una vaga oleada de satisfacción. Keith Pellig no encontraría nada en Batavia, aparte de su propia muerte. La estrategia de las Brigadas empezaba a funcionar.

En el mismo momento en que la señal mental de Wakeman lanzaba la nave al espacio, la aeronave de la línea regular aterrizaba en la pista y abría las compuertas.

Perdido entre un grupo de ejecutivos y funcionarios, Keith Pellig bajó por la rampa metálica y salió a la luz del sol. Parpadeando y escudriñando nerviosamente los alrededores, vio por primera vez los edificios del Directorio, la corriente interminable y apresurada de gentes y tránsito, donde acechaban los telépatas.

ONCE

A las cinco y media de la mañana, la pesada aeronave aterrizó en el centro de lo que antaño había sido la ciudad de Londres. Enfrente y detrás, las esbeltas naves de transporte se posaban en silencio y descargaban escuadrones de guardias armados que rápidamente se desplegaron en abanico y se prepararon para interceptar las eventuales patrullas de la policía del Directorio.

Pocos minutos después habían rodeado el viejo y destartalado edificio que albergaba las oficinas de la Sociedad Preston.

Reese Verrick, vestido con un pesado abrigo de lana y un par de botas, descendió del aparato y siguió a un grupo de obreros por un costado del edificio. El aire era frío y mordiente y la humedad de la noche empapaba las paredes y las calles, silenciosas estructuras, grises e inanimadas.

—Éste es el sitio —le dijo el capataz a Verrick—. Éste es el viejo granero de la Sociedad. —Indicó con un ademán el patio cubierto de escombros—. Y allí está el monumento.

Verrick se adelantó y llegó al patio. Los obreros ya habían empezado a derribar el sepulcro de plástico y acero. El cubículo amarillento que contenía los restos de John Preston había sido retirado y descansaba en el cemento frío, entre la suciedad y los papeles que se habían acumulado durante meses. Dentro de la cripta translúcida, la forma reseca se había movido ligeramente hacia un lado. Un brazo entero y tubular le descansaba sobre la nariz y las gafas, ocultándole parcialmente el rostro.

—Así que éste es John Preston —dijo Verrick, con aire pensativo.

El capataz se inclinó para examinar las juntas de la cripta.

—Herméticamente cerrado, desde luego. Si lo abrimos aquí, se pulverizará.

Verrick vaciló un momento.

—Está bien —acordó de mala gana—, llévenlo todo al laboratorio. Lo abriremos allí.

Los obreros que habían entrado en el edificio reaparecieron cargados de panfletos, cintas grabadas, muebles, ropa, cartones y

material de imprenta.

—Un verdadero depósito —dijo uno de ellos al capataz—. Repleto hasta el techo. Parece que hay una pared falsa y un sótano que es una especie de sala de reuniones. Vamos a derribar la pared y entrar ahí.

Estaban en el viejo cuartel general donde la Sociedad había estado operando. Verrick deambuló por el edificio y se encontró en la oficina que daba a la calle. Los obreros se lo estaban llevando todo, dejando al desnudo las paredes manchadas de humedad, descascarilladas y sucias. Junto a la oficina había un vestíbulo amarillento. Un retrato de John Preston, cubierto de polvo y con manchas de moscas, colgaba de un gancho oxidado.

—No olviden este retrato —le dijo al capataz.

Habían derribado una parte de la pared. Un tosco pasadizo secreto corría al lado del vestíbulo. Los obreros se amontonaban alrededor y examinaban las paredes intentando detectar otras entradas ocultas.

—Sospechamos que hay una salida de emergencia —dijo el capataz a Verrick—. La estamos buscando.

Verrick se cruzó de brazos y contempló el retrato de John Preston. Preston era un hombre bajo, como la mayoría de los predicadores tramposos. Una diminuta criatura atrofiada como una hoja marchita, con orejas arrugadas y protuberantes que sostenían unas pesadas gafas de carey. Tenía el pelo gris oscuro, desordenado y mal cortado, una nariz torcida y aplastada y unos labios pequeños, casi femeninos. El mentón mal afeitado no era prominente, pero sí recio y voluntarioso. Una nuez abultada y un cuello acartonado le emergían de una camisa manchada de comida.

Fueron los ojos de Preston lo que más impresionó a Verrick: eran duros y brillantes, dos orbes acerados e intransigentes que ardían detrás de los gruesos vidrios. La mirada era feroz, como la de los antiguos profetas. Alzaba una mano encorvada, de dedos deformados por la artritis. Más que un ademán de desafío, era un gesto que *designaba* algo. Los ojos miraban ferozmente a Verrick, que se estremeció. A pesar del cristal polvoriento que cubría la foto, aquella mirada era vivaz, llameante, excitada y febril. Preston había sido un tullido con cuerpo de pájaro deforme, un sabio medio ciego y jorobado, un astrónomo, un lingüista… *¿Y qué otra cosa?*

—Hemos localizado la salida de emergencia —dijo el capataz—. Conduce a un garaje subterráneo común y corriente. Es probable que ellos entraran y salieran por allí con sus coches de superficie. Según parece, este edificio era el único centro de la Sociedad. Hay otros clubes de prestonitas por todo el planeta, pero la mayoría se reúne en

apartamentos privados y no superan los tres o cuatro miembros.

—¿Han embarcado todo? —preguntó Verrick.

—Todo está listo para el despegue: la cripta, el material que hemos encontrado en el edificio y las copias con los planos del lugar, para futura referencia.

Verrick siguió al capataz hacia la aeronave. Poco después volaban de regreso a Farben.

Herb Moore apareció inmediatamente, cuando estaban depositando el cubo amarillento sobre una mesa de trabajo en el laboratorio.

—¿Es él? —preguntó.

—Pensaba que usted estaba metido de cabeza en la operación Pellig —dijo Verrick quitándose el enorme abrigo.

Herb Moore no le hizo caso y se puso a limpiar la tapa translúcida que cubría el cadáver atrofiado de John Preston.

—Quiten esto de aquí —ordenó a los técnicos.

—Está tan viejo que si lo movemos podría hacerse polvo —objetó uno.

Moore empuñó una herramienta cortante y arremetió contra la base de la tapa.

—¡Conque polvo, eh! Seguramente esto ha sido diseñado para durar millones de años.

Endurecida por el tiempo, la tapa se partió. Moore apartó los pedazos. Una nube de aire rancio se desprendió del cubo y unos torbellinos de polvo envolvieron a Moore y a sus asistentes, que retrocedieron tosiendo y lagrimeando. Las videocámaras instaladas alrededor de la mesa chirriaron y registraron los procedimientos y los materiales.

Moore hizo un gesto de impaciencia y dos robots MacMillan levantaron el cuerpo atrofiado y lo mantuvieron suspendido en un campo magnético a la altura de los ojos. Moore le palpó la cara con una sonda puntiaguda. De pronto aferró el brazo derecho de Preston y tiró con fuerza. El brazo se desprendió sin dificultad y Moore se quedó boquiabierto con el brazo en la mano.

Era un maniquí de plástico.

—¿Se da cuenta? —gritó—. ¡Pura imitación!

Arrojó el brazo al aire, violentamente, y uno de los robots lo atrapó antes de que cayera. En el sitio del brazo había ahora un agujero. El cuerpo estaba vacío, sostenido por un entramado bastidor de costillas

metálicas.

Moore dio vueltas alrededor del cuerpo con una expresión sombría y preocupada. Lo examinó por todas partes y luego le tiró del pelo: el material sintético se desprendió dejando al descubierto un opaco hemisferio de metal. Moore arrojó la peluca a uno de los robots y se volvió de espaldas.

—Es idéntico a la foto —dijo Verrick admirado.

Moore se rió.

—¡Por supuesto! Primero fabricaron el maniquí y después lo fotografiaron. Pero tiene que parecerse a Preston como era entonces. —Parpadeó—. O quizá como es ahora.

Eleanor Stevens se apartó del grupo y se acercó con cautela al maniquí.

—¿Qué hay aquí de nuevo? Lo vuestro es mucho más audaz. Es probable que Preston, como tú, haya puesto en práctica las teorías de MacMillan. Y construyó una copia sintética de sí mismo así como tú construiste a Pellig.

—No —dijo Moore—, lo que oímos era la verdadera voz de Preston y no un artificio vocal. No hay dos voces iguales. Por más que haya modelado una copia sintética de su propio cuerpo…

—¿Te parece que sigue vivo en su propio cuerpo? —preguntó Eleanor—. ¡Eso es imposible!

Moore no respondió. Contemplaba malhumorado el maniquí de John Preston; había recogido el brazo y le estaba arrancando maquinalmente, uno a uno, los dedos artificiales. Tenía una expresión que Eleanor nunca le había visto hasta entonces.

—Mi sintético —dijo Moore débilmente— vivirá un año, y luego se estropeará y no servirá para nada.

—¡Al diablo! —refunfuñó Verrick—. Si no destruimos a Cartwright en un año, más nos vale abandonar.

—¿Estás seguro de que no se puede construir un sintético preciso, que permita a las cintas de audio y video…? —estaba diciendo Eleanor.

Pero Moore la interrumpió:

—Yo no sería capaz —dijo secamente—. Y si fuera posible, que me condenen si lo entiendo. —De pronto se movió y fue hacia la salida—: Pellig estará a punto de entrar en la zona de defensa de los telépatas. Quiero unirme a los operadores cuando eso ocurra.

Olvidándose del maniquí de John Preston, Verrick y Eleanor Stevens salieron detrás de Moore.

—Esto puede ser interesante —dijo Verrick acelerando el paso

hacia la oficina. Tenía en la cara pesada un aire de preocupada expectación mientras observaba la pantalla que los técnicos ípvic habían instalado.

Eleanor estaba de pie detrás de él, inquieta, esperando; Verrick se preparó para ver cómo Pellig salía de la nave intercon y pisaba el suelo de Batavia.

Keith Pellig aspiró una bocanada de aire tibio y miró alrededor.

Margaret Lloyd, alborotada y confusa, bajó corriendo por la rampa.

—Quiero presentarle a Walter, señor Pellig. Tiene que estar esperando en alguna parte. ¡Oh, señor, cuánta gente!

El campo estaba repleto. Los pasajeros descendían de las aeronaves, y las hordas de burócratas del Directorio hacían cola para que los transportaran de vuelta a casa. Grupos de pasajeros esperaban ansiosamente las conexiones interplan. Los robots MacMillan empujaban de un lado a otro pilas enormes de equipaje. Había en todas partes una furiosa actividad y un ruido constante y ensordecedor: las voces, el rugido de las naves, los altavoces públicos, los motores de los coches y autobuses de superficie…

Al Davis advertía todo esto cuando decidió detener el cuerpo de Pellig y esperar cansadamente a que Margaret Lloyd lo alcanzara. Cuanta más gente mejor: el océano de sonidos y de pensamientos torcía y eclipsaba sus propias ondas mentales.

—Allí está —jadeó Margaret Lloyd con los senos palpitantes y un brillo en los ojos. Y se puso a agitar el brazo con frenesí—. ¡Nos ha visto! ¡Viene hacia aquí!

Un hombre de unos cuarenta años y de cara afilada se abría paso solemnemente entre la muchedumbre que hablaba, reía y transpiraba. Parecía paciente y aburrido, un típico burócrata, uno más de la interminable cohorte de funcionarios clasificados.

Le hizo una seña a Margaret y gritó algo, pero las palabras se perdieron en el fragor general.

—Podríamos cenar juntos —le sugirió Margaret a Pellig—. ¿Conoce algún lugar? Walter seguramente conocerá alguno: lo sabe todo. Ha vivido aquí mucho tiempo y en realidad…

Un camión gigantesco pasó traqueteando y le ahogó momentáneamente la voz.

Davis no estaba escuchando. Tenía que seguir adelante, deshacerse de esa chica charlatana y del hombre de edad madura que la acompañaba, y echar a andar hacia los edificios del Directorio. Debajo

de la manga, en la mano derecha, asomaba el cable fino que alimentaba su pulgar de disparo. A la primera aparición de Cartwright, tan pronto como estuviera frente al Gran Presentador…, un rápido movimiento de la mano, con el pulgar levantado, sería suficiente para liberar el torrente de energía pura…

Justo en este momento alcanzó a ver la expresión de la cara de Walter.

Al Davis movió a ciegas el cuerpo de Pellig entre la muchedumbre, hacia la calle y los vehículos de superficie. Walter era un telépata, evidentemente. Lo había reconocido de inmediato cuando Walter quiso leerle el pensamiento, buscando información sobre el asesinato. Un grupo de gente se apartó y el cuerpo de Pellig fue a dar contra una reja metálica. Davis hizo que la saltara de un brinco y el cuerpo se encontró sobre una acera.

Miró alrededor… y sintió pánico. Walter lo seguía.

Davis continuó por la acera. Lo importante era no detenerse. Llegó a una esquina y cruzó de prisa la calle. Los vehículos de superficie tocaban la bocina y zumbaban alrededor. No les hizo caso, y siguió corriendo.

Empezó a entender: cualquiera de ellos podía ser un telépata. Las palabras pasaban de un telépata a otro, de una mente a la más próxima. La red de telépatas era un círculo cerrado; al toparse con el primero había desencadenado el mecanismo. Era inútil tratar de escapar de Walter: el próximo telépata estaría ya al acecho.

Se detuvo y entró en una tienda. Abajo, arriba y alrededor había pilas de telas multicolores de diferentes texturas. Unas pocas mujeres bien vestidas elegían y compraban con aire desganado. Corrió, bordeando un mostrador, hacia una puerta trasera.

Un empleado —un gordo de traje azul y cara hinchada, roja de indignación— le cerró el paso.

—¡Eh! Por aquí no puede salir. ¿Quién diablos es usted?

Davis buscaba desesperadamente una salida. Alcanzó a sentir, más que ver, a un grupo de hombres que entraban por la puerta principal. Esquivó al empleado atónito y se lanzó como un bólido hacia un pasillo que separaba dos mostradores. Atropelló a una anciana aterrada y emergió junto a un escaparate que giraba majestuosamente exhibiendo rollos de tela. ¿Qué podía hacer? Estaban apostados en las dos puertas, se había metido en una trampa. Pensó con desesperación, rápidamente. ¿Qué podía hacer?

Mientras buscaba una respuesta, una ráfaga silenciosa lo levantó y lo arrojó violentamente contra el anillo protector que le envolvía el

cuerpo. Había regresado a Farben.

Delante de Davis, un Pellig diminuto corría de un lado a otro en la pantalla microscópica. El siguiente operador se concentró buscando un modo de escapar, pero a Davis ya no le interesaba. Se hundió en la silla y dejó que la compleja red de cables que llevaba en el cuerpo —su *verdadero* cuerpo— absorbiera la opresora descarga de adrenalina.

Era otro botón rojo el que estaba encendido. Podía permitirse pasar por alto los gritos que le retumbaban en la cabeza, porque ahora era otro quien se encargaba de la situación, al menos por un rato. Davis quiso tocar el amuleto que llevaba debajo de la camisa, pero el anillo protector se lo impidió. No le importaba, ya estaba a salvo.

En la pantalla, Keith Pellig atravesó un escaparate de plástico blindado en la lujosa tienda de telas y aterrizó en medio de la calle. La gente gritaba horrorizada: aquello era un alborotado pandemonio.

El empleado gordo de la cara hinchada se quedó petrificado. Mientras todo el mundo corría alrededor, él estaba allí, inmóvil; le temblaban los labios, unos espasmos convulsivos le sacudían el cuerpo y la saliva le chorreaba por el mentón. De pronto los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó como una enorme masa de gelatina.

La escena cambió cuando Pellig huyó de la muchedumbre agolpada frente a la tienda. El empleado gordo había desaparecido. Al Davis estaba perplejo. ¿Pellig había destruido al empleado? Pellig corría con agilidad, calle abajo. Había sido diseñado para desplazarse con rapidez. Dobló en una esquina, titubeó, y entró en un cine.

La sala estaba a oscuras. Pellig parecía desorientado. Davis advirtió que el operador se había equivocado de estrategia. A los telépatas la oscuridad no los afectaba; la mente de un operador era tan clarividente de noche como de día, pero no ocurría lo mismo con los movimientos de Pellig.

El operador advirtió el error y buscó una salida. Pero ya las sombras avanzaban hacia él, casi imperceptibles. Pellig titubeó y se precipitó hacia el lavabo. Una mujer lo siguió hasta la puerta y se detuvo un momento. Pellig lo aprovechó para hacer un agujero en la pared del lavabo con el pulgar de disparo y salir a la calle por la parte de atrás.

El cuerpo se quedó quieto un momento, intentando tomar una decisión. Delante, la inmensa torre dorada del Directorio absorbía los rayos del sol de mediodía y chispeaba. Pellig tomó aliento y subió trotando hacia la puerta…

Se encendió otro botón rojo.

El cuerpo tropezó. El nuevo operador, alelado, no sabía qué hacer. El cuerpo se estrelló contra un montón de basura, se levantó y siguió avanzando. Aparentemente nadie lo perseguía. Pellig llegó a una calle animada, miró alrededor y llamó a un taxi robot.

Poco después el coche salió rumbo a la torre del Directorio y aceleró alejándose. Pellig se instaló cómodamente en el asiento, encendió un cigarrillo y miró hacia fuera. El nuevo operador no tardó en adaptarse. Pellig se limpió las uñas, se alisó una arruga del pantalón e intentó hablar con el robot conductor.

Algo extraño ocurría. Davis observó el plano de localización que mostraba la relación de espacio entre el cuerpo y las oficinas del Directorio. *El cuerpo había llegado muy lejos.* Era inconcebible: la red de telépatas no había logrado pararlo.

¿Por qué?

A Davis le sudaban las manos y las axilas; una ola de náusea le subió a la boca. Quizá funcionase, quizá el cuerpo superaría todos los obstáculos.

Sereno, confiado, postrado en el asiento trasero del taxi, Keith Pellig viajaba rumbo al Directorio, apoyando en el regazo el pulgar de disparo.

El comandante Shaeffer se encontraba de pie frente a su escritorio tartamudeando de miedo.

—Es imposible —rebotaban los caóticos pensamientos del telépata más cercano—. Imposible, imposible.

—Tiene que haber alguna razón —alcanzó a pensar Shaeffer.

—Lo hemos perdido. —Incrédulos, temerosos, los pensamientos circularon por toda la red.

—¡Lo hemos perdido, Shaeffer! Walter Remington lo interceptó al bajar de la nave. Había captado el síndrome completo: el pulgar de disparo, el miedo, la estrategia, las características personales. Y luego…

—Lo dejaron escapar.

—Desapareció, Shaeffer. —Hubo una corriente de incredulidad.

—De repente desapareció. Se esfumó. Puedo asegurárselo, nosotros *no lo perdimos*. Simplemente dejó de existir.

—¿Cómo?

—No lo sé —El hombre estaba perplejo—. Remington se lo pasó a Allison en la tienda de telas. De eso no cabe duda: las impresiones

eran claras como el agua. El asesino echó a correr por la tienda. A Allison le resultó fácil controlarlo: el otro tenía un aura muy intensa, como la de todos los asesinos.

—Habrá utilizado un escudo.

—No hubo un debilitamiento gradual. Toda la personalidad desapareció de golpe, no sólo los pensamientos.

Shaeffer sintió que se estaba volviendo loco.

—Nunca antes nos había pasado algo así. —De pronto gritó, con tanta furia que los objetos del escritorio se estremecieron—. ¡Y Wakeman está en la Luna! Sólo podemos contactarlo a través de la pantalla ípvic.

—Díganle que las cosas van muy mal. Díganle que el asesino se esfumó.

Shaeffer se precipitó hasta la sala de transmisiones. Mientras encendía el circuito de enlace con el balneario lunar, una ráfaga de pensamientos tumultuosos lo golpeó paralizándolo.

—¡Ya lo tengo! —dijo una telépata ansiosa, conectada a la red—. ¡Lo tengo!

—¿Dónde está usted? —Los telépatas de la red llamaban de todas partes—. ¿Dónde está él?

—Teatro. Cerca de un almacén de telas. —Instrucciones fugaces, fragmentarias—. Está entrando en la zona de lavatorios. Lo tengo a pocos metros. ¿Lo sigo? Podría…

El pensamiento se interrumpió.

Shaeffer lanzó un grito de rabia y desesperación en la red.

—¡No se detenga!

Silencio. Luego… la mente aulló.

Shaeffer se tapó los oídos y cerró los ojos. La explosión de violencia recorrió toda la red y cesó al cabo de un momento. Una tras otra las mentes se estremecieron y se colapsaron en un cortocircuito. Un dolor desgarrador circuló por la red de telépatas y volvió al punto de partida.

Tres veces.

—¿Dónde está? —se desesperó Shaeffer—. ¿Qué ha pasado?

La siguiente estación contestó débilmente:

—La he perdido. Ha salido de la red. Está muerta, creo. Quemada. —Hubo un estupor general—. Estoy en la zona pero no capto la mente que ella estaba leyendo. ¡Ha desaparecido!

Shaeffer logró entrar en contacto con Wakeman a través de la pantalla ípvic:

—Peter —dijo con voz entrecortada—, hemos fracasado.

—No entiendo. Cartwright ni siquiera está ahí, en Batavia.

—Localizamos al asesino y lo perdimos. Volvimos a captarlo un rato después, en otro lugar. *Ha superado tres estaciones,* Peter. Y sigue avanzando. ¿Cómo…?

—Óigame —dijo Wakeman—. Una vez que lo hayan contactado, no lo suelten. Cierren filas, síganlo hasta que la estación siguiente los reemplace. Quizá estén demasiado separados. O quizá…

—Lo tengo —un pensamiento afluyó a la mente de Shaeffer—. Está cerca de mí. Lo encontraré, está muy cerca.

Toda la red esperaba impaciente e inmóvil.

—Estoy recibiendo algo extraño —La duda se mezcló con curiosidad y se convirtió en un escepticismo estupefacto—. Tiene que haber más de un asesino. Pero eso no es posible. —La tensión aumentó —. Lo estoy viendo. Ha bajado del taxi y está caminando a lo largo de la calle delante de mí. Entrará en el Directorio por la puerta principal. Lo he leído en su mente. Voy a matarlo. Se ha detenido en un semáforo. Ahora esta pensando en cruzar la calle e ir a…

Nada.

Shaeffer esperó. Nada.

—¿Lo ha matado? —preguntó—. ¿Está muerto?

—¡Ha desaparecido! —Musitó el pensamiento, histérico, a punto de echarse a reír—. Lo veo y no lo veo. Está aquí pero no está… ¿Quién es usted? ¿A quién quiere ver? El señor Cartwright no está aquí por el momento. ¿Cómo se llama? ¿Es usted la misma persona que yo… o… que nosotros no… se está apagando… se apaga…

El telépata emitió unos balbuceos pueriles y Shaeffer lo eliminó de la red. Era algo inexplicable, imposible. Keith Pellig se había encontrado cara a cara con un miembro de las Brigadas, al alcance de la mano, ¡y había desaparecido misteriosamente de la faz de la Tierra!

Delante de la pantalla del monitor que mostraba la marcha del asesino, Verrick se volvió hacia Eleanor Stevens:

—Nos equivocamos. Está saliendo mejor de lo que creíamos. ¿Por qué?

—Imagine que usted me está hablando —dijo Eleanor muy tensa —. Una simple conversación. De pronto yo me esfumo, y en mi lugar aparece una persona totalmente desconocida.

—Alguien físicamente diferente —convino Verrick.

—Ni siquiera una mujer. Un joven o un viejo. Un *cuerpo* diferente que continúa la conversación como si nada.

—Entiendo —dijo Verrick con avidez.

—Los telépatas dependen de la relación telepática —explicó Eleanor—. No de una imagen óptica. Cada mente tiene un aura distinta. Si la relación mental se rompe… —Eleanor tenía la cara demacrada—. Reese, pienso que los está volviendo locos.

Verrick se levantó y se alejó de la pantalla.

—Siga observando.

—No —Eleanor se estremeció—. No quiero verlo.

Un timbre sonó en el escritorio de Verrick.

—Lista de vuelos desde Batavia —anunció una voz grabada—. Todas las salidas y destinos de última hora, y en especial los vuelos privados.

—Muy bien —Verrick asintió de mala manera, tomó la hoja de metal y la arrojó sobre los papeles amontonados en el escritorio—. ¡Dios mío! —le dijo a Eleanor—. No falta mucho.

Tranquilo, con las manos en los bolsillos, Keith Pellig subió por las anchas escaleras de mármol y entró en el vestíbulo principal del Directorio, hacia las oficinas privadas de Leon Cartwright.

DOCE

Peter Wakeman se había equivocado.

Se quedó un largo rato sentado reconociendo aquel tremendo error. Las manos le temblaban cuando sacó una botella de whisky de la maleta y se sirvió un vaso. Había un resto de protina seca en el vidrio, tiró el vaso al depósito de la basura y bebió de la botella. Después se levantó y tomó un ascensor hasta la última planta.

Algunos miembros de las Brigadas, vestidos con coloridas ropas veraniegas, descansaban al borde de una piscina de aguas azules y chispeantes. Encima de ellos una cúpula de plástico transparente separaba el interior, de aire fresco y primaveral, del siniestro y vacío paisaje de la Luna. Cruzó la cubierta en medio de risas, colores y cuerpos desnudos que se zambullían en la piscina.

Rita O'Neill había salido del agua y tomaba un baño de sol apartada de los demás, somnolienta. El cuerpo desnudo y suave le brillaba bajo la luz cálida y dorada que se filtraba por las lentes del plástico protector. Al ver a Wakeman se incorporó con rapidez. El pelo negro le caía en una cascada reluciente sobre la espalda y los hombros bronceados.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

Wakeman se tumbó sobre una silla plegadiza. Un MacMillan se acercó con una bandeja y Wakeman se sirvió automáticamente un whisky de otros tiempos.

—He hablado con Shaeffer en Batavia.

Rita tomó un cepillo y empezó a pasárselo por la pesada nube de cabello; una lluvia de gotas resplandecientes se evaporó bajo la luz.

—¿Qué dijo? —preguntó con fingida indiferencia. Miró a Wakeman con ojos grandes, oscuros y serios.

Wakeman bebía despacio, abandonándose a la cálida luz del sol; cerca de ellos, un grupo de bañistas jugaba y se divertía en el agua impregnada de cloro. Una enorme pelota de playa dibujó una lenta parábola en el aire y cayó entre los brazos de un telépata de dientes blancos. Tendido en la toalla el cuerpo de Rita era una brillante mezcla de marrones y negros, carne firmemente moldeada, joven y

vigorosa.

—No lo pueden detener —dijo Wakeman. El whisky se le había congelado en el estómago y le enfriaba e inflamaba los riñones—. No tardará mucho en llegar aquí. Me he equivocado en mis cálculos.

Los ojos negros de Rita miraron fijamente a Wakeman. Durante un momento dejó de cepillarse; luego volvió a empezar, lenta y metódicamente. Se sacudió el pelo y se levantó.

—¿Sabe ya que Leon está aquí?

—Aún no, pero es sólo cuestión de tiempo.

—¿Y no podemos defenderlo aquí?

—Podemos intentarlo. Quizá yo consiga detectar el error. Tal vez podríamos obtener más información sobre Keith Pellig.

—¿Piensa llevar a Leon a otro lugar?

—No vale la pena. No estará mejor que aquí. Aquí al menos no hay tantas mentes que interfieran la detección. —Wakeman se levantó con dificultad y apartó el vaso medio vacío. Se sentía viejo y le dolían los huesos—. Voy a bajar a escuchar las cintas de Herb Moore, sobre todo la que grabamos cuando visitó a Cartwright. Quizá se me ocurra algo.

Rita se deslizó dentro de una bata y anudó el cinturón. Se calzó unos botines y recogió el cepillo, las gafas de sol y la crema protectora.

—¿Cuánto tiempo nos queda hasta que llegue?

—Hay que empezar a prepararse. Las cosas se precipitan. Demasiado rápido. Parecería como si todo estuviera… desmoronándose.

—Espero que pueda hacer algo —dijo Rita sin inmutarse—. Leon descansa en este momento. El médico le ha inyectado algo para que duerma.

Wakeman continuó:

—He hecho lo que me parecía correcto. Quizá se me escapó algo. Es evidente que estamos frente a una cosa compleja e intrincada que no habíamos previsto.

—Tendría que haber dejado a Cartwright al frente de las operaciones —dijo Rita—. Usted le impidió cualquier iniciativa. Es usted igual que Verrick y los demás; nunca creyó que podría arreglárselas. Lo ha tratado como a un niño y él terminó creyéndoselo.

—Detendré a Pellig —respondió Wakeman serenamente—. Lo arreglaré todo. Descubriré qué está pasando y lo detendré antes de que llegue al tío de usted. No es Verrick quien maneja la situación: nunca hubiera podido concebir una estrategia tan inteligente. Tiene que ser Moore.

—Es una lástima —dijo Rita— que Moore no esté de nuestro lado.

—Lo detendré —dijo Wakeman—. De algún modo, en alguna parte.

—Entre una copa y otra, tal vez. —Rita se detuvo un momento a atarse los botines, y enseguida desapareció bajando por una rampa hacia las habitaciones privadas de Cartwright. No miró atrás.

Keith Pellig subía confiado las amplias escaleras de mármol del Directorio. Se movía con rapidez por entre la multitud de ajetreados funcionarios, abriéndose paso con toda naturalidad en los ascensores, los pasillos y las oficinas. Se detuvo unos momentos en el vestíbulo principal tratando de orientarse. Las alarmas retumbaron por todo el edificio. El ajetreo de los funcionarios cesó de pronto. Las caras perdieron su estereotipada mansedumbre y en un instante la multitud apacible se transformó en una masa alarmada y suspicaz. Desde unos altavoces ocultos resonaron unas voces duras y mecánicas:

—¡Despejen el edificio! ¡Que todos abandonen el edificio! —Las voces vibraban en una cacofonía ensordecedora—. ¡El asesino se encuentra en el edificio! ¡Abandonen el edificio!

Pellig se perdió en el torbellino de hombres y mujeres aterrorizados. Esquivando, empujando, se abrió paso entre la multitud hacia el laberinto de pasillos que salían desde el vestíbulo.

Se oyó un grito en alguna parte. Alguien lo había reconocido. Hubo una ráfaga de disparos; algunos cuerpos cayeron destrozados, carbonizados. Las armas dispararon en medio de un pánico enloquecido. Pellig escapó y siguió dando vueltas, sin dejar de correr.

—El asesino está en el vestíbulo —tronaban las voces mecánicas—. ¡Concéntrense en el vestíbulo!

—¡Ahí está! —gritó un hombre. Otros se unieron a él—. ¡Ahí va, es ése!

La primera patrulla militar aterrizó en la azotea del edificio. Los soldados de uniforme verde bajaron en tropel por las escaleras y los ascensores. Los equipos y las armas eran introducidos en el edificio o amontonados a un lado de la calle.

Reese Verrick apartó la mirada de la pantalla y le dijo a Eleanor Stevens:

—Están movilizando tropas que no son telépatas. Significa que…

—Significa que las Brigadas están fuera de servicio —dijo Eleanor —. Suprimidas, acabadas.

—Entonces perseguirán a Pellig visualmente, lo que disminuye el

valor de nuestra estratagema.

—El asesino se encuentra en el vestíbulo —tronaron de nuevo las voces mecánicas.

Las pesadas armas MacMillan rodaban por los pasillos, erizadas como púas de puerco espín. Unos soldados que empuñaban proyectores de mano desplegaron cables de plástico en una red intrincada que cerraba las bocas de los pasillos. Otros empujaban a la muchedumbre hacia la salida principal. Afuera habían levantado un anillo de acero, un cerco de armas y hombres. Todos los que salían del edificio eran examinados visualmente, uno a uno.

Pero Pellig no aparecía. Hubo un momento en que dio un paso atrás, y justo entonces el botón rojo saltó en el tablero y Pellig cambió de idea.

El nuevo operador estaba dispuesto a todo. Había elaborado una auténtica estrategia antes de entrar en el cuerpo sintético. Corrió por un pasillo lateral directamente hacia una torpe máquina MacMillan que intentaba cerrarle el paso. Se escurrió por detrás de la máquina. La MacMillan abrió fuego y el pasillo quedó obstruido.

—El asesino ha abandonado el vestíbulo —tronaron las voces mecánicas—. ¡Quiten del medio esa arma MacMillan!

El arma fue rápidamente apartada y entre protestas y chirridos la llevaron al almacén. Las tropas corrieron detrás de Pellig por pasillos desiertos, vacíos de burócratas y funcionarios, pasajes envueltos en una penumbra amarilla en la que resonaban unos golpes distantes.

Pellig quemó y abrió una pared con el pulgar y penetró en la sala de recepciones, desierta y silenciosa. Había sillas, mesas cubiertas con cintas de audio y vídeo, tapices… pero no gente.

En la pantalla, Benteley reconoció el lugar y se sobresaltó; era la sala donde había estado esperando a Reese Verrick…

El cuerpo sintético siguió adelante, de pasillo en pasillo, destruyendo todo lo que encontraba, sin ninguna emoción ni expresión. Una vez atravesó una sala en la que algunos funcionarios estaban aún trabajando. Hombres y mujeres gritaron y huyeron despavoridos abandonando los escritorios. Pellig no los tuvo en cuenta y siguió adelante, con pies que apenas tocaban el suelo. En uno de los puestos de control, pareció que se elevaba y se lanzaba a través del aire y echaba a volar: un Mercurio de cara pálida y pelo húmedo.

Cuando dejó atrás la última oficina, Pellig emergió delante de un vasto depósito hermético, el bastión interno del Gran Presentador. Retrocedió sorprendido al ver que su pulgar disparaba inútilmente contra la espesa superficie de rexeroide. Retrocedió, por un momento

desconcertado.

—¡El asesino se encuentra en la oficina interior! —clamaron las voces metálicas en todos los pasillos y habitaciones del edificio—. ¡Rodéenlo y mátenlo!

Pellig corrió dando vueltas, sin saber a dónde ir…, y el botón rojo saltó una vez más.

El nuevo operador titubeó, chocó contra un escritorio, volvió a levantar rápidamente el cuerpo sintético, y después se abrió camino bordeando el perímetro del depósito de rexeroide.

Verrick, en su oficina, se frotaba las manos con satisfacción.

—Ya no falta mucho. ¿Es Moore mismo quien está operando?

—No —dijo Eleanor, mirando el panel de control—. Es uno de sus asistentes.

El cuerpo sintético emitió un silbido supersónico. Una parte de la pared de rexeroide se deslizó a un costado, revelando un pasaje secreto. El cuerpo entró sin vacilar.

Bajo los pies de Pellig las cápsulas de gas explotaban inútilmente. El cuerpo no respiraba.

Verrick se reía como un niño:

—¿Se da cuenta? No pueden pararlo. Está dentro. —Se puso a saltar, golpeándose las rodillas con las manos—. ¡Y ahora lo matará! ¡Ahora!

Pero el depósito de rexeroide, el macizo bastión interno que guardaba el arsenal y el equipo ípvic, estaba vacío.

Verrick chilló, furioso.

—¡No está! ¡Se ha escapado! —Pareció que la frustración le fundía el rostro macizo—. ¡Han evacuado a ese hijo de puta!

Delante de su pantalla, Herb Moore manipulaba compulsivamente los dispositivos de control. Las luces, los indicadores, los cuadrantes luminosos y las esferas se encendían y apagaban en desorden. Entre tanto, el cuerpo de Pellig, con un pie en la oficina desierta, había quedado totalmente paralizado. Delante de él se alzaba el imponente escritorio de Cartwright. Pero no había otra cosa que informes, aparatos, pantallas y otros equipos. Cartwright no estaba allí.

—¡Sigan buscándolo! —tronaba Verrick—. ¡Tiene que estar escondido en algún sitio!

La voz de Verrick chirriaba en los auriculares de Moore. Estudió la pantalla, tratando de pensar. El operador había restablecido una actividad incierta en el cuerpo. El plano mostraba a Pellig en el corazón del Directorio: el asesino había llegado, pero la presa no estaba allí.

—¡Era una trampa! —vociferó Verrick en los oídos de Moore—. ¡Un señuelo! ¡Y ahora van a destruirlo!

Las tropas y las armas rodeaban el bastión en ruinas: los inagotables recursos del Directorio respondían a las apresuradas órdenes de Shaeffer.

—¡El asesino se encuentra en el bastión interno! —gritaron triunfalmente las voces mecánicas—. ¡Rodéenlo y mátenlo!

—¡Atrapen al asesino!

—¡Disparen y destrúyanlo!

Eleanor se inclinó sobre los hombros anchos y encorvados de Verrick:

—Lo dejaron entrar deliberadamente. Mire, ahí vienen a buscarlo.

—¡Santo cielo! ¡Que se mueva! —gritó Verrick—. Si se queda ahí lo reducirán a partículas.

Las bocas de los cañones asomaron en el pasillo que Pellig había perforado. El arsenal MacMillan retumbaba preparando una maniobra mortal, pero lentamente, no había prisa.

Pellig se revolvió, confundido. Al fin corrió de vuelta pasillo abajo, de una puerta a otra, como una bestia acorralada. Se detuvo un momento para destruir un MacMillan que se había acercado demasiado y lo apuntaba con el cañón. El arma se desintegró y Pellig saltó por encima de los restos humeantes. Pero más allá armas y soldados atiborraban el pasillo. Dio media vuelta.

Herb Moore le soltó a Verrick una frase colérica:

—Han evacuado a Cartwright de Batavia.

—Búsquenlo.

—No está. Es una pérdida de tiempo. —Moore reflexionó brevemente—. Envíenme el informe del tráfico aéreo en Batavia. Sobre todo el de última hora.

—Pero…

—Sabemos que estaba allí hace una hora. ¡Rápido!

La hoja de metal emergió de una ranura al alcance de la mano de Moore, que examinó las entradas y los datos analíticos.

—Está en la Luna —dijo Moore—. Se lo llevaron en la nave C-plus.

—Usted no lo sabe —replicó Verrick furiosamente—. Quizá esté en algún refugio subterráneo.

Moore no le hizo caso. Apretó a fondo un interruptor y los botones saltaron uno tras otro. El cuerpo de Moore se desplomó inerte contra el anillo protector.

En la pantalla Ted Benteley vio cómo el cuerpo de Pellig saltaba y se quedaba paralizado. Un temblor le alteró la cara impasible. Había

entrado un nuevo operador.

El nuevo operador no perdió tiempo y el fuego devoró a un grupo de soldados y una parte de la pared. El acero y el plástico se fundieron en una humareda. El cuerpo sintético salió disparado por la brecha, como un proyectil, trazando una parábola ascendente. Poco después emergió del edificio, y acelerando cada vez más, se lanzó volando hacia el pálido disco de la Luna, suspendido en el cielo diáfano de la tarde.

Debajo de Pellig, la Tierra empezó a alejarse. El androide ascendía en el espacio.

Benteley contemplaba la pantalla, hipnotizado. De pronto todo cobraba sentido. Al ver el cuerpo que atravesaba los cielos azules, y luego el espacio oscuro y constelado de estrellas, entendió lo que había ocurrido. No era un sueño. El cuerpo era una nave en miniatura, fabricada en los laboratorios de Moore. Comprendió también, lleno de admiración, que el cuerpo podía prescindir del aire, que era insensible a las temperaturas extremas, y capaz de emprender vuelos interplanetarios.

Peter Wakeman recibió la señal ípvic de Shaeffer apenas unos segundos después de que el cuerpo de Pellig hubiera abandonado la Tierra.

—Se ha ido —murmuró Shaeffer—, como un meteoro por el espacio.

—¿Hacia dónde? —preguntó Wakeman.

—Hacia la Luna. —La cara de Shaeffer parecía desintegrarse—. Hemos abandonado. Mandamos a las tropas regulares. Las Brigadas no podían hacer nada.

—¿Significa que Pellig puede llegar en cualquier momento?

—En cualquier momento —confirmó Shaeffer fatigado—. Ya está en camino.

Wakeman interrumpió la conexión y volvió a examinar los informes y grabaciones. Su escritorio era un caos de colillas, tazas de café, y una botella de whisky medio vacía. Ya no tenía ninguna duda: Keith Pellig no era un ser humano. Era un robot, desde luego, equipado con un motor de reacción fabricado en los laboratorios experimentales de Moore. Pero eso no explicaba los cambios de personalidad que habían desmoralizado a las Brigadas de telépatas… A menos que…

Algún tipo de mente múltiple iba y venía. Pellig era una

personalidad mutilada, compuesta por elementos independientes con características, estrategias y deseos propios. Shaeffer no se había equivocado recurriendo a las tropas regulares no telepáticas.

Wakeman encendió un cigarrillo y distraídamente hizo girar su amuleto en el aire hasta que se soltó de la mano y fue a golpear contra la pila de vídeos y cintas. Casi lo había conseguido. Si tuviera más tiempo y pudiera elaborar una estrategia… De pronto se levantó y fue hasta el almacén.

—He aquí la situación —pensó para la Brigada de telépatas instalados alrededor del balneario—. El asesino ha sobrevivido a nuestra red de Batavia y ahora se dirige a la Luna.

El anuncio provocó horror y consternación. La reacción fue inmediata: en la piscina, en cubierta, en las habitaciones, en los salones y en los bares.

—Todos los miembros de las Brigadas han de llevar una escafandra Farley —continuó pensando Wakeman—. En Batavia no ha funcionado, pero probaremos una red más flexible. El asesino tiene que ser interceptado fuera del globo.

Wakeman les comunicó todo lo que había averiguado sobre Pellig y lo que él pensaba. Las respuestas llegaron instantáneamente.

—¿Un robot?

—¿Una personalidad sintética múltiple?

—Entonces hay que descartar el contacto visual. Tenemos que limitarnos a la apariencia física.

—No. Pueden captar esos pensamientos asesinos —pensó Wakeman mientras se abrochaba la escafandra Farley—, pero no esperen continuidad. El proceso mental puede interrumpirse bruscamente. Prepárense para el impacto: eso es lo que desorientó a las Brigadas en Batavia.

—¿Cada elemento separado aporta una nueva estrategia?

—Aparentemente, sí.

La respuesta despertó asombro y admiración:

—¡Fantástico! ¡Una brillante contribución!

—Encuéntrenlo —pensó Wakeman con severidad— y mátenlo, donde sea. Apenas capten el pensamiento asesino, aniquílenlo. No pierdan tiempo.

Wakeman alzó una botella y se sirvió un último trago; el licor procedía de la bodega personal de Verrick. Se ajustó el casco Farley y abrió los conductos de oxígeno. Recogió la pistola láser y echó a correr hacia una de las escotillas.

El paisaje desnudo y árido lo estremeció. Se quedó allí un

momento, ajustando torpemente los controles de humedad y gravedad, adaptándose a aquel paisaje infinito de materia muerta.

La Luna era una vasta llanura devastada y desolada, salpicada de cráteres abiertos por los meteoros originales que habían destruido toda forma en el satélite. Nada se movía: ningún viento, ningún temblor de polvo, ninguna señal de vida. Dondequiera que mirara, Wakeman veía siempre la misma extensión porosa de piedras, los mismos montones de escombros esparcidos entre grietas y acantilados blancos como huesos. La faz de la Luna era seca y agrietada. La piel y la carne habían sido roídas por milenios de despiadada erosión. Sólo había quedado el cráneo, con las órbitas vacías y el orificio abierto de la boca. Wakeman se desplazó con cautela, como si estuviese pisando la cabeza de un muerto.

Detrás el balneario brillaba y titilaba, un globo luminoso, cálido y acogedor.

Mientras Wakeman recorría a grandes pasos el paisaje desierto, un pensamiento vibrante y jubiloso le golpeó la mente.

—¡Peter, lo he localizado! ¡Acaba de aterrizar a quinientos metros de mí!

Wakeman echó a correr torpemente por el suelo rocoso, empuñando la pistola láser.

—No lo pierda de vista —respondió con el pensamiento—. Y que no se acerque al globo.

El telépata estaba excitado y perplejo a la vez.

—Aterrizó como un meteoro. Me encontraba a un kilómetro y medio del refugio cuando usted dio la orden. Vi un destello y me acerqué a investigar.

—¿A qué distancia está ahora?

—A unos cinco kilómetros.

Cinco kilómetros. ¡Qué cerca estaba Pellig! Wakeman bajó la fuerza gravitatoria a un mínimo y salió disparado hacia delante. Dando saltos y tumbos cubrió la distancia que lo separaba del telépata. Detrás de él el globo de luz resplandeciente se alejó hasta desaparecer. Jadeando, exhausto, Wakeman corría hacia el asesino.

Tropezó con una grieta lunar y cayó de cabeza. Mientras se levantaba, el silbido de una fuga de aire le chilló en los oídos. Con una mano alcanzó la mochila de emergencia y con la otra buscó la pistola láser. Había desaparecido. Se le había caído en alguna parte, entre los antiguos montículos de alrededor.

La fuga de aire aumentaba. Olvidó la pistola y se concentró en reparar la escafandra Farley. El chorro de plástico se secó

inmediatamente y el silbido aterrador se detuvo. Mientras buscaba desesperadamente entre las rocas y el polvo, una nueva serie de pensamientos agitados se abrieron camino hasta él.

—¡Está moviéndose! ¡Está yendo hacia el globo! ¡Ha localizado el balneario!

Wakeman gritó una maldición y dejó de buscar la pistola. Una cresta alta le cerraba el camino; la subió corriendo y rodó cuesta abajo por el otro lado. Un vasto anfiteatro de cráteres y grietas se extendía delante, como heridas abiertas y horribles en una calavera. Ahora los pensamientos del telépata le llegaban con nitidez. No podía estar muy lejos.

Entonces, por primera vez, alcanzó a captar los pensamientos del asesino.

Wakeman se quedó paralizado.

—¡Ése no es Pellig! —transmitió exasperado—. ¡Es Herb Moore!

La mente de Moore era un activo y pulsante torbellino. No sabía que estaban captándolo y había bajado todas las barreras. Unos pensamientos vehementes y poderosos le fluyeron en incesantes oleadas y se transformaron en una marea febril cuando al fin alcanzó a vislumbrar el globo resplandeciente.

Inmóvil, Wakeman se concentró en el caudal de energía mental que lo acosaba. Todo estaba allí, en la mente sobrecargada de Moore; todos los fragmentos, todas las piezas que habían faltado hasta entonces.

Pellig era una colección de mentes humanas, personalidades aleatorias conectadas con un complejo mecanismo que las distribuía al azar, sin un plan preestablecido: Minimax, indeterminación, una variante de la teoría del juego…

Era una mentira.

Wakeman se sobresaltó. Bajo el espeso nivel de la teoría Minimax se escondía otro nivel: un síndrome subliminal de odio, deseo y un miedo terrible: celos de Benteley, la muerte como continua amenaza, maquinaciones y planes complejos, una *necesidad* irresistible orientada hacia un objetivo actualizado como ambición destructiva. Moore era un hombre de impulsos, dominado por una insatisfacción que lo atormentaba. Y esa insatisfacción culminaba en una despiadada red de estratagemas.

Lo que movía a Pellig no era el azar. Moore lo controlaba todo. Podía cambiar de operador en cualquier momento, y combinarlos como quisiera. Podía conectarse y desconectarse a voluntad. Y…

De pronto Moore se concentró. Había advertido que el telépata lo

seguía. El cuerpo de Pellig se elevó como un proyectil, se detuvo, quedó suspendido a unos metros de la superficie y proyectó un fino rayo de energía letal sobre el telépata escurridizo.

La mente del hombre gritó una vez; luego el cuerpo físico se le disolvió en un montón de cenizas. El horrible momento de la muerte de un telépata abrumó a Wakeman: la lucha tenaz, repetida y completamente fútil. La mente intentaba no desintegrarse, conservar la personalidad y la conciencia.

—Peter… —Como una nube de gas volátil, la mente del telépata se mantuvo unida un momento; luego, lenta e inexorablemente empezó a dispersarse. Los pensamientos se apagaron—. Oh, Dios… —La conciencia del hombre se disolvió en partículas aleatorias de energía libre. La mente dejó de ser una unidad. La *Gestalt* que había sido un hombre se aflojó; el hombre estaba muerto.

Wakeman maldijo el arma que había perdido. Se maldijo a sí mismo, a Cartwright y a todos los habitantes del sistema. Se precipitó detrás de una roca y se agazapó escondiéndose de Pellig que bajaba lentamente y se deslizaba sobre la superficie muerta de la Luna. Pellig miró alrededor: parecía satisfecho. Entonces se volvió y avanzó cautelosamente hacia el globo luminoso, a cinco kilómetros de distancia.

—¡Atrápenlo! —pensaba desesperadamente Wakeman—. ¡Está a punto de llegar al balneario!

No hubo respuesta. Ningún telépata se encontraba en las proximidades interceptando y retransmitiendo pensamientos. La muerte del telépata más próximo había destruido la red. Pellig caminaba tranquilamente a través de una brecha indefensa.

Wakeman se incorporó de un salto. Levantó un enorme peñasco, lo sostuvo apretándolo contra su cuerpo, y subió tambaleándose hasta la cresta del risco. Abajo, Pellig caminaba tranquilo, casi sonriendo. Parecía ahora un joven agradable, de cabello pajizo, sin doblez ni malicia. Wakeman consiguió levantar la roca por encima de su cabeza, se balanceó, alzó aún más los brazos y soltó la roca, que se precipitó golpeando el suelo hacia la figura sintética.

Pellig miró asombrado la roca que se le venía encima. Se apartó de un salto y fue a parar a varios metros de la trayectoria del proyectil. Se volvió asustado y sorprendido. Tropezó y alzó el pulgar de disparo apuntando a Wakeman…

Y entonces Herb Moore desapareció.

El cuerpo de Pellig cambió sutilmente. Wakeman sintió que se le helaba la sangre. La escena parecía sobrenatural. Allí, sobre la

desolada superficie lunar, un hombre estaba transformándose delante de él. Los trazos se desdibujaron, se descompusieron momentáneamente, y se recompusieron. Ya no era la misma cara… porque no era el mismo hombre. Moore había cedido su puesto a un nuevo operador. Tras los pálidos ojos azules asomaba una personalidad diferente.

El nuevo operador vaciló. Se debatió unos momentos antes de tomar el control del cuerpo; luego finalmente se enderezó, mientras la roca rodaba inútilmente. Sorprendido y confuso, Wakeman intentó levantar otro peñasco.

—*¡Wakeman!* —decían los pensamientos del operador—. ¡Peter Wakeman!

Wakeman dejó la roca y se incorporó. El nuevo operador lo había reconocido. Wakeman lo sondeó profundamente; era una estructura mental familiar. Por un momento no pudo localizarla; la oscurecía la inmediatez de la situación. Estaba cargada además de desconfianza y antagonismo. Pero la reconocía. No había ninguna duda.

Era Ted Benteley.

TRECE

Perdida en el espacio ignoto, fuera de los límites del sistema, la vieja nave de carga avanzaba a tientas pesadamente. En la cabina de control, el capitán Groves escuchaba fascinado.

—El Disco de Fuego todavía está lejos —murmuraba la vasta presencia en la mente del capitán—. No pierdas contacto con mi nave.

—Usted es John Preston —dijo Groves en voz baja.

—Soy muy viejo —replicó la voz—. Llevo mucho tiempo aquí.

—Un siglo y medio —dijo Groves—. Parece mentira.

—He esperado. Sabía que vendríais. Me estoy acercando a vosotros, y en algún momento registraréis la masa de mi nave. Si todo sale bien, os guiaré hasta vuestro desembarque definitivo en el Disco.

—¿Estará usted allí? —preguntó Groves—. ¿Podremos verlo?

No hubo respuesta. La voz se había desvanecido, Groves estaba solo.

Se levantó tambaleándose y llamó a Konklin. Poco después, Konklin y Mary Uzich entraron corriendo en la cabina. Jereti venía detrás a unos pocos pasos.

—¿Han oído? —dijo Groves con voz ronca.

—Era Preston —murmuró Mary.

—Tiene que ser más viejo que Matusalén —dijo Konklin—. Un viejecito esperando a que lleguemos, esperando todos estos años…

—Me parece que llegaremos —dijo Groves—. Aunque consigan matar a Cartwright, alcanzaremos el Disco.

—¿Qué ha dicho Cartwright? —preguntó Jereti a Groves—. ¿Se alegró cuando oyó hablar de Preston?

Groves titubeó:

—Cartwright parecía preocupado.

—Pero seguramente él…

—¡Están a punto de matarlo! —exclamó Groves encendiendo de prisa los controles manuales—. No tiene tiempo para pensar en otra cosa.

Hubo un largo silencio. Al fin Konklin preguntó:

—¿Hay más noticias?

—No consigo comunicarme con Batavia. Los militares han intervenido las líneas ípvic. He captado movimientos de tropas desde los planetas internos hacia la Tierra, escuadrones del Directorio que vuelven a casa.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Jereti.

—Pellig llegó a Batavia, y algo fue mal. Cartwright ha de estar en apuros. Por algún motivo parece que las Brigadas han fracasado.

Wakeman gritó con todas sus fuerzas:

—¡Benteley! ¡Escuche! Es una manipulación de Moore, lo está engañando. *No es cuestión de azar.*

Era inútil. No había atmósfera y el sonido no rebasaba los límites del casco. Los pensamientos de Benteley le llegaban con nitidez, pero no podía transmitir una respuesta. Se sentía atrapado, desconcertado. El cuerpo de Keith Pellig y la mente de Benteley estaban a pocos metros, pero no había manera de establecer un contacto.

Los pensamientos de Benteley eran confusos. Es Peter Wakeman, pensaba, el telépata que encontré en la sala de espera. Pero, además, se sentía amenazado: el globo luminoso del balneario estaba muy cerca… Wakeman captó una imagen de Cartwright: el objetivo del asesino. Y también la profunda aversión y la duda de Benteley, que parecía desconfiar de Verrick y que despreciaba a Herb Moore. Benteley no sabía qué hacer. El pulgar de disparo vaciló un momento.

Wakeman bajó del risco hacia la llanura y escribió con frenesí en letras grandes y rudimentarias sobre el polvo inmemorial: MOORE LO HA ENGAÑADO. NO HAY AZAR.

Benteley vio estas palabras y la cara neutra de Pellig se endureció. Un único pensamiento ocupó la mente de Benteley: *¿Qué demonios pasa?* Enseguida advirtió que Wakeman le estaba leyendo la mente, que era posible una conversación unilateral de pensamientos con él mismo como transmisor y el telépata como receptor. Adelante, Wakeman —pensó Benteley irradiando malhumor—. ¿Qué es eso de que Moore me ha engañado?

Benteley no pudo evitar una sonrisa. La situación era irónica: un telépata, un mutante avanzado, trazando signos torpes en el suelo como un hombre primitivo. Wakeman seguía escribiendo, desesperadamente: MOORE LOS HARÁ SALTAR JUNTOS A CARTWRIGHT Y A USTED.

La mente de Benteley irradiaba desconcierto.

—¿Qué está diciendo? Tiene que ser una trampa. Otros telépatas

están a punto de llegar —Levantó el pulgar de disparo…

BOMBA. Wakeman, jadeante, buscaba más espacio para seguir escribiendo. Pero ya había dicho lo suficiente. Benteley se estaba encargando de lo demás. Una fantasmagoría de detalles le emanaba de la mente: la rivalidad con Moore; su relación sexual con Eleanor, la amante de Moore; los celos de Moore: una asombrosa procesión de imágenes. Benteley bajó el pulgar de disparo.

—Estarán viendo todo esto en las pantallas —pensó Benteley—… los operadores, y Moore también.

Advirtiendo que el peligro era inminente, Wakeman echó a correr. Con gestos bruscos, intentando gritar en el vacío, se acercó hasta encontrarse a un metro del cuerpo. Benteley lo detuvo apuntándole ominosamente con el pulgar de disparo.

—No se mueva —pensó Benteley amenazante—. No confío en usted. Usted trabaja para Cartwright.

Wakeman garabateó en el suelo frenéticamente: PELLIG ESTALLARA EN CUANTO SE ACERQUE A CARTWRIGHT. MOORE LO INTRODUCIRÁ EN EL CUERPO EN ESE MOMENTO.

—¿Verrick lo sabe? —preguntó Benteley.

—Sí.

—¿Y Eleanor Stevens?

—Sí.

La mente de Benteley irradió, angustiada:

—¿Cómo puedo saber si todo eso es verdad? ¡Pruébelo!

EXAMINE ESE CUERPO. LOCALICE EL CIRCUITO DE LA BOMBA.

Los dedos de Benteley desgarraron rápidamente la piel sintética del pecho. Encontró los cables que corrían bajo la piel sintética y examinó el zumbante circuito… Mientras, Wakeman, agazapado a unos metros de distancia, con el corazón en un puño, buscaba en vano el amuleto que había olvidado en la oficina.

Benteley flaqueaba. Los últimos vestigios de lealtad a Verrick estaban disipándose con rapidez, transformándose en odio y desprecio.

—Así es como funcionaba todo esto —pensó finalmente—. Muy bien, Wakeman. —La mente se le endureció y empezó a gestar el embrión de una estrategia—. Llevaré el cuerpo de vuelta. A Farben.

—¡Gracias a Dios! —dijo Wakeman con un suspiro de alivio.

Benteley se puso manos a la obra. Sabiendo que Moore lo observaba, inspeccionó el reactor y los controles en un abrir y cerrar de ojos, en silencio, y lanzó el robot hacia el cielo oscuro, rumbo a la Tierra.

El cuerpo había recorrido casi unos quinientos metros cuando Herb Moore activó el mecanismo de selección. Brutalmente, sin transición alguna, Ted Benteley se encontró de nuevo en su propio cuerpo, de regreso en Farben, sentado y envuelto en el anillo protector.

En la pequeña pantalla, vio cómo el cuerpo de Pellig regresaba hacia la superficie lunar dibujando un amplio arco en el cielo. Localizó la silueta saltarina de Wakeman y apuntó con el pulgar de disparo. Wakeman advirtió lo que iba a ocurrir. Se detuvo; con calma y dignidad esperó a que el cuerpo descendiera hasta él. Pellig revoloteó, quedó suspendido en el aire e incineró a Wakeman. Moore estaba otra vez al mando.

Benteley se quitó el anillo protector. Arrancó los cables que le habían instalado debajo de la piel, la boca, las orejas y las axilas; un instante después se encontraba frente a la puerta del cubículo, con la mano sobre el pesado picaporte de acero.

La puerta estaba cerrada con llave.

No se sorprendió. Regresó a las máquinas y destrozó varios aparatos retransmisores. Hubo un estallido cuando el circuito principal se fundió, despidiendo una cortina de humo y paralizando las agujas de los cuadrantes. La cerradura se desactivó y la puerta se abrió. Benteley corrió hasta el laboratorio de Moore. Por el camino atropelló a un guardia y se apoderó de una pistola láser. Dobló en una esquina y se precipitó en el laboratorio.

Moore yacía inconsciente en el anillo protector. Alrededor, un grupo de asistentes se ocupaba de otro cuerpo sintético, parcialmente ensamblado en las cubetas de fluidos, tendido sobre la mesa de trabajo. Ninguno de los asistentes estaba armado.

Una serie de cubículos idénticos, como celdas de una colmena, rodeaban el laboratorio. Benteley vio a unos hombres sentados frente a las pantallas, examinándolas atentamente, con los cuerpos envueltos en anillos protectores. Tuvo una visión momentánea de imágenes duplicadas en los espejos de su propio cubículo: los otros operadores; apuntó el arma contra los asistentes indicándoles que se retiraran. Miró la pantalla de Moore: el cuerpo aún no había llegado al globo; todavía tenían tiempo.

Benteley abrió fuego contra el cuerpo inerte e insensible de Herb Moore.

La reacción en el cuerpo de Pellig fue instantánea. Un salto convulsivo lo despegó de la superficie lunar con un grotesco

movimiento giratorio y lo proyectó hacia arriba en un furioso y enloquecido ritmo de muerte. En un momento del vuelo, el cuerpo se enderezó y se estabilizó. Subió entonces en una vasta parábola y se perdió en el espacio interplanetario.

En la pantalla, la Luna se alejaba: se convirtió primero en una bola, después en un punto, y al fin desapareció.

Las puertas del laboratorio se abrieron de golpe. Verrick y Eleanor Stevens entraron rápidamente.

—¿Qué ha hecho? —bramó Verrick—. ¡Se ha vuelto loco, está alejándose en el espacio…!

Vio el cuerpo sin vida de Herb Moore.

—Ah, ahora entiendo —murmuró.

Benteley escapó a toda prisa del laboratorio. Verrick ni siquiera intentó detenerlo. Se quedó palpando el cuerpo de Moore, con una expresión vacía y atónita.

Benteley bajó corriendo la rampa de salida. Anochecía. Unos guardias indecisos fueron detrás de él. Llegó a la iluminada estación de taxis y se acercó a una aeronave transurbana.

—¿Adónde va, dama o caballero? —le preguntó un MacMillan abriendo las compuertas y calentando las turbinas.

—A Bremen —dijo Benteley jadeando. Se abrochó el cinturón y acomodó la cabeza para el impacto del despegue—. Rápido.

La voz metálica del MacMillan estuvo de acuerdo mientras activaba el cohete. La pequeña nave de alta velocidad, que era también un cuerpo mecánico, salió disparada hacia el cielo, alejándose de la Colina Farben.

—Vamos al aeródromo interplan —ordenó Benteley—. ¿Conoce los horarios?

—No, pero puedo conectarlo con el circuito de información.

—Olvídelo —dijo Benteley.

En un momento se preguntó hasta qué punto los otros miembros de las Brigadas habrían captado la conversación con Wakeman. Le gustara o no, la Luna era el único sitio donde podía sentirse medianamente seguro. Los Nueve Planetas dominados por las Colinas eran ahora una trampa mortal para él: Verrick no descansaría hasta que pudiera vengarse. Pero no sabía cómo lo recibirían en el Directorio… Como siervo de Verrick podía ser abatido a primera vista. Aunque también podía pasar como el salvador de Leon Cartwright.

¿Hacia dónde iba el cuerpo sintético?

—Nos aproximamos al aeródromo, dama o caballero —dijo el robot.

El taxi estaba posándose en el campo de estacionamiento público.

El personal del aeródromo pertenecía a la Colina. Benteley alcanzó a ver las naves interplan e intercon y grandes grupos de gente. Los guardias de la Colina se movían alrededor manteniendo el orden. De pronto Benteley cambió de idea.

—No aterrice, sigamos.

—A sus órdenes, dama o caballero.

El taxi se elevó dócilmente.

—¿Hay alguna base militar por aquí cerca?

—El Directorio mantiene una pequeña base de reparaciones en Narvik. ¿Quiere ir ahí? No permiten aterrizar a las naves no militares, pero puedo dejarlo en las cercanías.

—Perfecto —dijo Benteley—. Exactamente lo que necesito.

Leon Cartwright estaba despierto cuando el telépata entró de prisa en la habitación.

—¿A qué distancia lo captaron la última vez? —preguntó Cartwright. A pesar de la inyección de pentatol había dormido sólo unas pocas horas—. Supongo que no estará muy lejos.

—Peter Wakeman ha muerto —dijo el telépata.

Cartwright se incorporó de un salto.

—¿Quién lo mató?

—El asesino.

—Entonces está aquí —dijo Cartwright, desenfundando el arma de mano—. ¿Cómo vamos a defendernos? ¿Cómo llegó a encontrarme? ¿Qué pasó con la red en Batavia?

Rita O'Neill entró en la habitación, tranquila pero pálida.

—Las Brigadas se derrumbaron. Pellig consiguió entrar en el bastión y descubrió que ya no estabas.

Cartwright la miró un momento, y se volvió hacia el telépata.

—¿Qué ha pasado con la gente de usted?

—Nuestra estrategia fracasó —respondió directamente el telépata —. Verrick nos había tendido algún tipo de trampa. Pienso que Wakeman consiguió descubrirla antes de morir.

Rita reaccionó.

—¿Wakeman ha muerto?

—Lo mató Pellig —dijo Cartwright lacónicamente—. Las Brigadas ya no podrán protegernos. —Se volvió de nuevo hacia el telépata—. ¿Cuál es la situación exacta? ¿Han localizado definitivamente al asesino?

—Nuestra red de emergencia no ha funcionado. Desde que Wakeman murió hemos perdido la pista de Pellig. No sabemos dónde está.

—Si Pellig se ha alejado tanto —dijo Cartwright pensativo— será difícil detenerlo.

—Wakeman manejó bien el asunto —dijo Rita furiosa—; tú podrías hacerlo mucho mejor.

—¿Por qué?

—Porque Wakeman no era nadie comparado contigo. Era un cero a la izquierda, un pequeño burócrata.

Cartwright le mostró el arma de mano.

—¿La recuerdas? Durante años estuvo debajo del asiento trasero de mi coche. Nunca tuve la oportunidad de utilizarla. Mandé a un equipo especialmente para que me la trajeran. —Pasó la mano por la estructura de metal—. Lazos sentimentales, supongo.

—¿Piensas defenderte con *eso*? —Los ojos de Rita llameaban—. ¿Es todo lo que piensas hacer?

—Por el momento tengo hambre —dijo Cartwright, tranquilo—. ¿Qué hora es? Podríamos cenar mientras esperamos.

—No es el momento… —empezó a decir Rita, pero el telépata la interrumpió.

—Señor Cartwright —dijo—, una nave procedente de la Tierra está aterrizando. Un momento… El comandante Shaeffer viaja a bordo con el resto de las Brigadas. Y… hay algo más. Quiere verlo a usted urgentemente.

—De acuerdo —dijo Cartwright—. ¿Dónde está?

—Vendrá a verlo aquí. Está subiendo la rampa en este mismo instante.

Cartwright metió la mano en un bolsillo de su abrigo y sacó un aplastado paquete de cigarrillos.

—Es curioso —le dijo a Rita— que Wakeman haya muerto después de todos esos preparativos tan minuciosos.

—No lamento su muerte. Pero me gustaría que reaccionaras, en lugar de quedarte aquí sin hacer nada.

—¿Dónde quieres que vaya? —dijo Cartwright—. Lo hemos intentado todo. Lo que no hemos hecho no era importante. No puedo dejar de pensar que si un hombre decide matar a otro, muy pocas cosas podrán detenerlo. Uno puede ponerle barreras y trabas, obligándolo a que pierda tiempo y energía, pero tarde o temprano lo conseguirá.

—Me caías mejor cuando tenías miedo —dijo Rita con amargura—.

Al menos podía entenderte.

—¿Y ahora ya no me entiendes?

—Antes tenías miedo de morir. Ahora ya no eres humano, no tienes emociones. Quizá estés muerto. Podría ser, ¿no?

—Te haré una concesión —dijo Cartwright—. Me sentaré delante de la puerta. —Fue a sentarse en una esquina de la mesa, con una expresión desapasionada y el arma en la mano—. ¿Cómo es Pellig? —le preguntó al telépata.

—Joven, delgado, rubio. Sin rasgos particulares.

—¿Qué tipo de arma utiliza?

—Un pulgar de disparo; emite rayos infrarrojos. Aunque podría tener algo más que no conocemos.

—Quiero reconocer a Pellig en cuanto lo vea —le explicó Cartwright a Rita—. Quizá sea el primero que cruce esa puerta.

El primero en cruzar la puerta fue el comandante Shaeffer.

—He traído a este hombre conmigo —le dijo a Cartwright—. Pienso que querrá hablar con él.

Un hombre moreno, clasificado, bien vestido, de unos treinta años, había entrado en silencio detrás de Shaeffer.

Los dos hombres se dieron la mano, mientras el comandante Shaeffer los presentaba.

—Ted Benteley —dijo Shaeffer—. Un siervo de Reese Verrick.

—Ha venido demasiado temprano —le dijo Cartwright—. Bajando la rampa encontrará una piscina, una sala de juegos y un bar. El asesino llegará en cualquier momento; no tardará mucho.

Benteley soltó una carcajada seca y falsa. Estaba más nervioso de lo que parecía.

—Shaeffer se equivoca —dijo—. Ya no soy siervo de Verrick.

—¿Ha roto su juramento? —preguntó Cartwright.

—Él mismo lo ha roto. He escapado a toda prisa. Vengo directamente de Farben. Ha habido algunos contratiempos.

—Ha matado a Herb Moore —dijo Shaeffer.

—No exactamente —corrigió Benteley—. He matado el cuerpo de Herb Moore.

Rita contuvo el aliento.

—¿Qué ha pasado?

Benteley le explicó la situación. Casi enseguida, Cartwright lo interrumpió con una pregunta:

—¿Dónde esta Pellig? Según las últimas noticias se encontraba a pocos kilómetros de aquí.

—El cuerpo de Pellig está en el espacio profundo —dijo Benteley

—. Moore no está interesado en usted, tiene sus propios problemas. Cuando advirtió que estaba atrapado en el cuerpo sintético, abandonó la Luna y se perdió en el espacio.

—¿Adónde iba? —preguntó Cartwright.

—Lo ignoro.

—No importa —dijo Rita con impaciencia—. No te persigue a ti, eso es lo que nos interesa. Quizá se ha vuelto loco. Quizá ya no controla ese cuerpo.

—Es posible —admitió Benteley—. Él no se esperaba algo así; acababa de destruir nuestra red de telépatas.

Explicó cómo Moore había destruido a Peter Wakeman.

—Ya lo sabemos —dijo Cartwright—. ¿Qué velocidad puede alcanzar un sintético?

—C-plus —respondió Benteley—. ¿No le alegra saber que Moore está muy lejos de aquí?

Cartwright se humedeció los labios:

—Yo sé adónde va.

Hubo unos breves murmullos de sorpresa y luego Shaeffer dijo:

—Por supuesto. —Sondeó rápidamente la mente de Cartwright—. Tiene que encontrar una manera de sobrevivir. Benteley no lo supo entonces pero me pasó mucha información mientras venía hacia aquí; puedo reconstruir lo que falta. Es obvio que Moore encontrará a Preston, tarde o temprano.

Benteley parecía desconcertado.

—¡Preston! ¿Está vivo?

—Eso explica el pedido de información anterior al nuestro —dijo Cartwright—. Verrick ha interceptado las señales ípvic en el circuito cerrado de la nave. —El cigarrillo se le apagó en la mano; lo dejó caer, lo aplastó furiosamente contra el suelo, y encendió otro. —Tendría que haber puesto más atención cuando Wakeman lo descubrió.

—¿Qué hubiera podido hacer? —preguntó Shaeffer.

—Nuestra nave está cerca de la nave de Preston, pero eso a Moore no le importa. —Cartwright sacudió la cabeza, irritado—. ¿Sería posible seguir a Moore desde una pantalla?

—Me parece que sí —dijo Benteley—. La Ípvic instaló una conexión de vídeo permanente entre el cuerpo y la base en Farben; quizá todavía funciona. Podríamos tratar de interceptarla. Conozco la frecuencia del canal. —Recordó de pronto—: Harry Tate trabaja para Verrick.

—Parecería que todo el mundo trabaja para Verrick —dijo Cartwright—. ¿No hay nadie en la Ípvic en quien podamos confiar?

—Presione a Tate. Si consigue separarlo de Verrick, colaborará. No está muy contento últimamente, según me ha dicho Eleanor Stevens.

Shaeffer leyó la mente de Benteley con interés:

—Ella le ha revelado muchas cosas. Desde que nos dejó para irse a Farben no ha dejado de trabajar.

—Sí. Quisiera poder seguir los movimientos de Pellig. —Cartwright jugueteó nerviosamente con el arma y al fin la guardó en un estuche abierto que estaba en el suelo—. Gracias a usted nuestra situación ha mejorado. Gracias, Benteley. Las cosas han cambiado un poco. Pellig no aparecerá por aquí. Eso ya no nos preocupa.

Rita tenía los ojos puestos en Benteley:

—¿Ha roto usted su juramento? ¿No se siente un traidor?

—Ya se lo he explicado —dijo Benteley devolviéndole la dura mirada—. Fue Verrick quien rompió el juramento. Me sacó de las Colinas y me traicionó.

Hubo un silencio incómodo.

—Bueno —dijo Cartwright—. Tengo hambre. Vayamos a cenar, a desayunar o lo que sea, y nos contará el resto. —Fue hacia la puerta, con la sombra de una sonrisa de alivio en la cara fatigada—. Tenemos tiempo. Mi primer asesino es un capítulo cerrado. No tenemos por qué darnos prisa.

CATORCE

Mientras comían, Benteley confesó:

—Maté a Moore porque no había alternativa. En unos pocos segundos más habría entregado a Pellig a otro operador y después habría regresado a Farben dentro de su propio cuerpo. Pellig seguiría adelante y detonaría cerca de usted. La gente de Moore suele ser leal hasta ese punto.

—¿A qué distancia tendría que haber estado el cuerpo? —preguntó Cartwright.

—El cuerpo llegó a menos de cinco kilómetros de usted. Tres kilómetros más y Verrick dominaría de nuevo todo el sistema.

—¿No era necesario el contacto?

—Apenas tuve tiempo de echar una mirada al circuito, pero vi un dispositivo de proximidad sintonizado con las ondas cerebrales de usted. Habría que tener en cuenta, también, el alcance de la bomba. La ley prohíbe todas las armas que un hombre no pueda llevar en la mano. La bomba era una granada de hidrógeno de la última guerra.

—La bomba *es* —objetó Cartwright.

—¿Todo dependía de Pellig? —preguntó Rita.

—Tienen un segundo cuerpo sintético en preparación: ya van por la mitad. Nadie en Farben imaginó la desbandada de las Brigadas; era más de lo que habían esperado. Pero Moore está fuera de combate. El segundo cuerpo nunca saldrá a la luz; sólo Moore habría podido darle el toque final. Había mantenido a todos los demás técnicos en un segundo plano y Verrick lo sabía.

—¿Y qué pasará cuando Moore se encuentre con Preston? —preguntó Rita—. Moore volverá otra vez a la película, ¿no?

—Yo no sabía nada de Preston —admitió Benteley—. Destruí el cuerpo de Moore para que no pudiera salir del sintético. Si Preston decide ayudarlo, tendrá que darse prisa. El cuerpo sintético no aguantará mucho tiempo en el espacio profundo.

—¿Por qué no dejó que me matara? —inquirió Cartwright.

—La verdad es que no me importaba que lo matasen; no pensaba en usted.

—Eso no es del todo cierto —dijo Shaeffer—. El pensamiento *estaba* ahí, como un corolario. Desde el momento en que usted tuvo esa crisis y se rebeló contra la estrategia de Verrick, actuó sin saberlo como si fuera nuestro agente.

Benteley no lo escuchaba:

—Me engañaron desde el primer día —dijo—. Todos ellos me engañaron: Verrick, Moore, Eleanor Stevens. Cuando llegué al Directorio, Wakeman trató de decírmelo; hizo todo lo que pudo. Quería huir de la corrupción y me encontré metido en ella hasta el cuello. Verrick me daba órdenes y yo las ejecutaba. Pero ¿qué se puede hacer en una sociedad corrupta? ¿Obedecer a leyes corruptas? ¿Acaso es un crimen transgredir una ley depravada o un juramento enviciado?

—Sí, es un crimen —admitió Cartwright lentamente—. Pero quizá valga la pena cometerlo.

—En una sociedad de criminales —observó Shaeffer—, los inocentes van a la cárcel.

—¿Quién decide que una sociedad está compuesta de criminales? —preguntó Benteley—. ¿Cómo se sabe que la sociedad se ha equivocado? ¿Cómo se sabe que ha llegado el momento de incumplir una ley?

—Se sabe y punto —replicó Rita O'Neill.

—¿Tiene usted acaso un indicador en la cabeza? —le preguntó Benteley—. Magnífico, a mí también me gustaría tenerlo… Me gustaría que todos lo tuviesen. Ha de ser realmente útil. En este sistema viven seis mil millones de hombres y la mayoría considera que funciona muy bien. ¿Tengo que nadar contra corriente? Todos a mi alrededor respetan la ley. —Benteley estaba pensando en Al y Laura Davis—. Todos viven contentos, satisfechos: tienen un buen trabajo, casas acogedoras, comen bien. Eleanor Stevens decía que yo estaba enfermo de la cabeza. ¿Cómo puedo saber que no soy un inadaptado, un cuasi-psicótico?

—Tiene que confiar en sí mismo —dijo Rita O'Neill.

—Todos confían en sí mismos, es moneda común. Soporté la corrupción todo lo que pude, y luego me rebelé. Quizá estén en lo cierto, quizá soy un traidor. Pienso que Verrick rompió mi juramento… Pienso que me he liberado, pero tal vez me equivoco.

—Si se equivoca —dijo Shaeffer— tenemos derecho a abatirlo inmediatamente.

—Lo sé, pero… —Benteley no encontraba las palabras—. De todos modos no importa. Nunca he respetado un juramento por miedo de

romperlo; pensaba que no debía, nada más. En un momento me sentí tan enfermo que no pude seguir, y no lo haré, aunque me persigan y acaben matándome.

—Eso podría ocurrir —dijo Cartwright—. ¿Ha dicho que Verrick sabía lo de la bomba?

—Así es.

Cartwright reflexionó:

—Un protector no puede enviar a la muerte a un siervo clasificado. Eso es cosa de inks. Se supone que ha de proteger a sus clasificados en lugar de destruirlos. Un buen asunto para el juez Waring, me parece. Es un experto en la materia. ¿No sabía que Verrick ya no era Gran Presentador cuando usted le juró lealtad?

—No, pero ellos sí lo sabían.

Cartwright se frotó la mandíbula hirsuta con el dorso de la mano.

—Bueno, quizá tengamos aquí un caso judicial, quizá no… Es usted una persona interesante, Benteley. ¿Qué piensa hacer ahora que ha rechazado las reglas? ¿Un nuevo juramento de fidelidad?

—No lo creo —dijo Benteley.

—¿Por qué no?

—Un hombre no ha de convertirse en siervo de otro hombre.

—No me refería a eso. —Cartwright midió lo que decía—: Hablaba de un juramento para un cargo.

—No lo sé. —Benteley sacudió agotado la cabeza—. Me siento muy cansado. Quizá más adelante.

—Debería unirse al equipo de mi tío —dijo Rita O'Neill—. Podría jurar para él.

Todas las miradas se volvieron hacia Benteley.

—Las Brigadas hacen ese juramento, ¿verdad? —dijo al cabo de un rato.

—Exactamente —respondió Shaeffer—. Peter Wakeman valoraba mucho ese tipo de juramento.

—Si le interesa —dijo Cartwright mirando a Benteley con ojos envejecidos y astutos—, yo podría tomarle juramento en mi condición de Gran Presentador.

—Verrick nunca me ha devuelto mi tarjeta de poder —dijo Benteley.

Una expresión dura y fugaz atravesó la cara de Cartwright.

—Oh, bueno, eso podemos solucionarlo.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un paquete bien envuelto. Lentamente fue desenvolviéndolo y desplegando el contenido sobre la mesa.

Había una docena de tarjetas de poder.

Cartwright miró las tarjetas, eligió una, la examinó atentamente, metió las otras en el paquete y lo cerró con cuidado. Se lo guardó otra vez en el bolsillo y le dio a Benteley una tarjeta-p.

—Dos dólares y puede guardársela; no se la pediremos de vuelta. Todos merecen una oportunidad en el gran juego.

Benteley se levantó lentamente, hurgó en su billetera y al fin sacó dos billetes. Se metió la tarjeta-p en el bolsillo y esperó a que Cartwright se levantara.

—Esto me resulta familiar —dijo.

—Bueno —dijo Cartwright—. No tengo la menor idea de cómo se hace un juramento. Alguien tendrá que ayudarme.

—Déjemelo a mí —interrumpió Benteley. Mientras Rita O'Neill y Shaeffer escuchaban en silencio, recitó el juramento de fidelidad al Gran Presentador Cartwright y enseguida volvió a sentarse. El café se le había enfriado pero bebió unos sorbos, saboreándolos apenas, pensativo.

—Ahora es oficialmente uno de los nuestros —dijo Rita O'Neill.

Benteley gruñó.

Los ojos de Rita eran oscuros e intensos.

—Le ha salvado la vida a mi tío. En realidad nos ha salvado a todos; la explosión del cuerpo hubiera hecho volar el balneario.

—Déjelo tranquilo —dijo Shaeffer.

Rita no le hizo caso. Inclinándose hacia Benteley con una expresión de avidez, continuó:

—Tendría que haber matado a Reese Verrick mientras estaba allí.

Benteley dejó caer su tenedor.

—No tengo apetito —dijo levantándose—. Si no les importa, iré a dar una vuelta.

Salió de la sala y se alejó por un pasillo donde unos funcionarios del Directorio conversaban a media voz. Caminó preocupado, sin rumbo preciso; su mente era un torbellino.

Pocos minutos después Rita apareció en el umbral. Lo miró un rato en silencio y le dijo:

—Lo siento.

—No se preocupe, estoy bien.

Ella se acercó, jadeante, con los labios rojos entreabiertos.

—No quise decir lo que dije. Usted hizo lo que pudo —Apoyó unos dedos rápidos y trémulos sobre el brazo de Benteley—. Gracias.

Benteley se soltó.

—Fui yo quien rompió el juramento con Verrick; para qué seguir

engañándonos. Yo maté a Herb Moore. No tenía cuerpo pero tampoco alma. No es más que un intelecto calculador, no un hombre. Pero no tocaré a Reese Verrick.

Los ojos negros de Rita relampaguearon.

—No diría eso si tuviera un poco de sentido común. ¡Pero usted es un hombre de sentimientos tan nobles! ¿Sabe lo que le haría Verrick si lo atrapara?

—Usted no sabe cuándo parar. Ya he jurado para su tío, ¿no le basta? En los papeles soy un traidor, he violado la ley. Pero yo no me considero un criminal. —La miró desafiante—. ¿Está claro?

Rita retrocedió.

—Yo tampoco lo considero un traidor. —Titubeó, insegura—. ¿Intentará decirle lo que debe hacer?

—¿A Cartwright? Por supuesto que no.

—¿Dejará que él lo haga todo solo? Wakeman no se lo hubiera permitido.

—Nunca he dicho a nadie lo que debía hacer. Todo lo que deseo es… —Benteley se encogió de hombros con rabia y tristeza—. No lo sé. Ser como Al Davis, supongo. Tener una buena casa y un trabajo decente. Ocuparme de mis cosas. —Alzó la voz con desesperación—. ¡Pero no en este maldito sistema! Quiero ser como Al Davis en un mundo donde yo pueda acatar las leyes, no transgredirlas. Quiero obedecer las leyes, quiero respetarlas. ¡Quiero respetar a las gentes de alrededor!

Rita calló un momento:

—Usted respeta a mi tío. O lo respetará más tarde. —Se interrumpió, incómoda—. Y a mí… ¿me respeta?

—Por supuesto —dijo Benteley.

—¿De veras?

Benteley sonrió torciendo la boca.

—Pues claro, en realidad…

El comandante Shaeffer apareció en el extremo del vestíbulo.

—¡Benteley! —gritó—. *¡Corra!*

Benteley se detuvo y se apartó de Rita bruscamente.

—Vaya dentro con su tío.

Sacó la pistola láser.

—Pero ¿qué…? —empezó a decir. Se volvió y echó a correr por el pasillo hacia la rampa. Los telépatas de las Brigadas y los funcionarios del Directorio se escurrían por todas partes. Alcanzó el nivel del suelo y se precipitó hacia la pared del globo.

Era demasiado tarde.

Una figura torpe, con una escafandra Farley a medio quitar, le cerró el camino. Eleanor Stevens, de cabellera roja flotante, de cara pálida, corrió junto a él.

—Vete de aquí —le dijo jadeando. Poco acostumbrada a la pesada escafandra, tropezó con una cinta de suministros y cayó contra el muro—. Ted, ni se te ocurra pelear contra él —suplicó—. ¡Escapa! Si llega a atraparte…

—Lo sé —dijo Benteley—. Me matará.

La nave de alta velocidad acababa de aterrizar sobre la inhóspita superficie, justo delante de la escotilla del globo. Los pasajeros descendían de la nave; un pequeño grupo de figuras corpulentas avanzó cautelosamente hacia el balneario.

Reese Verrick había llegado.

QUINCE

Leon Cartwright se movió hacia la escotilla.

—Será mejor que desaparezca un rato —le dijo a Benteley—. Hablaré con Verrick.

Shaeffer dio unas breves instrucciones. Un grupo de telépatas llegó corriendo, acompañado por algunos funcionarios del Directorio.

—No vale la pena —le dijo Shaeffer a Cartwright—. Será mejor que se quede. No podrá dejar el balneario y Verrick ya sabe que está aquí. Así las cosas se aclararán de una vez.

—¿Verrick puede entrar aquí cuando quiera? —preguntó Benteley agobiado.

—Por supuesto —respondió Cartwright—. Éste es un balneario público, y él no es un asesino, es un ciudadano como cualquier otro.

—¿Le molesta a usted quedarse? —le preguntó Shaeffer a Benteley —. Podría resultar… complicado.

—Me quedaré —dijo Benteley.

Verrick y su comitiva se impulsaron lentamente a través de la amplia escotilla. Mientras se quitaban las escafandras, miraron con desconfianza alrededor.

—Hola, Verrick —dijo Cartwright. Los dos hombres se dieron la mano—. Pase, ¿quiere un café? Justo ahora hemos acabado de cenar.

—Gracias —respondió Verrick—. Si no es una molestia… —Parecía huraño, pero tranquilo. Hablaba en voz baja. Acompañó obedientemente a Cartwright pasillo arriba hasta el comedor—. Sabe que Pellig se ha ido, ¿no?

—Lo sé —le dijo Cartwright—. Está encaminándose hacia la nave de John Preston.

Los otros funcionarios entraron detrás y se fueron sentando en el comedor. Los MacMillans habían despejado la mesa y estaban reponiendo platos y vasos. Benteley se sentó junto a Rita O'Neill, al otro extremo de la mesa, lejos de Verrick. Verrick lo vio, pero no mostró ninguna reacción, sólo un leve parpadeo de reconocimiento. Shaeffer, los telépatas y los otros funcionarios se sentaron detrás y escucharon y observaron respetuosamente.

—Supongo que la encontrará —murmuró Verrick—. Cuando salimos de Farben estaba ya a treinta y nueve unidades astronómicas; lo comprobé en la pantalla ípvic. Gracias. —Aceptó una taza de café y bebió con un suspiro de alivio—. Ha sido un día muy agitado.

—¿Qué piensa que hará Moore si consigue el material de Preston? Usted lo conoce mejor que yo.

—No sé. Moore siempre ha sido un lobo solitario… Yo le daba el material y él trabajaba en los proyectos. Es un hombre brillante.

—Yo también tuve esa impresión. ¿Fue él quien diseñó el proyecto Pellig?

—Todo era idea suya. Yo lo contraté; sabía que era bueno, nunca intenté explicarle lo que debía hacer.

Eleanor Stevens había entrado silenciosamente en el comedor. Nerviosa e indecisa, se quedó inmóvil un momento, con las manos juntas. Después se sentó en un rincón alejado, mirando con los ojos muy abiertos, recatada y aterrada en la penumbra.

—Me preguntaba dónde estaría —le dijo Verrick—. Me adelantó por… —miró su reloj— unos pocos minutos.

—¿Cree que Moore volverá con usted si obtiene lo que desea? —preguntó Cartwright.

—Lo dudo. No tendría por qué.

—¿Y su juramento?

—Nunca le han preocupado esas cosas. —La mirada sombría de Verrick se paseó por la sala sin detenerse—. Parece ser la moda entre nuestros jóvenes más capacitados. Para ellos los juramentos ya no tienen la importancia que tuvieron antes, una vez.

Benteley no dijo nada. El arma que tenía entre los dedos estaba helada y húmeda de transpiración. El café se enfriaba junto a él. Rita O'Neill fumaba convulsivamente, apagando un cigarrillo, encendiendo otro, apagándolo.

—¿Piensa convocar otra Convención del Desafío? —le preguntó Cartwright a Verrick.

—Oh, no lo sé. Por ahora no. —Verrick cruzó los dedos en una intrincada pirámide, la contempló, y luego la convirtió otra vez en dedos separados. Observó la sala con una mirada distraída—. No recordaba este lugar. Pertenece al Directorio, ¿verdad?

—Siempre preparamos algo con antelación —respondió Shaeffer—. Recordará la estación interplanetaria que instalamos para usted cerca de Marte. Ésta fue construida durante el reinado de Robinson.

—Robinson… —Verrick entornó los ojos—. Sí, me acuerdo de él. Hace diez años ya. ¡Dios mío! ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Para qué ha venido hasta aquí? —dijo de pronto Rita con la voz quebrada.

Verrick juntó las pobladas cejas en un ceño de hastío. Era obvio que no conocía a Rita. Echó una mirada a Cartwright buscando una explicación.

—Mi sobrina —dijo Cartwright y los presentó. Rita clavó los ojos en la taza de café, no dijo nada y mantuvo los puños apretados hasta que Verrick pareció olvidarse de ella y se puso a levantar una nueva pirámide con los dedos.

—Bueno —dijo Verrick finalmente—. Ignoro lo que Benteley le habrá contado, pero supongo que conoce mi situación actual.

—Lo que Benteley no me ha dicho, Shaeffer lo ha sondeado —respondió Cartwright.

—Por tanto, es inútil que le explique nada —murmuró Verrick.

—Sí, es inútil —confirmó Cartwright.

—No tengo ninguna intención de discutir sobre Herb Moore. En lo que a mí se refiere, eso ya es agua pasada. —Metió un rato una mano en un bolsillo y al fin sacó una maciza pistola láser que apoyó en equilibrio contra el vaso de agua y el servilletero—. Tampoco sería adecuado matar a Benteley aquí en la mesa. Esperaré hasta más tarde. —De pronto se le ocurrió una idea—. Es más, no tengo por qué matarlo aquí, en el balneario. Podrá regresar conmigo y lo mataré en algún lugar por el camino.

Shaeffer y Cartwright se miraron. Verrick no les prestó atención. Se miró las manos como garras que sostenían la pistola.

—Eso no importa —dijo Cartwright—. Pero hay algo que aclarar. Benteley ha jurado ante mí, en mi condición de Gran Presentador.

—Eso es imposible —dijo Verrick—. Ha roto el juramento que me hizo. Eso le impide volver a jurar.

—No considero que haya sido él quien rompió ese juramento —dijo Cartwright.

—Usted lo traicionó —le dijo Shaeffer a Verrick.

Verrick reflexionó un momento.

—Que yo sepa no he cometido ninguna traición. Me he limitado a cumplir con mis deberes y obligaciones.

—Eso no es ni la sombra de la verdad —replicó Shaeffer.

Hubo un momento de silencio.

Verrick gruñó, retiró la pistola y se la deslizó de nuevo en el bolsillo del abrigo.

—Habrá que recurrir a algún consejero —murmuró—. Llamemos al juez Waring.

—De acuerdo —asintió Cartwright—. ¿Desea quedarse aquí hasta que llegue?

—Sí, gracias —dijo Verrick—. Estoy molido de veras. —Miró alrededor—. Necesito descansar y me parece que éste es el lugar adecuado.

El juez Felix Waring era un viejo gnomo cascarrabias y jorobado. Vestía un apolillado traje negro y un sombrero pasado de moda. Era el jurista más respetado del sistema; y tenía una larga barba blanca.

—A usted lo conozco —masculló mirando a Cartwright—. Y a usted también. —Señaló a Verrick con un breve movimiento de cabeza—. El hombre de un millón de dólares en oro. Ese Pellig ha sido un fracaso, ¿no? —Rió entre dientes—. Nunca me gustó el aspecto que tenía. Le faltaban músculos.

Era de «mañana» en el balneario.

La nave que había traído al juez había descargado también más transmisores MacMillan, funcionarios de la Colina y más burócratas del Directorio. Los técnicos ípvic habían llegado en otra nave; una corriente continua de trabajadores entraba por las escotillas. Algunos cargaban rollos de cable; se movían por todas partes, instalando un equipo ípvic de TV. Hacia el mediodía el balneario se había convertido en una colmena alborotada. Todo estaba en movimiento; las figuras iban y venían con expresiones serias.

—¿Qué tal aquí? —preguntaba un funcionario del Directorio a un técnico ípvic.

—No es bastante grande. ¿Qué le parece allá?

—Eso es el salón de juegos.

—Ahí estaría bien. La acústica no será muy buena, pero no importa, ¿no?

—Sí que importa. No queremos resonancias. Busquen un lugar más pequeño.

—No atraviesen la pared del globo —advirtió un soldado a un equipo de obreros que instalaban cables.

—Es bastante sólida —dijo un técnico—. La construyeron para los turistas y los borrachos.

El salón de juegos se había llenado de gente con coloridos atuendos veraniegos. Se desplazaban, jugaban y se divertían mientras los técnicos instalaban las mesas y los equipos. Los robots MacMillan se movían entre los jugadores, tropezando, torpes como siempre.

Apartado en un rincón, Benteley observaba distraídamente los

movimientos de los alegres jugadores que corrían de un lado a otro: el críquet era un deporte popular como el softball y el fútbol, pero los juegos meramente intelectuales estaban prohibidos. Aquélla era una estación de reposo psíquico y todos los juegos tenían propósitos terapéuticos. A pocos pasos de Benteley, una muchacha de pelo violeta estaba inclinada sobre un tablero de colores tridimensionales, y con movimientos secos y rápidos de las manos construía elaboradas combinaciones de formas, tonos y texturas.

—Se está bien aquí —le susurró Rita al oído.

Benteley asintió con la cabeza.

—Aún nos queda un poco de tiempo antes de que empiecen. —Rita entornó los ojos y lanzó un disco de colores brillantes contra una bandada de patos robots; uno de los patos cayó muerto y el tablero marcó un punto—. ¿Quiere jugar a algo, hacer un poco de ejercicio y divertirse? Me muero por probar alguno de estos juegos.

Ambos se abrieron camino hacia la sala de gimnasia. Algunos soldados del Directorio se habían quitado los uniformes y se medían en un auténtico torneo con campos magnéticos, rayos de presión, escaleras artificiales de alta gravedad y toda una variedad de equipos de gimnasia. En medio de la sala un grupo observaba atentamente la lucha entre un soldado y un robot MacMillan.

—Muy bueno para la salud —dijo Benteley a regañadientes.

—¡Es un sitio magnífico! ¿No le parece que Leon ha recuperado peso? Tiene mejor aspecto desde que Pellig ha desaparecido.

—Quizá llegue a viejo —dijo Benteley.

Rita enrojeció.

—¿Por qué lo dice? ¿No sabe lo que es la lealtad? Sólo piensa en sí mismo.

Benteley echó a andar; un momento más tarde Rita lo siguió.

—¿El juez Waring decidirá en medio de este caos? —preguntó Benteley.

Habían llegado a una plataforma de redes vibrantes donde los cuerpos bronceados yacían al sol.

—Todos se divierten. Hasta los MacMillan están de buen humor. La amenaza se ha esfumado. El asesino ha desaparecido.

Rita se quitó alegremente la ropa, se la alcanzó a un guardia mecánico, y se arrojó dentro de una de las redes. Unos contracampos de baja gravedad le relajaron el cuerpo, giró vertiginosamente en las profundidades de la red, y al cabo de un momento emergió roja y sofocada, buscando ávidamente algo en qué apoyarse.

Benteley la ayudó a ponerse en pie.

—Había olvidado la baja gravedad. —Sonriente y entusiasmada, Rita se soltó y se acercó a una sección más profunda de la red—. ¡Venga, es divertido! No lo sabía.

—Miraré —dijo Benteley sombrío.

El pequeño cuerpo de Rita desapareció durante un rato. La red vibraba y rebotaba. Al fin Rita emergió a la superficie y se quedó lánguidamente tendida bajo el sol artificial que se le reflejaba en el cuerpo empapado de sudor. Cerró los ojos y bostezó, satisfecha.

—Qué bueno es descansar —murmuró.

—Es el sitio perfecto —dijo Benteley parafraseando a Verrick—. Si no tiene otra cosa en qué pensar.

No hubo respuesta. Rita estaba dormida.

Benteley se quedó inmóvil con las manos en los bolsillos en medio de un torbellino de colores y movimientos. La gente pasaba riendo: unos juegos incesantes terminaban y volvían a empezar. En un rincón, Cartwright hablaba con un hombre fornido y de cara sombría. Harry Tate, presidente de la ípvic, felicitaba al Gran Presentador por el feliz desenlace de aquella primera confrontación con el asesino. Benteley los observó hasta que se separaron; al fin se volvió dando la espalda a las redes y se encontró cara a cara con Eleanor Stevens.

—¿Quién es ella? —preguntó Eleanor con voz clara y entrecortada.

—La sobrina de Cartwright.

—¿Hace mucho que la conoces?

—Acabo de conocerla.

—Es bonita. Es mayor que yo, ¿no? —La cara de Eleanor estaba fría como el metal; sonrió como una alegre muñeca de hojalata—. Treinta años al menos.

—No tanto —dijo Benteley.

—No importa. —Eleanor se apartó—: ¿Quieres tomar algo? —le preguntó a Benteley por encima del hombro, sin volverse—. Hace un calor infernal aquí y esos gritos me dan dolor de cabeza.

—No, gracias —dijo Benteley, mientras Eleanor se servía un trago de una bandeja de pared—. Prefiero estar sobrio.

Eleanor se paseó, haciendo girar una copa alta entre los dedos delgados.

—Están a punto de empezar. Van a dejar que ese viejo cabrón decida.

—Lo sé —dijo Benteley sin inmutarse.

—Ni siquiera sabe lo que está pasando. Verrick lo engañó en la Convención y lo engañará otra vez. ¿Hay noticias de Moore?

—La ípvic ha instalado pantallas aquí para Cartwright. Verrick ni

se inmutó, como si no le importara.

—¿Qué se ve?

—No lo sé. No me he molestado en ir a mirar. —Benteley se detuvo. A través de una puerta entreabierta había visto mesas, sillas, ceniceros y aparatos de grabación—. Eso es…

—El salón que han preparado. —De pronto Eleanor soltó un grito de terror—. ¡Ted, por favor, sácame de aquí!

Reese Verrick había franqueado la puerta.

—Lo sabe —dijo Eleanor con una voz glacial—. Vine hasta aquí para avisarte. Lo sabe, Ted.

—Terrible —dijo Benteley vagamente.

—¿No te importa?

—Lo siento, pero no hay nada que pueda hacer contra Reese Verrick. Si hubiera algo, supongo que lo haría, pero no estoy seguro.

—¡Puedes matarlo! —La voz de Eleanor era ahora histérica—. Tienes una pistola. ¡Mátalo antes de que nos mate a los dos!

—No —le dijo Benteley—. No mataré a Reese Verrick. Eso no se discute. Esperaré a ver qué pasa. De cualquier modo, he terminado con todo eso.

—¿Conmigo también?

—Sabías lo de la bomba.

Eleanor se estremeció.

—¿Qué podía hacer yo? —Desesperada, corrió detrás de Benteley —. No podía pararlo, Ted. ¿Me oyes?

—Lo sabías aquella noche que pasamos juntos y aun así me aconsejaste que trabajara para vosotros.

—¡Sí! —Eleanor se plantó delante de Benteley, desafiante, cerrándole el camino—. Sí, lo sabía. Pero todo lo que dije aquella noche era verdad. Todo, Ted.

—¡Santo cielo! —Benteley se volvió, disgustado.

—Escúchame —Eleanor lo retuvo agarrándolo por un brazo—. Reese también lo sabía. Todos lo sabían. No había otra opción. Alguien tenía que estar en el cuerpo en aquel momento, ¿no? ¡Contéstame! —Eleanor se tambaleó—. ¡Contéstame!

Benteley dio un paso atrás; un anciano menudo, de barba blanca, pasó protestando por delante de él y fue hacia la antecámara. Desapareció dentro del salón y dejó caer un libro pesado sobre la mesa. Se sonó la nariz, escrutó la sala con ojo crítico, y finalmente se sentó a la cabecera de la mesa. Reese Verrick, de pie junto a una ventana, le murmuró algo. Poco después Leon Cartwright entró también en el salón.

El corazón de Benteley volvió a latir, lento y de mala gana. La sesión estaba a punto de comenzar.

DIECISÉIS

Había cinco personas en la sala.

El juez Waring, en la cabecera de la mesa, rodeado de libros jurídicos y cintas magnetofónicas. Leon Cartwright tenía enfrente la maciza y pesada figura de Reese Verrick, separados por una horrible jarra de agua helada y dos pilas de ceniceros. Benteley y el comandante Shaeffer se habían sentado en el extremo opuesto de la mesa. La última silla estaba vacía. Los técnicos ípvic, los funcionarios del Directorio y los altos mandos de la Colina habían sido excluidos y deambulaban por la sala de juegos y el gimnasio, o estaban tendidos en las inmediaciones de la piscina. Los rumores de los hombres y mujeres que estaban jugando se filtraban a través de la pesada puerta de madera.

—Prohibido fumar —balbuceó el juez Waring, mirando con desconfianza a Verrick, después a Cartwright, y de nuevo a Verrick—. ¿Están grabando?

—Sí —dijo Shaeffer.

Un robot grabador se deslizó ágilmente sobre la mesa y se acomodó delante de Reese Verrick.

—Gracias —dijo Verrick mientras juntaba unos papeles y se disponía a empezar.

—¿Es éste el sujeto? —preguntó Waring señalando a Benteley.

—Es el tipo que he venido a buscar —dijo Verrick echando una ojeada a Benteley—. Pero no es el único. Son muchos los que rompen sus juramentos, me abandonan y me traicionan —continuó arrastrando la voz—. Ya no es como antes. —Se enderezó y dijo serenamente—: Benteley había sido despedido de Oiseau-Lyre. Era un clasificado marginado, sin posición. Vino a verme a Batavia reclamando una posición 8-8, lo que es ahora. En aquella época las cosas no me iban demasiado bien: ignoraba lo que me depararía el porvenir. Estaba pensando en deshacerme de una parte de mi personal. Sin embargo, lo contraté, a pesar de mi situación incierta. Le abrí las puertas de mi casa y le asigné un departamento en Farben.

Adivinando lo que vendría, Shaeffer intercambió una mirada con

Cartwright.

—Todo estaba patas arriba, pero a Benteley le ofrecí lo que deseaba. Lo integré en mi equipo de bioquímicos. Le conseguí una amante que lo alimentara y lo cuidara. Lo empleé en el mayor de mis proyectos. —Levantó ligeramente la voz—. Una posición importante, como él quería. Puse en él toda mi confianza. Y en el momento crucial me traicionó, mató a su superior, abandonó el trabajo, y escapó. Era demasiado cobarde para continuar y decidió romper el juramento. El proyecto fracasó por culpa de Benteley. Desembarcó aquí, en una nave del Directorio, e intentó jurar para el nuevo Gran Presentador. —Verrick calló. Había concluido.

Benteley parecía estupefacto. ¿Era eso lo que había ocurrido? Waring lo observaba con curiosidad, esperando a que hablara.

Benteley se encogió de hombros: no tenía nada que decir. La situación se le había ido de las manos.

Cartwright tomó la palabra:

—¿Qué misión tenía Benteley en ese proyecto?

Verrick vaciló.

—Básicamente hacía lo mismo que los otros 8-8.

—¿Había alguna diferencia?

Verrick calló un momento.

—Que yo recuerde, ninguna —dijo al fin.

—Eso es mentira —le dijo Shaeffer al juez Waring—. Sabe muy bien que había una diferencia.

Verrick asintió de mala gana.

—Sí. Benteley solicitó y obtuvo en los comienzos del proyecto la misma posición que los otros, pero tenía que conducirlo hasta la fase final. Confiábamos plenamente en él.

—¿Y en qué consistía esa fase final? —preguntó el juez Waring.

—La muerte de Benteley —dijo Cartwright.

Verrick no lo desmintió. Examinó de mal humor los papeles que tenía sobre la mesa hasta que el juez preguntó:

—¿Es eso cierto?

Verrick asintió con la cabeza.

—¿Y Benteley lo sabía? —preguntó el juez.

—Al principio no. Era imposible revelarle entonces esa información: acababa de incorporarse al proyecto. Cuando descubrió de qué se trataba, me traicionó. —Las pesadas manos de Verrick agitaron convulsivamente los papeles—. Terminó destruyendo el proyecto. Y todos me abandonaron.

—¿Quién más lo traicionó? —preguntó Shaeffer con curiosidad.

—Eleanor Stevens y Herb Moore.

—Ah… —dijo Shaeffer—. Yo creía que Benteley había matado a Moore.

Verrick asintió.

—Moore era su superior. Era el responsable del proyecto.

—Si Benteley mató a Moore porque éste lo había traicionado… —dijo Shaeffer volviéndose hacia el juez Waring—, cabe suponer que Benteley actuó lealmente.

Verrick resopló.

—Moore me traicionó después —dijo, y continuó con una voz cada vez más débil—: después de que Benteley…

—Continúe —dijo Shaeffer.

—Después de que Benteley lo matara —dijo Verrick muy tieso, y con dificultad.

—¿Cómo es posible? —inquirió el juez Waring—. No lo entiendo.

—Dígale en qué consistía el proyecto —sugirió Shaeffer suavemente—. Así podrá entenderlo.

Verrick estudió la mesa que tenía delante. Dobló la punta de un papel y declaró:

—No tengo más que decir. —Se incorporó lentamente—. Retiro la información sobre la muerte de Moore. No tiene cabida en esta discusión.

—¿De qué lo acusa entonces? —preguntó Cartwright.

—Benteley se fue y nos abandonó. Dejó el puesto que le habían asignado y por el que había prestado juramento.

Cartwright también se puso de pie.

—Quisiera agregar algo más —le dijo al juez Waring—. Dejé que Benteley prestara juramento porque lo consideraba liberado del juramento con Verrick. A mi entender fue Verrick quien rompió el juramento. Había enviado a Benteley a una muerte involuntaria. Se supone que un protector no debería enviar a un siervo clasificado a una muerte involuntaria. Si el siervo tiene una clasificación, es necesario obtener previamente el consentimiento del siervo y por escrito.

—De acuerdo —replicó Verrick—, pero Benteley tenía que haberse quedado. Era su deber.

La barba del juez se bamboleaba arriba y abajo.

—Un siervo clasificado tiene que dar su consentimiento. Un protector puede destruir a un siervo clasificado sólo si el siervo olvida lo que ha jurado. Al romper el juramento el siervo pierde sus derechos pero sigue perteneciendo a su protector. —El juez Waring recogió los

libros y las cintas—. Todo se reduce a un punto. Si el protector en cuestión ha sido el primero en romper el juramento, el siervo en cuestión está legalmente habilitado para dejar su trabajo y marcharse. Pero si el protector no ha roto su parte del juramento antes de que el siervo se haya marchado, entonces el siervo es un traidor y puede ser condenado a la pena de muerte.

Cartwright fue hacia la puerta. Verrick lo siguió con la cara larga y sombría, las manos hundidas en los bolsillos.

—Muy bien —dijo Cartwright—. Esperaremos a que usted decida.

Benteley se encontraba junto a Rita cuando Shaeffer se le acercó.

—He estado sondeando al viejo juez Waring —dijo—. Por fin se ha decidido.

Era el «anochecer» en el balneario. Benteley y Rita estaban sentados en uno de los bares, dos vagas figuras en una penumbra de colores retorcidos que envolvía la mesa. Una sola vela de aluminio chisporroteaba entre ellos. Algunos funcionarios del Directorio sentados aquí y allá bebían y hablaban en voz baja y miraban distraídamente alrededor. Un MacMillan atendía en silencio las mesas.

—Bueno, ¿qué se sabe? —preguntó Benteley.

—Decidirá a favor de usted —dijo Shaeffer—. Lo anunciará en unos pocos minutos. Cartwright me encargó que se lo comunicara lo antes posible.

—¿Entonces Verrick ya no tiene ningún derecho sobre mí? —preguntó Benteley incrédulo—. ¿Estoy a salvo?

—Exacto —dijo Shaeffer alejándose—. Felicidades.

Rita puso una mano sobre la de Benteley.

—¡Gracias al cielo! —dijo.

Benteley no sintió ninguna emoción, sólo una especie de aturdimiento vacío.

—Me parece que el problema está resuelto —murmuró mirando cómo una corriente de color trepaba por un costado de la pared, flotaba contra el techo y volvía a bajar como una araña líquida hasta disolverse en torbellinos y manchas. Luego volvía a formarse y lentamente subía otra vez por la pared.

—Hay que celebrarlo —dijo Rita.

—Sí. He conseguido lo que buscaba —dijo Benteley mientras bebía —. Trabajo para el Directorio y he jurado para el Gran Presentador. Es lo que vine a buscar el día que llegué a Batavia. Me parece tan lejano… Bueno, he llegado al fin.

—¿Cómo se siente?

—Más o menos como antes.

Rita despedazó una caja de cerillas y quemó los fragmentos en la vela de aluminio.

—¿No está satisfecho?

—Estoy más lejos de la satisfacción de lo que es humanamente posible.

—¿Por qué? —preguntó ella en voz baja.

—No he conseguido nada realmente. Pensaba que eran las Colinas, pero Wakeman tenía razón. No son sólo las Colinas, es toda la sociedad. El hedor está en todas partes. Salir del sistema de las Colinas no me ayuda, ni a mí ni a ningún otro. —Apartó el vaso con un movimiento brusco—. Podría taparme la nariz y pretender que no está ahí. Pero no es suficiente. Hay que hacer algo. Hay que echar abajo esta estructura brillante y débil. Está podrida, corrompida…, a punto de desmoronarse. Pero hay que reemplazarla con algo. Destruir no basta. *Tengo que ayudar a construir algo nuevo.* La vida tiene que ser diferente para los demás. Quisiera hacer algo que realmente cambiase las cosas. *Tengo* que cambiar las cosas.

—Quizá pueda hacerlo.

Desde donde estaba sentado, Benteley intentó descifrar el futuro:

—¿Cómo? ¿Qué oportunidades voy a tener? Aún soy un siervo. Sigo atado a un juramento.

—Es usted joven. Los dos somos jóvenes. Nos sobra tiempo para planear y hacer cosas. —Rita levantó su copa—. Tenemos una vida por delante y podríamos cambiar el mundo.

Benteley sonrió.

—De acuerdo. Brindaré por eso. —Levantó su copa y tocó la de Rita con un sonido cristalino—. Pero no con entusiasmo. —Dejó de sonreír—. Verrick sigue rondando alrededor. Esperaré a que se marche para brindar de verdad.

Rita quemó los últimos pedazos de la caja en la vela ardiente y blanca.

—¿Qué pasaría si Verrick lo mata a usted?

—Lo matarían.

—¿Y si matara a mi tío?

—Le quitarían la tarjeta de poder. Y nunca más podría ser Gran Presentador.

—De todos modos —observó Rita con serenidad—, ya no volverá a serlo.

—¿Qué le preocupa? ¿Se le ocurre algo?

—No creo que se vaya de aquí con las manos vacías. Ha llegado demasiado lejos. —Rita lo miró—. Aún no ha terminado, Ted. Querrá matar a alguien.

Benteley iba a responder cuando una sombra delgada cayó sobre la mesa. Alzó los ojos, con una mano en el bolsillo tocando el metal frío de la pistola.

—Hola —dijo Eleanor Stevens—. ¿Molesto?

Se sentó tranquilamente delante de ellos, con las manos cruzadas y una sonrisa mecánica. Los ojos verdes le centellearon un instante mientras miraba a Benteley y luego a Rita. En la penumbra del bar la pesada cabellera de color rojo herrumbrado le caía como una cascada de luz sobre el cuello y los hombros desnudos.

—¿Quién es usted? —preguntó Rita.

Eleanor se inclinó hacia delante para encender un cigarrillo con la vela; el brillo de la llama se le reflejó en los ojos.

—Sólo un nombre. Nada más que un nombre. Ya no soy una persona real, ¿verdad, Ted?

—Será mejor que te vayas —dijo Benteley—. A Verrick no le gustaría mucho verte con nosotros.

—Desde que estoy aquí, sólo he visto a Verrick de lejos. Quizá lo deje. Quizá me vaya. Todo el mundo está haciendo lo mismo.

—Ten cuidado —advirtió Benteley.

—¿Cuidado con qué? —Eleanor soltó una nube de humo que envolvió a Benteley y a Rita—. No pude evitar escuchar lo que estaban diciendo. Tienen razón. —Miraba fijamente a Rita y hablaba de prisa con voz alta y cortante—. Verrick está pensando qué hacer. Quiere eliminarte, Ted, pero si no puede, se conformará con Cartwright. Antes tenía a Moore para resolver cualquier problema con una ecuación. Estipulemos un valor arbitrario de más cincuenta por asesinar a Benteley, y un menos cien en caso de ser fusilado como represalia. Agreguemos un valor arbitrario de cuarenta por matar a Cartwright, y un menos cincuenta por la pérdida de la tarjeta de poder. En ambos casos sale perdiendo.

—Exacto —dijo Benteley—. Pierde en ambos casos.

—Aquí va otra ecuación —bromeó Eleanor—. Ésta es mía. —Le guiñó un ojo a Rita—. O mejor dicho, la idea es tuya pero la ecuación es mía. Estipulemos un valor arbitrario superior a cuarenta por asesinar a Cartwright, y luego añadámosle un valor de menos cien de parte de Cartwright por ser asesinado. Ésa es la parte de Reese; después está mi parte, pero no importa.

—No entiendo de qué está hablando —dijo Rita con indiferencia.

—Yo sí —dijo Benteley—. *¡Cuidado!*

Pero Eleanor ya se había movido. De pie, silenciosa como un gato, alzó la vela de aluminio y hundió el tubo llameante en la cara de Rita.

Benteley golpeó la vela, que rodó chisporroteando por el suelo. Eleanor bordeó la mesa acercándose a Rita, que se tapaba la cara humeante con las manos; el olor a carne quemada se extendía por el aire turbio del bar. Eleanor le apartó las manos. Algo le brilló entre los dedos: una larga aguja acerada que apuntó a los ojos de Rita. Benteley la agarró por detrás. Eleanor pataleó furiosamente, lo arañó y le clavó las uñas hasta que él la soltó. Los ojos verdes desorbitados y empañados miraron con furia a Benteley. Eleanor desapareció entre las sombras negras de la sala.

Benteley se volvió rápidamente hacia Rita O'Neill.

—Estoy bien —murmuró ella entre dientes—. Gracias. La vela se apagó y no alcanzó a clavarme la aguja. Es mejor que intente atraparla.

La gente acudía de todas partes. Un enfermero MacMillan salió de un armario de emergencia y se acercó a la mesa. Rápidamente apartó a Benteley y a los otros.

—Vaya —dijo Rita pacientemente, con las manos sobre la cara y los codos apoyados en la mesa—. Sabe a dónde va. Trate de pararla. Sígala y trate de detenerla. Sabe muy bien lo que él podría hacerle.

Benteley salió del bar. El pasillo estaba desierto. Echó a correr hacia el ascensor. Poco después emergió en la planta baja del balneario. Algunas personas deambulaban aquí y allá. En el fondo del pasillo vislumbró un destello lejano, rojo y verde; continuó corriendo, dobló en una esquina y de pronto se detuvo.

Eleanor Stevens y Reese Verrick se encontraban frente a frente.

—Escuche —decía ella—. ¿Es que no lo entiende? *Es la única manera.* —Alzó la voz en un chillido de pánico—: Reese, por Dios, créame. ¡Acépteme otra vez! Estoy arrepentida. No volveré a hacerlo. Lo he abandonado, pero no volveré a hacerlo. Le he traído esta información, ¿no?

Verrick vio a Benteley. Esbozó una sonrisa y sujetó férreamente la muñeca de Eleanor.

—Volvemos a estar juntos. Los tres.

—Se equivoca —dijo Benteley—. Ella no quiso traicionarlo. Siempre ha sido leal con usted.

—Yo no pienso lo mismo —dijo Verrick—. Es traicionera y caprichosa, una inútil.

—Entonces deje que se vaya.

Verrick reflexionó.

—No —dijo finalmente—. No permitiré que se vaya.

—¡Reese! —aulló Eleanor—. Le conté lo que decían, y le expliqué cómo puede conseguirlo. ¿Es que no lo entiende? Ahora puede hacerlo. ¡Acépteme otra vez, por favor!

—Sí —admitió Verrick—. Puedo hacerlo. Aunque ya me he decidido.

Benteley se precipitó hacia delante, pero no fue suficientemente rápido.

—¡Ted! —gritó Eleanor—. ¡Ayúdame!

Verrick la alzó y la cargó sobre los hombros y con tres zancadas gigantes llegó a la escotilla de servicio. Más allá del globo transparente se extendía la árida superficie lunar. Verrick levantó a la muchacha, que se debatía y chillaba, y con un rápido empujón la lanzó por la escotilla, fuera del globo.

Benteley se quedó paralizado mientras Verrick retrocedía. Eleanor tropezó y cayó entre los escombros y las rocas heladas con los brazos abiertos; el aliento, como una nube congelada, le colgaba de la boca y la nariz. Se arrastró intentando levantarse; la mitad de su cuerpo miraba al globo: tenía la cara crispada y los ojos desorbitados. Durante un momento terrible se arrastró como un insecto aplastado hacia Benteley, arañando inútilmente el suelo.

Casi enseguida el pecho y el vientre de la muchacha estallaron en pedazos. Benteley cerró los ojos mientras la masa expansiva de órganos lacerados y rotos salpicaba la inhóspita superficie lunar, una repugnante explosión de vísceras que inmediatamente se solidificaron en cristales quebradizos. Todo había terminado. Eleanor estaba muerta.

Aturdido, Benteley sacó el arma de mano. La gente corría por los pasillos. El sonido de una alarma de emergencia era como una queja que subía y bajaba. Verrick, inmóvil, miraba con una cara inexpresiva.

Shaeffer golpeó la mano entumecida de Benteley y le hizo soltar la pistola.

—No sirve de nada: está muerta. ¡Está muerta!

—Sí —dijo Benteley—, lo he visto.

Shaeffer se inclinó a recoger el arma.

—Me la guardaré.

—Se escapará.

—Es una muerte legal. Eleanor no estaba clasificada.

Benteley se alejó. Decidió vagamente regresar a la rampa e ir a la enfermería. Imágenes de la muchacha muerta flotaban delante de él,

mezcladas con la cara en llamas de Rita O'Neill y el horror helado y estéril de la superficie lunar. Fue subiendo lentamente por la rampa.

Oyó unos pasos y una respiración pesada y áspera detrás de él. La rampa se estremeció, como si soportara de pronto un peso enorme. Verrick lo había seguido.

—Espere, Benteley —dijo—. Lo acompaño. Hay un asunto que quisiera discutir con Cartwright; quizá a usted también le interese.

Verrick esperó a que el juez Waring, refunfuñando y afanándose con la silla, terminara de sentarse. Cartwright se instaló enfrente, tieso y pálido.

—¿Cómo está su sobrina? —le preguntó Verrick.

—Se recuperará —le dijo Cartwright—. Gracias a Benteley.

—Sí —corroboró Verrick—. Siempre pensé que había algo en Benteley. Sabe actuar en el momento oportuno. Y a su sobrina, ¿le hizo daño Eleanor?

—Le afectó principalmente la piel y el pelo, pero por suerte no le llegó a los ojos. La arreglarán con unos injertos.

Benteley no dejaba de mirar a Reese Verrick, que parecía tranquilo y sereno. Respiraba normalmente; aún tenía en el rostro unas manchas grises, pero las manos ya no le temblaban. Era como si hubiera recobrado las fuerzas después de una orgía de pasión sexual, de un espasmo de liberación completa, breve y abrumador.

—¿Qué quiere? —preguntó Cartwright a Verrick. Y luego, hablándole al juez Waring—: No sé por qué he sido convocado.

—Yo tampoco —dijo el juez Waring de mal humor—. Díganos, Reese, ¿de qué se trata?

—Deseaba que usted estuviera aquí presente —dijo Verrick— porque tengo una propuesta para Cartwright y quiero que me diga si es legal. —Sacó el arma maciza y la puso sobre la mesa—. Pienso que nadie puede negar que nos encontramos en un callejón sin salida. Usted no puede matarme, Leon. Yo no soy un asesino, y a usted lo condenarían. Estoy aquí como huésped.

—Es usted bienvenido —le dijo Cartwright con una voz apagada, sin quitarle los ojos de encima.

—He venido para matar a Benteley pero no puedo. La posición es de tablas. Empate. Usted no puede matarme a mí, yo no puedo matar a Benteley y tampoco puedo matarlo a usted.

Hubo un silencio.

—¿O sí que puedo? —murmuró Verrick, absorto, contemplando la

pistola—. Creo que sí.

—Quedaría excluido del juego del Minimax para el resto de su vida. Sería estúpido. ¿Qué ganaría? —declaró disgustado el juez Waring.

—Un cierto placer, una satisfacción…

—¿Le complacería perder la tarjeta-p? —preguntó el juez Waring.

—No —admitió Verrick—. Pero tengo mis tres Colinas. Y eso seguiría como antes.

Cartwright no se movió. Asintió levemente con la cabeza siguiendo el razonamiento de Verrick.

—Al menos saldría con vida de todo esto. Tendría esa ventaja con respecto a mí, ¿no le parece?

—Exacto. Yo no sería Gran Presentador, pero usted tampoco. Tendrían que mover de nuevo la botella.

Shaeffer entró en la sala. Miró al juez Waring y se sentó.

—Leon —le dijo a Cartwright—, Verrick le está dando gato por liebre. La chica se lo insinuó antes de que la matara. No tiene intenciones de matarlo; lo que quiere es asustarlo… —Los ojos fríos de Shaeffer brillaron un momento—. Interesante.

—Lo sé —dijo Cartwright—. Quiere que elija entre la muerte o algún *acuerdo*. ¿Cuál es el pacto, Reese?

Verrick se metió una mano en el bolsillo y sacó su tarjeta de poder:

—Un trueque. La tarjeta de usted por la mía.

—Eso lo convertiría en Gran Presentador —observó Cartwright.

—Y usted no moriría. Yo me convertiría en Gran Presentador y ya no habría empate.

—Y usted recuperaría a Benteley —dijo Cartwright.

—Exacto —respondió Verrick.

Cartwright se volvió hacia Shaeffer.

—¿Me matará si rehúso?

—Sí —dijo Shaeffer tras un largo silencio—. Lo matará. No se irá de aquí sin haberlo matado a usted o sin haber recuperado a Benteley. Si usted no acepta, lo matará y renunciará a la tarjeta. Si acepta, recuperará a Benteley. Sea como fuere se librará de uno de los dos. Pero sabe muy bien que no puede matar a los dos al mismo tiempo.

—¿Y a quién de los dos prefiere? —preguntó Cartwright con interés.

—A Benteley. A usted ha llegado a respetarlo, casi lo admira. Pero quiere tener de nuevo a Benteley.

Cartwright se hurgó los bolsillos hasta que encontró el pequeño paquete de tarjetas de poder. Las repasó una a una.

—¿Es legal? —le preguntó al juez Waring.

—Puede hacerlo —masculló Waring—. La gente las vende y las compra continuamente.

Benteley se levantó a medias, con aire de desesperación.

—Cartwright, de verdad…

—Siéntese y no diga una sola palabra —ordenó el juez Waring—. Esto no le concierne.

Cartwright encontró la tarjeta adecuada, verificó el número consultando los otros papeles y la puso sobre la mesa.

—Aquí está la mía.

—¿Acepta el trueque? —preguntó Verrick.

—Sí.

—¿Sabe lo que eso significa? Está renunciando legalmente a la posición que tiene ahora. Junto con la tarjeta lo pierde todo.

—Lo sé —dijo Cartwright—. Conozco la ley.

Verrick se volvió hacia Benteley. Los dos se miraron en silencio.

—Trato hecho —gruñó Verrick.

—Un momento —clamó Benteley con voz ronca—. Por Dios, Cartwright, no puede… ¿Sabe lo que hará conmigo?

Cartwright no le hizo caso y se metió de nuevo el paquete en el bolsillo.

—Vamos —le dijo suavemente a Verrick—. Terminemos con esto de una vez y así podré bajar a ver cómo está Rita.

—Perfecto —dijo Verrick. Extendió la mano y agarró la tarjeta de poder de Cartwright—. Ahora soy el Gran Presentador.

Cartwright sacó la mano del bolsillo y con el viejo y anticuado revólver disparó directamente al corazón de Verrick. Sin soltar la tarjeta, Reese Verrick se deslizó hacia delante y se desplomó de bruces sobre la mesa con los ojos desorbitados y la boca entreabierta en una mueca de asombro.

—¿Es legal? —preguntó Cartwright.

—Sí —admitió Waring sin disimular su admiración—. Absolutamente legal. Pero quede claro que usted ha perdido ese paquete de tarjetas.

—Lo sé muy bien —le dijo Cartwright y le entregó las tarjetas—. Me encuentro a gusto aquí. Es la primera vez en mi vida que estoy en un balneario tan moderno. Me encantarían los baños de sol y tomármelo todo con calma. Soy un hombre viejo y estoy cansado.

Benteley se acomodó flojamente en la silla.

—Ha muerto —dijo—. Se acabó.

—Oh, sí —convino Cartwright—. Se acabó para siempre —Se puso

de pie—. Ahora podemos ir a ver cómo está Rita.

DIECISIETE

Rita O'Neill ya estaba levantada cuando Benteley y Cartwright entraron en la enfermería.

—Estoy bien —dijo con voz ronca—. ¿Qué ha ocurrido ahí fuera?

—Verrick ha muerto —dijo Benteley.

—Sí —agregó Cartwright—. Todo ha terminado. —Se acercó y besó el halo de vendas transparentes que cubría el rostro de Rita—. Has perdido un poco de pelo.

—Ya me crecerá —dijo Rita—. ¿Está realmente muerto? —Se sentó temblando frente a una reluciente mesa de metal—. ¿Lo has matado y has conseguido sobrevivir?

—Solamente he perdido mi tarjeta de poder —dijo Cartwright, explicándole lo que había ocurrido—. Por ahora no hay Gran Presentador. Tendrán que recurrir a la botella. Tardarán por lo menos un día en activar el mecanismo. —Sonrió con ironía—. Sé de lo que estoy hablando: he trabajado mucho en eso.

—Cuesta creerlo —dijo Rita—. Parece como si siempre hubiera habido un Reese Verrick.

—Sin embargo, es cierto. —Cartwright hurgó en sus bolsillos y sacó una vieja libreta negra, doblada en las puntas. Hizo una cruz en una de las páginas y volvió a cerrarla—. Todavía nos queda Herb Moore. La nave aún no ha aterrizado y el cuerpo de Pellig está en alguna parte de esa zona, a unos cuantos cientos de miles de kilómetros del Disco de Fuego. —Vaciló unos instantes y luego continuó—: En realidad, según el monitor ípvic, Moore ha llegado ya a la nave de Preston y ha entrado en ella.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Podría destruir nuestra nave? —preguntó Rita.

—Sin ningún problema —dijo Benteley—. Y buena parte del Disco también.

—Quizá John Preston se encargue de él —sugirió Rita, pero sin convicción.

—Todo dependerá del próximo Gran Presentador —señaló Benteley—. Habría que enviar un equipo para localizar a Moore. El

cuerpo tiene que estar deteriorándose; podríamos pensar en cómo destruirlo.

—Pero no cuando haya entrado en contacto con Preston —dijo Cartwright torvamente.

—Pienso que deberíamos discutirlo con el próximo Gran Presentador —insistió Benteley—. Moore es una amenaza para todo el sistema.

—No lo dudo.

—¿Cree que el próximo Gran Presentador hará algo?

—Yo diría que sí —respondió Cartwright—, dado que usted será el próximo Gran Presentador. Si todavía conserva la tarjeta que le he dado.

Benteley tenía la tarjeta. Incrédulo, la sacó y la examinó. Le temblaban las manos; la tarjeta se le deslizó entre los dedos. Se inclinó y la recogió con un movimiento espasmódico.

—¿Y usted espera que le crea?

—No, no hasta dentro de veinticuatro horas.

Benteley examinó minuciosamente la tarjeta-p. Era idéntica a las otras.

—¿Dónde diablos la ha conseguido?

—El propietario anterior me la dejó por cinco dólares, un buen precio teniendo en cuenta las condiciones del mercado. No recuerdo cómo se llamaba.

—¿Y desde entonces la ha llevado encima?

—He llevado encima todo un paquete —respondió Cartwright—. Perdí dinero con usted, pero quería estar seguro de que la aceptaría, y que, además, fuera una transacción legal. No un préstamo, sino una venta legal, como se hace habitualmente.

—Necesito tiempo para ir haciéndome a la idea —dijo Benteley metiéndose la tarjeta en el bolsillo—. ¿Me lo asegura? ¿Tiene realmente ese nivel?

—Se lo aseguro. Y no la pierda.

—Entonces usted ha descubierto un sistema de predicción…, eso que todos están buscando. Es así como ha llegado a Gran Presentador.

—No —respondió Cartwright—. No puedo predecir los saltos de la botella. No tengo una fórmula. Nadie la tiene.

—¡Pero tenía esta tarjeta! ¡Sabía que iba a salir!

—Lo que yo hice —admitió Cartwright— fue manipular el mecanismo de la botella. A lo largo de mi vida he tenido acceso a Ginebra un millar de veces. Los saltos parecían imprevisibles, de modo que al fin programé la botella para que los números de los próximos

nueve saltos fueran los de las tarjetas que yo había comprado. Si lo piensa un minuto, yo hubiera tenido que acertar con mi propia tarjeta-p y no con las de otros. Tendría que haber sido más prudente: si alguien se hubiera detenido a examinarlo, me habrían descubierto.

—¿Desde cuándo trabajaba usted en ese asunto?

—Desde mi juventud. Como cualquier habitante del sistema, quería descubrir un método que predijese los saltos. Estudié todo lo que se había escrito sobre la construcción de la botella; estudié el principio de Heisenberg, las leyes del azar… Yo era reparador del equipo electrónico. Aún no había cumplido los cuarenta cuando trabajé en Ginebra en los circuitos básicos. En aquella época descubrí que el mecanismo era absolutamente impredecible. Nadie podía preverlo. Todo obedecía al principio de incertidumbre. El movimiento de las partículas subatómicas que regula los saltos de la botella está por encima de cualquier cálculo humano.

—No parece una actitud muy honesta, ¿no? —preguntó Benteley —. Una manera de pasar por encima de todas las leyes.

—Me entregué a ese juego durante años —confesó Cartwright—. La mayoría de la gente se pasa la vida jugando. Entonces empecé a entender que las reglas estaban hechas para que yo no pudiera ganar. ¿A quién le interesa jugar así? Apostamos contra el casino y el casino siempre gana.

—Es cierto —corroboró Benteley—. ¿Para qué jugar si el juego está amañado? ¿Pero qué hizo usted? ¿Qué se puede hacer cuando las reglas están manipuladas para que uno no gane?

—Lo que hice yo: se inventan nuevas reglas y se juega con ellas. Reglas que den a todos los jugadores las mismas oportunidades. No como el Minimax, no como todo el sistema de Clasificación, que juegan contra nosotros. Me pregunté entonces cuáles podían ser las reglas idóneas. Trabajé y las encontré. Desde entonces he jugado con ellas, respetándolas como si fueran las reglas comunes y establecidas. —Cartwright concluyó—: Fue entonces cuando me hice miembro de la Sociedad Prestonita.

—¿Por qué?

—Porque Preston también se había dado cuenta. Buscaba lo mismo que yo: un juego en el que todos tuvieran una posibilidad de ganar. Yo no pretendía que a todos les tocara lo mismo al final del juego, ni tampoco compartir las ganancias. Pero pienso que todos han de tener una oportunidad.

—Entonces sabía que sería Gran Presentador antes de que se lo dijeran.

—Desde hacía unas semanas. Alteré mecanismos cada vez que me llamaron a repararlo. Al final llegué a controlar todas las operaciones. Ahora ya no se mueve según las leyes del azar. Está programado de antemano para mucho tiempo… Pero eso ya no es necesario. En aquella época no tenía a nadie que me reemplazara.

—¿Y ahora qué hará? —le preguntó Benteley—. No podrá recuperar el poder.

—Ya se lo he dicho: me retiraré. Rita y yo nunca hemos tenido tiempo para divertirnos. Me pasaré el resto de mi vida tomando baños de sol en algún balneario moderno como éste. Pienso dormir, meditar, imprimir folletos…

—¿Qué tipo de folletos?

—Sobre el mantenimiento y la reparación de equipos electrónicos —respondió Cartwright—. Mi especialidad.

—Le quedan veinticuatro horas, Ted —interrumpió Rita—. Después será el Gran Presentador. Está usted donde estaba mi tío hace unos pocos días. Espera a que vengan y se lo digan. Nunca olvidaré el momento en que los oímos aterrizar en la terraza. Y después apareció el comandante Shaeffer con la cartera bajo el brazo.

—Shaeffer lo sabe —dijo Cartwright—. Lo planeamos juntos antes de que le diera la tarjeta-p.

—¿Entonces las Brigadas respetarán el salto de la botella?

—Las Brigadas lo respetarán a *usted* —respondió Cartwright en voz baja—. Tiene una ardua tarea por delante. Las cosas están moviéndose. Las estrellas se abren como rosas. El Disco está… al alcance de la mano. Se anuncian grandes cambios en el sistema.

—¿Se siente capaz? —le preguntó Rita a Benteley.

—No estoy seguro —dijo Benteley pensativo—. Deseaba ocupar una posición que me permitiera cambiar las cosas, y aquí estoy. —De pronto soltó una carcajada—. Quizá yo sea el único hombre que ha jurado para sí mismo. Soy protector y siervo al mismo tiempo. Tengo derecho de vida y muerte sobre mí.

—A lo mejor lo consigue —dijo Cartwright impresionado—. Me parece un buen juramento. Se hace responsable de su propia protección y del trabajo que le aguarda. Sólo tiene que rendir cuentas a su propia… conciencia. Ésa es la palabra adecuada, ¿no?

El comandante Shaeffer irrumpió en la habitación:

—Sí —dijo—. Es la palabra, según las cintas históricas. Traigo noticias: el monitor ípvic ha elaborado un informe definitivo sobre Herb Moore.

—¿Definitivo? —preguntó Cartwright tras una pausa.

—Los operadores ípvic siguieron el cuerpo sintético hasta que entró en la nave de Preston, como ya sabemos. Después de introducirse en la nave, el cuerpo habló con Preston y se puso a examinar la maquinaria que lo mantiene con vida. En ese momento la imagen desapareció.

—¿Por qué desapareció?

—Según los técnicos, el cuerpo sintético se detonó a sí mismo. Moore, la nave, John Preston y su maquinaria quedaron pulverizados. Los Observatorios interplan han podido captar una imagen visual directa.

—Un campo cualquiera pudo haber sido el detonante —observó Benteley—. El mecanismo era extremadamente sensible.

—No. La imagen ípvic mostró a Moore abriéndose deliberadamente el pecho sintético y activando el detonador. —Shaeffer se encogió de hombros—. Sería interesante averiguar las razones. Creo que deberíamos mandar un equipo para ver qué pueden descubrir. No dormiré tranquilo hasta conocer todos los detalles de la historia.

—Estoy de acuerdo —dijo Benteley emocionado.

Cartwright sacó su libreta negra. Asombrado, chequeó la última anotación y volvió a guardar la libreta.

—Bueno, el problema está resuelto. Ya recuperaremos las cenizas más tarde. Ahora tenemos otras cosas en qué pensar. —Miró su pesado reloj de bolsillo—. La nave está a punto de aterrizar. Si todo ha salido bien, Groves tendría que estar posándose en el Disco de Fuego.

El Disco era grande. Los retrocohetes rechinaban con la fuerza creciente de la gravedad. Unas escamas de pintura metálica revoloteaban alrededor de Groves. Un cuadrante estalló y en algún lugar dentro del casco se oyó el crujido de un tubo de alimentación.

—Vamos a estrellarnos —dijo Konklin.

Groves alzó una mano y apagó las luces del techo. La cabina de control se oscureció.

—¿Qué diablos…? —estaba diciendo Konklin. Entonces lo vio.

Una luz suave irradiaba sobre la pantalla, un fuego pálido y frío que relucía como un lustre húmedo sobre las caras de Groves y de Konklin, y sobre la maquinaria de control. El espacio negro y las estrellas ya no eran visibles: la faz inmensa del planeta cubría toda la pantalla. El Disco de Fuego estaba justo debajo de ellos. El largo viaje había terminado.

—Es extraño —murmuró Konklin.

—Es lo que Preston vio.

—Pero, ¿qué es? ¿Una especie de alga?

—Imposible a esta distancia del Sol. Tienen que ser minerales radiactivos.

—¿Dónde está Preston? —preguntó Konklin—. Pensaba que su nave nos guiaría hasta el final.

Groves vaciló antes de responder; al fin se animó a decir:

—Mis controles captaron hace cerca de tres horas una explosión termonuclear, a una distancia aproximada de quince mil kilómetros. Desde entonces la nave de Preston no aparece en mis indicadores de gravedad. Por otra parte, tan cerca del Disco, una masa tan minúscula como ésa no podría…

Jereti entró de prisa en la cabina de control. Vio la pantalla y se detuvo.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Ya hemos llegado.

—Nuestra nueva casa —le dijo Konklin—. Parece muy grande, ¿no?

—¿Y esa luz tan extraña? ¡Ni que estuviéramos en una sesión de espiritismo! ¿Seguro que es un planeta? A lo mejor se trata de una serpiente cósmica. No me gustaría vivir en una serpiente cósmica, por más grande que fuese.

Konklin abandonó la cabina y bajó por el pasillo ruidoso y trepidante. El silencioso resplandor verde parecía seguirlo mientras descendía por la rampa y llegaba al nivel principal. Llegó a la puerta de su cabina y se detuvo un momento. En la bodega el resto de la tripulación recogía unas pocas pertenencias: empaquetaban sartenes, ollas, colchones y provisiones. Un murmullo de voces excitadas se filtró entre el fragor de los retrocohetes. Gardner, el mecánico de motores de retropropulsión, repartía las escafandras Dodds y los cascos.

Konklin empujó la puerta de la cabina y entró.

Mary alzó los ojos:

—¿Hemos llegado?

—No del todo. ¿Preparada para pisar nuestro nuevo mundo? —dijo Konklin.

Mary señaló lo que había reunido.

—Estoy embalando: viviremos aquí hasta que instalemos las cúpulas de subsuperficie.

Konklin se rió.

—Tú y los demás, dejad las cosas donde estaban.

—¡Oh…! —dijo Mary. Avergonzada, empezó a poner las cosas de vuelta en cajones y armarios—. ¿No íbamos a fundar una… colonia?

—Por supuesto —dijo Konklin golpeando la mampara—. Lo haremos aquí mismo.

Mary, con un montón de ropa en los brazos, se detuvo unos instantes sin saber qué hacer.

—Bill, será fantástico, ¿verdad? Quizá al comienzo no parezca tan fácil, pero luego todo cambiará. Viviremos la mayor parte del tiempo bajo tierra, como los de Urano y Neptuno. Será agradable, ¿no?

—Todo saldrá bien —dijo Konklin ayudándola amablemente con la ropa—. Vayamos a la bodega. Gardner está repartiendo las escafandras Dodds.

Janet Sibley los recibió nerviosa y agitada:

—No quepo. Es demasiado pequeña.

Konklin la ayudó a cerrar la cremallera de la pesada escafandra.

—Y, por favor, tened cuidado de no tropezar cuando estéis afuera. Son viejas escafandras; basta una desgarradura contra una roca afilada y moriríais en el acto.

—¿Quién bajará primero? —preguntó Mary cerrando la abultada escafandra—. ¿El capitán Groves?

—El que esté más cerca de la escotilla.

—Quizá sea yo —dijo Jereti entrando en la bodega y recogiendo uno de los trajes—. Quizá sea el primer ser humano en pisar el Disco de Fuego.

Se encontraban ajustando aún las escafandras, conversando inquietos en pequeños grupos, cuando sonaron las sirenas de aterrizaje.

—¡Sujétense! —gritó Konklin por encima del gemido de las sirenas —. ¡Ajusten las escafandras!

La cosmonave tocó el suelo con un estampido que los dispersó como hojas secas. Suministros y provisiones volaron por el aire. El casco se retorcía y sacudía, y los retrocohetes bramaron frenando la nave que se hundía en la superficie helada del planeta. Las luces titilaron y se apagaron. En la oscuridad, el fragor de los reactores y el chillido estridente del metal contra la roca ensordeció y paralizó a los pasajeros.

Konklin salió disparado contra una pila de colchones. Latas y ollas llovieron sobre él. Tanteó en la oscuridad hasta dar con un travesaño.

—¡Mary! —gritó—. ¿Dónde estás?

Oyó que se movía, no muy lejos.

—Aquí —respondió ella con un hilo de voz—. Se me ha roto el

casco; parece que pierde aire.

Konklin la sostuvo.

—¿Te encuentras bien?

La nave todavía se movía: un infierno de ruidos y chirridos metálicos que fueron apagándose como de mala gana. Las luces titilaron, se encendieron un momento y volvieron a apagarse. En alguna parte un líquido goteaba lenta y regularmente. Al otro lado del pasillo, un fuego brotó entre un montón de suministros que habían caído de un contenedor.

—Apaguen ese fuego —ordenó Groves.

Jereti fue tambaleándose hacia el pasillo con un extintor en la mano.

—Sospecho que ya hemos llegado —dijo sacudiéndose, mientras apagaba el fuego. La voz vibraba en los auriculares de los otros cascos.

Alguien encendió una linterna.

—Parece que el casco ha resistido —dijo Konklin—. ¡No se oyen pérdidas de aire!

—Salgamos —urgió Mary—. Vayamos a ver.

Groves se encontraba ya frente a la escotilla. Se quedó esperando muy quieto a que llegaran todos y luego se puso a abrir las pesadas cerraduras trabajando con las manos.

—No hay corriente —dijo—. Unos fusibles saltaron en alguna parte.

La escotilla se abrió expulsando aire con un zumbido. Groves avanzó en silencio mirando con atención. Los otros se agruparon en la rampa detrás de él y permanecieron allí un momento, atemorizados y titubeantes. Luego descendieron todos juntos.

Mary tropezó y Jereti se detuvo a ayudarla. Uno de los ópticos japoneses fue el primero en tocar la superficie. Se deslizó ágilmente por un costado de la rampa y se dejó caer en el suelo rocoso y helado, con la cara excitada y ansiosa dentro del casco voluminoso. Les sonrió y saludó con la mano.

—Está todo bien —gritó—. No hay monstruos a la vista.

Mary se detuvo.

—Miren —murmuró—. Miren ese resplandor.

El planeta era una llanura de luz verde. El resplandor emanaba de todas partes, de las rocas y peñascos y del suelo: un velo luminoso tenue, difuso y permanente. En la pálida fosforescencia verde, el grupo de hombres y mujeres eran extrañas formas opacas, columnas negras de metal y plástico que bajaban titubeando, con pasos torpes.

—Ha estado aquí todo este tiempo —dijo Jereti admirado,

pateando una roca helada—. Y somos los primeros en llegar aquí.

—Quizá no —dijo Groves muy serio—. Me pareció ver algo cuando descendíamos. Traté de aterrizar lo más cerca posible, sin aplastarlo. —Desenfundó el arma pesada que llevaba colgada en bandolera—. Preston pensaba que el Disco venía de otro sistema.

Era un edificio, una estructura de algún tipo que se erguía sobre la superficie plana. Una esfera de metal mate, desnuda y sin ornamentos. Unos cristales verdes de gas solidificado revolotearon alrededor del grupo mientras se acercaban cautelosamente.

—Pero ¿cómo demonios vamos a entrar? —preguntó Konklin.

Groves alzó el arma.

—No veo otra manera. —La voz resonó en los auriculares. Apretó el gatillo y movió el arma describiendo un círculo—. Parece de acero inoxidable, de fabricación humana.

Konklin y Groves entraron arrastrándose a través de la desgarradura que aún siseaba y goteaba. Mientras bajaban al interior de la esfera, un latido constante les retumbó en los oídos. Se encontraban en una sala repleta de máquinas zumbantes. El aire chillaba alrededor.

—Hay que tapar ese agujero —dijo Groves.

Juntos lograron poner un parche en la desgarradura que el arma había abierto y regresaron a examinar el ronroneante sistema de cables, máquinas vibrantes y conexiones.

—Bienvenidos —dijo una voz endeble y polvorienta. Todos se volvieron rápidamente, blandiendo las armas.

—No tengáis miedo —continuó el viejo—. Soy sólo un ser humano como vosotros.

Konklin y Groves estaban clavados en el suelo de metal.

—Dios mío —dijo Groves en voz baja—. Creía que…

—Soy John Preston —dijo la voz del viejo.

Un escalofrío subió por la espalda de Konklin. Le castañeteaban los dientes.

—Usted, Groves, nos dijo que esta nave había sido destruida. Mírelo, parece tener un millón de años. Y está flotando en esa solución.

Los labios delgados como el papel se movieron y en los altavoces mecánicos resonó de nuevo un seco murmullo.

—Soy muy viejo —dijo Preston—. Estoy completamente sordo y paralizado. —La boca esbozó media sonrisa—. Y como vosotros ya

sabréis, padezco de artritis. He perdido mis gafas por el camino: no consigo veros con claridad.

—¿Es ésta su nave? —preguntó Konklin—. ¿Aterrizó aquí antes que nosotros?

La cabeza antiquísima asintió desde el anillo que la sujetaba.

—Nos está mirando —dijo Groves—. Es espeluznante.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó Konklin a la criatura momificada y suspendida en un baño regenerativo.

—Tendréis que excusarme —respondió Preston—. No puedo bajar a estrecharos la mano.

Konklin pestañeó:

—Me parece que no me ha oído —explicó molesto.

—Representamos a la Sociedad Prestonita —dijo torpemente Groves—. Divulgamos la doctrina de usted…

—La espera ha sido tan larga… —interrumpió el viejo—. Tantos, tantos años de tristeza, muchos, muy largos días de soledad.

—¡No es normal! —dijo Konklin perturbado—. ¡Le pasa algo!

—Está ciego y sordo.

Konklin se acercó a las máquinas:

—Esto no es una nave. Se parece a una nave, pero no lo es. Creo que…

—Quiero hablaros del Disco de Fuego —interrumpió la voz seca y discordante—. Lo que más interesa, lo que más importa.

—También para nosotros —replicó Groves desconcertado.

Konklin examinó febrilmente la superficie interior de la esfera.

—¡Aquí no hay motores de reacción! ¡Esto no puede ir a ninguna parte! Tiene una especie de escudo antigravitatorio como las boyas indicadoras. —Se apartó de la maquinaria—. Groves, *esto es una boya*. Ahora lo entiendo.

—Oídme —decía Preston—. Es necesario que os hable del Disco.

—Tiene que haber más boyas —dijo Konklin—. Ésta cayó aquí atraída por la gravedad. Tiene que haber miles de boyas, todas idénticas.

Groves empezó a entender.

—No hemos entrado en contacto con una nave, sino con una serie de boyas. Cada una de ellas nos conducía a la siguiente. Hemos seguido toda una línea de boyas hasta aquí, paso a paso.

—Haced lo que queráis —continuó la voz seca e inexorable—. Pero escuchad lo que voy a deciros.

—¡Cierre el pico, Preston! —gritó Konklin.

—Tengo que quedarme aquí —dijo Preston lenta y dolorosamente,

escogiendo las palabras con infinito cuidado—. No me atrevo a partir. Si yo…

—A ver Preston —gritó Konklin fuera de sí—. ¿Cuánto son dos más dos?

—No sé nada de todos vosotros —continuó el murmullo incesante.

—Repita conmigo —gritó Konklin—. Había una vez un corderito, un lanudo corderito…

—Basta ya —refunfuñó Groves al borde de la histeria—. ¿Se ha vuelto loco?

—La búsqueda me pareció interminable —prosiguió el murmullo monótono y áspero—. Y no me ha aportado nada. Absolutamente nada.

Konklin se apartó, cabizbajo, y se volvió hacia el boquete que habían abierto:

—No está vivo, y eso no es un baño regenerativo. Es una sustancia volátil sobre la que se proyecta una imagen. Vídeo y audio están sincronizados para animar una réplica. Pero está muerto. Hace ciento cincuenta años que está muerto.

Todos callaron. El murmullo seco de Preston continuaba, incesante.

Konklin sacó el parche del boquete y se asomó al exterior de la esfera.

—Vengan —les gritó a los otros—. Entren.

—Lo hemos oído casi todo en los auriculares —dijo Jereti entrando en la esfera—. ¿De qué hablaban? ¿Qué es esa historia del corderito?

Vio la réplica de John Preston y enmudeció. Los demás entraron detrás de él, curiosos y sin aliento. Uno tras otro fueron quedándose paralizados al ver al viejo y al oír las palabras débiles y resecas que se apagaban en el aire tenue de la esfera.

—Cierren —ordenó Groves cuando el último de los ópticos japoneses estuvo dentro.

—Entonces… —empezó a decir Mary con incredulidad—. Pero ¿por qué habla así? Parece como si… declamara.

Konklin puso el rígido guante presurizado sobre la espalda de la chica.

—Es sólo una imagen. Ha dejado cientos de ellas, quizá miles, dispersas por el espacio, todo alrededor. Para engañar a las naves y traerlas hasta el Disco.

—¡Eso significa que Preston está muerto!

—Murió hace muchos años —dijo Konklin—. Pero míralo bien, ya era muy viejo cuando murió. Probablemente unos años después de

encontrar el Disco. Sabía que las naves vendrían alguna vez. Quería traer una de ellas hasta aquí, a su mundo.

—Supongo que ignoraba que habría una Sociedad —dijo Mary tristemente—. No llegó a entender que alguien *buscaría* el Disco.

—No. Pero sabía que tarde o temprano una nave pasaría cerca de aquí.

—Es un poco… decepcionante.

—No, no —corrigió Groves—. No se desanime. Es sólo la parte física de Preston lo que ha muerto, y eso no cuenta realmente.

—Pienso lo mismo —dijo Mary con la cara iluminada—. En cierta manera es maravilloso, casi una especie de milagro.

—Cállate y escucha —le dijo Konklin en voz baja.

Todos callaron y escucharon.

—No es un impulso ciego —decía la imagen decrépita. Los ojos sin luz miraban por encima del grupo que estaba escuchándolo, sin verlos, sin oírlos, sin advertir que estaban allí. Hablaba con unos interlocutores que estaban muy lejos, unos observadores distantes—. No es un instinto animal lo que nos hace sentirnos insatisfechos. Os diré lo que es: la aspiración más alta del hombre, la necesidad de crecer y progresar…, de encontrar cosas nuevas…, horizontes nuevos. De extenderse y conquistar nuevos territorios, nuevas experiencias; de comprender y vivir en una evolución permanente. De dejar de lado la rutina y la repetición, de romper la insensata monotonía de la costumbre e ir adelante, y no detenerse…

FIN